



# LA ENTREGA

AÑO UNO EN LA OINDAH



# **LA ENTREGA**

**AÑO UNO DEL PROYECTO  
EN LA ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL  
DE ASISTENCIA HUMANITARIA**



# **LA ENTREGA**

**AÑO UNO DEL PROYECTO  
EN LA ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL  
DE ASISTENCIA HUMANITARIA**

LUCERO SANDOVAL

Primera edición, 2018

Sandoval, Lucero

La entrega. Año uno del proyecto en la Organización Internacional de Asistencia Humanitaria / Lucero Sandoval.—México, 2018

240 p. ; 21 x 14 cm

ISBN 000-000-00-0000-0

1. Literatura juvenil mexicana — Siglo XXI 2. Multimedia interactiva

LCC PQ7298.436.077 F53

DC 863

---

**D.R. © Miriam Lucero Sandoval Monroy**

Cuernavaca, Morelos, México

laentrega@outlook.com

#### **Créditos de los elementos multimedia de la novela**

- Cap. 1 Pág. 11. *Periculum*, creada por Kai Engel. Free Music Archive (FMA)  
Pág. 19. Pixabay
- Cap. 3 Pág. 38 *Night on the Docks*, creada por Kevin MacLeod FMA  
Pág. 42 Creado por Javi\_indy Freepik.com
- Cap. 8 Pág. 76 *Oecumene Sleeps*, creada por Kai Engel FMA
- Cap. 11 Pág. 94 Pixabay
- Cap. 27 Pág. 192 *Like Starlight through a Veil*, creada por Philipp Weigl FMA
- Cap. 30 Pág. 207 *The Scent of Cedars*, creada por Philipp Weigl FMA
- Cap. 34 Pág. 235 *Not the Streets you used to walk along*, creada por Philipp Weigl FMA
- Dog tag Pp. 11, 19, 38, 42, 76, 78, 80, 94, 106, 104, 192, 207, 235  
www.vecteezy.com

\* Los demás elementos multimedia fueron creados por la autora del libro.

**Diseño y formación** Lucero Sandoval

**Imágenes de forros** Dima Sidelnikov/Shutterstock.com; Pexels, www.vecteezy.com;  
diseño de Kjpargeter/Freepik

**Revisión y edición** Patricia Romero andro0717@gmail.com  
Amaranta Luna giralunamaranta@gmail.com

**Un agradecimiento especial a Sandra Fogliani por sus comentarios y observaciones.**

El diseño de forros e interiores son propiedad de la autora. Se prohíbe la reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización.

ISBN 978-607-29-0999-1

Hecho en México / *Made in Mexico*

*A las hermanas que son amigas  
y a las amigas que son hermanas*





# PREFACIO

*La entrega. Año uno del proyecto en la Organización Internacional de Asistencia Humanitaria* es una novela que contiene imágenes y música que se pueden visualizar al hacer click sobre las placas de identificación que se encuentran en algunas partes del libro, ya que funcionan como botones. Para consultar los enlaces, el dispositivo con el que se lea el libro debe tener acceso a internet. Al hacer click, se abrirán ligas en el navegador en las que se encontrará la información multimedia. Algunas ligas requieren que también se tenga habilitado el sonido del dispositivo móvil.

La información que contienen los códigos corresponde a la sección del capítulo en la que se encuentran. Esta información multimedia relata otras partes de la historia y no es necesario consultarla para leer y comprender el libro.



# LO INEVITABLE

## CAPÍTULO 1

### **Tres semanas desde la desaparición de Andrea**

*Miércoles*

Aún con toda su potencia no fue capaz de contener una simple lágrima. Esa diminuta gota transparente le recordaba que ahora cargaría sola con un inmenso deber. Sentada en el asiento trasero, observaba la lluvia estrellarse con insistencia contra la ventanilla del auto gris; el chofer la veía de vez en cuando por el espejo retrovisor, como queriendo cerciorarse de que siguiera ahí, sin atreverse a pronunciar palabra, ya que ella no emitía ni siquiera un suspiro. Un poderoso recuerdo estaba clavado en su memoria: Andrea.

Hubiera querido tenerla enfrente en ese instante.

«Estúpida» pensó. «¿Cómo así? ¿cómo ahora?».

La amarga lágrima corrió por su mejilla. En ese momento no importaba nada más, todo era ocupado por aquel recuerdo. A veces pretendía eludirlo poniendo en blanco su mente, perdiéndose en la lluvia, pero volvía como un golpe. Respiró profundo para ahogar el dolor.

«No la veré nunca más» se dijo al tiempo que cerraba los ojos para atrapar una segunda lágrima, algo que resultó inútil. Se aferró a sí misma en secreto, sintiendo la soledad como la realidad absoluta. Andrea se fue y perdió con ella su humanidad, su pasado, todo lo que había sido hasta entonces. Quedaba un hueco, un cráter donde antes estuvo su corazón.

Los sonidos producidos por el limpiaparabrisas y la lluvia sobre las ventanas le causaban una sensación de hondo vacío; le recordaban dónde estaba y hacia dónde se dirigía. No le quedaban más que los trozos de una vida que nunca llegó a poseer.

El vehículo dio la vuelta en una esquina; circulaba por las calles semi desiertas. Trataba de no recordar, de no pensar en el color de los ojos de Andrea, en el calor de sus manos, en su risa escandalosa. Deseó que el camino fuera eterno. Era como si asistiera a su propio funeral.

Dejó de llover un par de cuadras más adelante y el sol asomó entre las nubes, todo se veía con gran claridad; en ese momento, la realidad era más tangible que nunca.

—Ya casi llegamos —informó el conductor.

El enrejado del camposanto iniciaba al final de la calle. Ella se estremeció: temblaba como una hoja, vibraba. La ausencia lo ocupaba todo.

Se detuvieron. A lo lejos se veían unas treinta personas.

—¿Quiere que la acompañe? —preguntó el chofer.

—No, gracias —respondió en un tono serio y discreto—. Estaré bien —agregó para convencerse a sí misma.

Tenía el oscuro cabello atado en la nuca. Llevaba puesto un sencillo vestido negro que alisó al bajar. Odiaba ese color. Avanzó despacio hacia el grupo pero se mantuvo detrás. La esperaba un hombre de la organización; se presentó, sostenía un enorme paraguas cerrado que debía servir para cobijarla. Le encomendaron

acompañarla hasta que terminara el acto, pero ella le pidió que le permitiera tener unos momentos por su cuenta. Era comprensible, necesitaba despedirse.

Los asistentes estaban congregados alrededor de una fosa abierta destinada a contener un ataúd vacío. El olor de la tierra la golpeó en el rostro, percibía todo con una magnitud que ninguna de las personas a su alrededor podía: la humedad, las flores podridas de otros sepulcros, y demás cosas que no quería identificar.

El sepelio debía ser simbólico, no podían sepultar a su amiga dadas las circunstancias.

«Enterrar a Andrea» pensó, y deseó con toda su alma salir corriendo, hasta destrozar los zapatos, hasta morir ella misma. Logró contenerse haciendo un esfuerzo inmenso para no desmoronarse. Incluso, hizo que sus lágrimas escurrieran por atrás de su garganta para no llorarlas.

El ritual había comenzado, pero ella no estaba escuchando. Recorrió el lugar con la mirada, en busca de alguna cara conocida, luchando por evadir sus emociones.

Ni los miembros de la familia de Andrea ni sus amigos más cercanos estaban presentes, excepto ella. Sólo se encontraban allí sus compañeros del ámbito laboral de la organización.

«Nadie la conocía como yo» dijo para sí con rabia, al tiempo que se preguntaba si habría tenido sentido que su amiga llegara hasta allí.

En la gran organización internacional, la desaparecida trabajó para desarrollar aquello que ambas custodiaban, pero en vez de eso, acababa su vida de forma trágica.

«No es posible, está mal» se repetía mientras apretaba los puños para intentar controlarse. Su vista se clavó en el joven de lentes oscuros que estaba frente a ella del otro lado de la fosa, como a seis metros.

«Tal vez no todos son extraños» reflexionó.

Su amiga le habló poco de Harry durante los meses de su noviazgo, pero lo suficiente como para saber que lo había amado mucho. Se veía demacrado. Usaba lentes oscuros. Un lacio cabello castaño claro enmarcaba su rostro inexpresivo y largos mechones le caían sobre los pómulos. La mujer pudo percibir el aroma de su colonia, así como su respiración entrecortada. Era trágico estar solos en la vida, pero quedarse sin Andrea era como haber perdido el sol.

El ceremonial fue sencillo y breve. Cuando terminó, el grupo se dispersó con rapidez. Las nubes habían abierto paso a pesados rayos crepusculares que iluminaban el cielo. La joven de negro permaneció contemplando las flores sobre la tierra recién puesta. En realidad, se estaba conteniendo para no deshacerse, para no caer destrozada, como se sentía por dentro; reunía las fuerzas que le quedaban para sepultarse con el ataúd de su amiga en aquello que estaba por hacer.

Harry tampoco se movió. Un hombre moreno de nariz aguileña que se veía muy afligido lo animó para que se retirara con él; quien fuera novio de Andrea levantó la cabeza hacia ella y pareció saber quién era. La mujer asintió a modo de saludo y él hizo lo mismo.

El hombre del paraguas se acercó a ella unos minutos después: —¿Nos vamos?

Lo miró y respondió con seriedad:

—En un momento.

Dirigió sus pensamientos a la desaparecida, y dijo para sí misma: «Nos volveremos a encontrar. Estoy segura de que, de alguna forma, nos vamos a reunir. Pero antes debo terminar lo que comenzamos juntas. Que Dios me ayude y ojalá que tú estés conmigo, porque no podré hacerlo sola. No, nunca podría».

Debía estar concentrada, dejar de sentir. Necesitaba enfocar todo su ser en aquello que pesaba como su propia lápida. No lloraba más. Ahora debía cumplir con su promesa, con un inmenso compromiso.

Cuando se dirigía hacia el carro de la institución, la sensación de ser observada la hizo girar la cabeza. De lejos, un hombre muy alto, de cabello negro y tez blanca como el papel, la veía fijamente con azules ojos de lobo. Parecía un espectro. Se encontraba lejos de la fosa, junto a una limusina oscura, apoyándose en un bastón. Al ser descubierto, se volvió y abordó. A pesar de que sólo fue un instante, pudo observarlo bien antes de que entrara. Ese rostro le provocó una sensación difícil de explicar. Un escalofrío se unió a su dolor y pensó en la extraña muerte de la joven mujer. Sabía que ahora debía desconfiar de todo.

Su instinto no la engañaba.

### *Dos horas después*

Anocheceía. En la costa, el cielo estaba despejado. La luna plateada brillaba hacia el poniente.

La joven de negro no emitía ningún sonido, tenía el dolor clavado en el pecho. Tiempo atrás, Andrea Martínez Aster recibió otra oportunidad para vivir pero ahora se había ido. Su amiga, la mujer de negro, no quería llegar a su destino, pero no podía evitarlo. Era muy grande su deber; además, era lo único que le quedaba.

El conductor tomó una carretera secundaria que pasaba junto al mar, hacia el sur. El lugar al que se dirigían estaba a más de una hora del centro de la ciudad por ese camino. Tomaba más tiempo, pero debían transitar por una vía menos concurrida; todo se haría con la mayor discreción posible. Escarpados riscos los separaban

de las olas que se estrellaban contra las rocas muchos metros más abajo. A lo lejos se veía un conjunto de grandes y modernas edificaciones, en cuyo centro podía apreciarse un edificio hexagonal muy alto, coronado por luces rojas.

Era la primera vez que ella estaba allí.

El automóvil descendió por el sinuoso camino hasta casi alcanzar el nivel del mar, el cual comenzaba a perderse de vista al acercarse al complejo que conformaba la sede de la organización. El vehículo pasó sin problemas a través de varios controles de seguridad y se detuvo frente a una gran plaza desierta.

—Gracias —dijo mientras bajaba de forma apresurada, sin darle oportunidad al chofer de ir a abrirla la puerta. Ella era de estatura promedio. Tenía ojos oscuros, grandes y expresivos. Su lisa piel morena clara hablaba de su edad, la cual parecía rebasada por un poderoso sentido del deber. Cumplirlo era, en ese momento, su única ambición.

Una asistente uniformada y agradable la esperaba cerca de una monumental fuente al frente de la torre. La condujo hacia el amplio e iluminado vestíbulo que parecía ocupar todo el perímetro del edificio. Asistiría a una importante reunión; sólo los asistentes a la misma sabían quiénes participarían y el motivo de ésta.

Cerca de la cima del edificio, después de cruzar un intrincado laberinto de pasillos y ascensores, llegaron a un área restringida de carácter ejecutivo. Los muros estaban recubiertos de mosaicos color verde oscuro, de un material parecido a la malaquita; y los pisos, de grandes baldosas cuadradas de pulida piedra negra.

—Su junta será en esta sala —indicó la joven guía, mostrando una puerta de doble hoja—. La esperaré junto al ascensor para lo que necesite cuando concluya.

La mujer hizo una respiración profunda y entró. Alrededor de una larga mesa estaban sentados los diez científicos integrantes



del proyecto. Ella sabía quiénes eran, los había investigado a petición del Dr. Alessandro Di Maggio antes de que él los hubiera convocado para formar parte de éste. Andrea hubiera estado entre ellos como asistente de investigación del doctor y como sujeto de pruebas del suero que la salvó de la leucemia poco más de un año antes. La joven de negro se tragó sus emociones una vez más.

En la cabecera se encontraba el Director General de la OINDAH, un hombre mayor, casi calvo. Junto a él había dos lugares vacíos, a la izquierda y a la derecha. Uno era para ella. Su mirada se cruzó con la de Harry, que había llegado unos minutos antes. Él formaba parte del proyecto por causas que la de negro desconocía. Al entrar, el anciano director de lentes gruesos y acento del sur se dirigió a ella:

—La esperábamos. Siéntese, por favor.

La Organización Internacional de Asistencia Humanitaria era una asociación con tremendo prestigio y poder conformada por organismos no gubernamentales de todo tipo. Su director era un personaje importante, reconocido a nivel mundial. Y se estaba jugando el puesto al encubrir el proyecto bajo la Dirección General de la OINDAH.

—La hemos hecho venir ya que necesitamos que se integre para avanzar con la investigación lo más pronto posible. Todos estamos de acuerdo con lo que vamos a proponerle, incluso el director de este proyecto, el señor Giorgio Di Maggio, quien por causas de fuerza mayor, no pudo asistir.

Hablaba de manera calmada, pero con energía, denotando sus cualidades de magnífico orador.

Ella sabía lo que estaba por aceptar. Había tomado una decisión al respecto hacía mucho tiempo debido a lo que sucedió tras haber sido inoculada con la sustancia.

—Todos los integrantes de este proyecto desempeñan funciones en diversas áreas de forma pública, lo que les permite continuar trabajando en el proyecto de forma encubierta. Usted también sería asignada a una para que tenga una ocupación que sea conocida, aún cuando en realidad su papel será continuar trabajando como sujeto de pruebas. Como usted sabe, seguimos tratando de sintetizar otra vez el suero que es el motivo de esta investigación.

La joven de negro no pudo evitar recordar cuando estaba en la universidad con Andrea, que era estudiante de bioquímica, en la capital del país, a dos mil kilómetros de ahí. Rememoró cuando su amiga le contó que le habían diagnosticado leucemia con muy pocas probabilidades de supervivencia. Sólo se lo dijo a dos personas: a ella, su mejor amiga, y a su director de tesis, el brillante doctor Alessandro Ian Carlo Di Maggio.

Él la invitó a participar como sujeto de pruebas de una sustancia que había desarrollado en secreto y que optimizaba la regeneración celular. Andrea tuvo miedo de que eso resultara adverso a su enfermedad, ya que el científico no parecía seguir ningún protocolo de investigación. Los sujetos no tenían que estar enfermos para participar en el estudio. Por ello, aquella a la que quería como su hermana le pidió consejo a la mujer de negro. Lo mejor que se le ocurrió para animarla a aceptar la ayuda de su profesor fue ofrecerle ella misma como voluntaria para probar el suero.

Al doctor aquello le pareció inusitado, pero aceptó tras realizarle numerosos análisis y cuestionamientos.

Andrea se recuperó de una enfermedad incurable en un par de meses y la mujer de negro presentó poco a poco inusitados y poderosos efectos secundarios. El doctor también se inoculó, pero a diferencia de los otros únicos dos sujetos de prueba humanos que tuvo la investigación, murió a las pocas horas; pero antes de perecer, quemó todas sus bitácoras, destruyó su computadora y las

muestras que tenía en su cubículo en el laboratorio universitario, por lo que ya no existían registros de cómo realizó la síntesis.

—Estamos determinados a cumplir lo acordado con el doctor Di Maggio —aseveró el director.

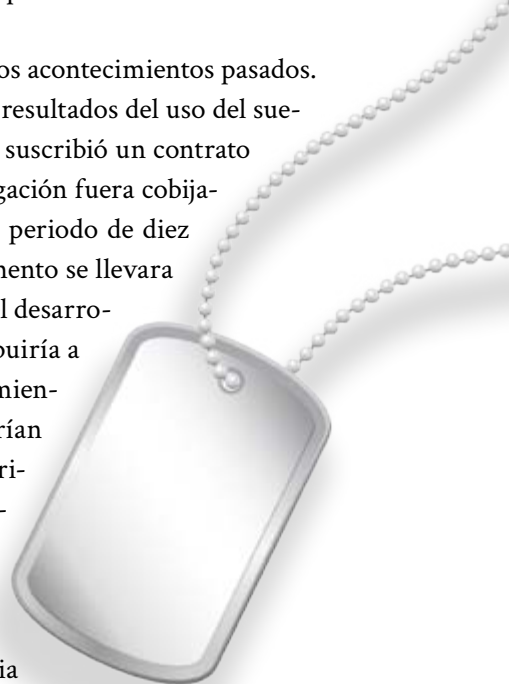
La joven seguía recapitulando los acontecimientos pasados.

Justo doce meses antes, tras los resultados del uso del suero en las dos estudiantes, el doctor suscribió un contrato con la OINDAH para que su investigación fuera cobijada por ésta. La idea era que en un periodo de diez años a partir de la firma del documento se llevara a cabo la etapa experimental para el desarrollo de un medicamento que contribuiría a la sanación de todo tipo de padecimientos. Con estos resultados se podrían solicitar los permisos para la distribución internacional. El investigador sabía que con el respaldo de la prestigiosa institución habría más posibilidades de obtener las acreditaciones para el uso de la sustancia como medicamento.

El acuerdo reservado entre el doctor Di Maggio y el Director General tenía como antecedente una antigua y sólida amistad, y por ello este último había decidido arriesgarse a integrar el proyecto en ciertas anómalas condiciones.

Al menos, eso fue lo que pensó el doctor.

El investigador le contó a las mujeres que había puesto algunas condiciones para firmar este acuerdo: él sería el director del proyecto, o su único hijo en caso fortuito; él seleccionaría al equipo científico personalmente y al cabo de diez años el proyecto se deslindaría, se hubieran cumplido sus objetivos o no. Se había previs-



to que en ese tiempo tras realizar el estudio clínico para obtener las certificaciones se lograría la distribución mundial. Con ello tanto la OINDAH como él obtendrían reconocimiento e importantes ingresos.

Al doctor no le interesaban ni la fama ni el dinero, era muy reconocido y acaudalado; sus motivaciones eran científicas, humanitarias, y sobre todo muy personales.

—Por ahora seguiremos trabajando para volver a sintetizar el suero con las muestras que conservábamos y con lo que usted tiene en su sangre —dijo dirigiéndose a la joven que recordó cuando su amiga fue enviada por el doctor a la organización diez meses atrás, para armar el laboratorio y prepararlo todo para la llegada de él, de los científicos y de ella misma que aún debía cursar su último semestre en la universidad. Fue entonces cuando Andrea llevó a la OINDAH las muestras del suero que por alguna razón desconocida ella seguía teniendo en su sangre.

El director continuaba hablando: —Como todos saben, este trabajo no debe ser del conocimiento de nadie más que los que participamos en él. Por ello el equipo de inteligencia de la organización, el grupo Alfa, tiene la encomienda de proteger la secrecía del mismo.

El proyecto debía permanecer oculto ya que desde las primeras etapas experimentales en diversos seres vivos, se había logrado la regeneración acelerada, lo que ayudaba que los sujetos sanaran de todo tipo de padecimientos como enfermedades y traumatismos. Esto podría ser muy riesgoso si las compañías farmacéuticas y la industria médica se enteraban de su existencia antes de su aprobación, pues lo considerarían una amenaza a sus ingresos, dado que la duración de los tratamientos convencionales podía ser menor con el suero.

De igual manera, debido a que la mujer de negro había presentado poderosos efectos colaterales, de los cuales los miembros

del proyecto apenas tenían una idea, el proyecto podría llamar la atención de las milicias u otras agrupaciones no humanitarias. Estas reacciones secundarias no habían sido la razón del trabajo del doctor y ponían en riesgo la meta principal del trabajo: potenciar la recuperación.

Pero también había motivos internos para mantener el proyecto de forma subrepticia. Para poder ser parte de la OINDAH, cada ONG asociada debía apegarse a estrictos lineamientos, aunque conservaba cierta independencia. Cada una tenía representación en la asamblea general que se celebraba cada seis meses y que constituía el órgano más importante de la institución, aun cuando el Director General era la máxima autoridad.

No se suponía que la Dirección General pudiera tener proyectos a su cargo; sin embargo, el del doctor Di Maggio dependía sólo de ésta para asegurar que nadie más sabría de él. Durante la larga historia de la OINDAH, era la primera vez que algo similar ocurría y esto no estaba contemplado en sus rigurosos reglamentos.

De darse a conocer ante la asamblea la anómala situación del proyecto, resultaría muy difícil su defensa y podría implicar la destitución del Director General, la cancelación del acuerdo y la imposibilidad de realizar la entrega al mundo.

Por ello, la discreción debía ser absoluta.

Todos estaban en silencio, escuchando las palabras del Director que resonaban en la sala mientras se dirigía a la joven mujer: —Usted recibirá un cargo en el grupo Alfa.

Ella no antes había escuchado hablar de ellos antes de ese día.

—Convenimos integrarla a e ese grupo porque consideramos que sería lo más seguro, pero debemos saber si está de acuerdo con la posición que se le va a conferir y lo que esto implica —preguntó dirigiéndose a ella, que sabía que trataban de encontrarle un espacio adecuado a su perfil dentro de la estructura institucional. No

era científica, su profesión era del área humanística. Pero ahora también tenía capacidades físicas muy diferentes a las del resto de la gente. Nadie sabía por qué los tres sujetos de prueba habían presentado efectos tan distintos, lo cual podría analizarse hasta que lograran sintetizarlo otra vez.

—Debemos saber si acepta, pues toda su información que pudiera ser comprometedoras será reservada.

Andrea y los otros integrantes científicos de diversas disciplinas fueron reclutados por el doctor entre sus colegas y alumnos de la universidad. Él pretendía contar con un equipo eficiente y confiable. Todos ellos tenían cargos y asignaciones oficiales en la OINDAH para que pudieran llevar a cabo la doble labor sin ser descubiertos. Sin embargo, ninguno tuvo que renunciar por completo a lo que la joven de negro estaba a punto de perder.

—Toda su información personal y su identidad serían resguardados, por lo que sus registros y sus documentos tendrían que destruirse, por lo que no podría comunicarse con nadie de su pasado —prosiguió el alto funcionario.

Eso significaba que no podría ni siquiera llamar a sus padres o a sus hermanos, ni volver a su hogar en un tiempo considerable. Había tenido que inventar en casa que viviría en una remota provincia en un país extranjero en la que no había telecomunicaciones.

Por ello, era como si también hubiera muerto.

—¿Está de acuerdo con todo esto para poder recibir la posición que la organización le conferirá? —le preguntó.

A ciencia cierta, no se sabía si con Andrea la estrategia de la doble labor había fallado, por lo que aquello era necesario para evitar otro incidente como el ocurrido. Y porque ella, era el único sujeto de pruebas con el suero en su cuerpo que quedaba en el mundo, no podía darse el lujo de rechazar las condiciones que se le estaban imponiendo, por su propia seguridad.

A pesar del dolor de la reciente pérdida de su amiga, de que no podía contar con el consejo de sus padres o el apoyo de sus amigos, de que nadie podría conocer su nombre real otra vez hasta que los objetivos del proyecto se hubieran cumplido, de que estaba destrozada, sola, y de que solo deseaba echarse a llorar, respondió sin titubeos:

—Sí, estoy de acuerdo. Es mi interés principal colaborar con la organización hasta que se hayan cumplido los objetivos del proyecto y se realice la entrega del suero al mundo.

El directivo aseveró entonces: —En ese caso, este sobre contiene el nombre del cargo que acaba de aceptar —dijo frunciendo el ceño al entregárselo. —El director del proyecto, el señor Giorgio Di Maggio, se encargará de darle instrucciones; pronto se pondrá en contacto con usted.

Todos asintieron.

—Si no hay más que tratar... —concluía, cuando Harry lo interrumpió:

—Quizá éste no es el momento, señor, pero no deberíamos proseguir sin hablar de la desaparición.

La mujer pensó que se refería al deceso de su amiga. El anciano observó al joven comandante con seriedad:

—Dejaremos eso en manos de las autoridades y de nuestro personal a cargo del caso. Por ahora, todo parece indicar que el incidente resultó ser una trágica casualidad. Tenemos gente de inteligencia trabajando en ello.

La tensión era patente en la sala.

—Decidiremos cambios de estrategia en caso de que surja información diferente.

Dado que los asuntos legales y logísticos estaban por completo en manos de la dirección, nadie podría discutir al respecto. Desde su posición, el viejo podía hacer lo que decidiera.

—Se les darán detalles de la próxima reunión —dijo a los presentes—. Mi secretario se encargará de concertarla con el director del proyecto. Hasta entonces —repuso el director.

El doctor Rojas, quien además de haber sido colega de Alessandro en la universidad, era uno de sus más cercanos amigos, agradeció la asistencia a los presentes y les pidió de nueva cuenta que mantuvieran la confidencialidad de los asuntos tratados . Ahora él comandaba el trabajo académico en la ausencia del doctor Di Maggio, pero su hijo Giorgio era el director general del proyecto.

El anciano se levantó y se dirigió hacia la puerta, acompañado de su secretario particular. Cada uno los asistentes seguiría un camino distinto para abandonar la sala y el edificio, evitando ser vistos juntos. Nadie sabría que se habían reunido. Todos tardaron unos momentos para retirarse. Era tarde y debían trabajar al día siguiente.

Algunos se acercaron a la mujer, que ya se encontraba de pie junto a la mesa, para despedirse. Harry pasó cerca. Se observaron un instante sin dirigirse la palabra. Ambos recordaron esa tarde en el cementerio.

La edecán que la condujo a la sala la estaba esperando cerca de los elevadores. Al comenzar a descender, la de negro revisó el sobre con discreción. Contenía una tarjeta oscura y brillante en la que estaba escrito el cargo que acababa de aceptar.

Decía *Contacto*.



# DE NEGRO

## CAPÍTULO 2

### **Tres semanas desde la desaparición de Andrea**

*Miércoles por la noche, jueves por la mañana*

«Entonces seré el Contacto» dijo para sí.

—¿Está lista? —preguntó en tono amable la mujer que la acompañaba, mostrándole el camino.

—Creo que no —respondió.

Se veía muy fresca. La asistente nunca imaginaría que tenía más de 48 horas sin dormir. Durante el preludio de los acontecimientos recientes, había concentrado su energía en llorar, gritar, huir, pensar qué era lo que estaba por aceptar, y en si ése sería el camino correcto para llevar a cabo su misión.

Había aún tanto por saber, entre eso, la negativa del Director General de hablar de la muerte de Andrea y el motivo de la ausencia del director del proyecto. Sin embargo, necesitaba creer. Deseaba con vehemencia confiar en el hombre viejo de las gafas, en lo que él decía: que estaban trabajando para descifrar aquella tragedia, que esa descomunal y arrogante organización tenía el control y que aun cuando no le devolverían a Andrea, sí podrían saber por qué tuvo que morir. Necesitaba asegurarse de que en verdad

trabajarían para que se concretara la entrega de aquello que circulaba por sus venas, para beneficio de la humanidad. Tenía que confiar pues, además de haber perdido a su más grande amiga, le habían quitado su identidad.

La asistente interrumpió sus reflexiones: —Puedo conseguir un transporte si desea volver a la ciudad. También podemos brindarle una habitación si quiere pasar la noche aquí.

Eran las 12:15. Lo pensó un momento y en verdad no quería volver a la ciudad. Apenas unas horas antes había llegado a ocupar el departamento en el que se alojaría. Ni siquiera podía llamarle “casa” aún. Daba lo mismo dónde pernoctara.

—Creo que me quedaré esta noche, aunque no traje equipaje.

—No se preocupe, podemos proporcionarle lo que necesite. Estamos habituados a recibir gente de todo el mundo y siempre hay alguien que no trae lo necesario consigo.

La chica sonrió tratando de hacer un comentario simpático. La de negro devolvió la sonrisa por cortesía, pero no le hizo gracia.

Siguieron recorriendo el laberinto de pisos y pasillos hacia otra área que tenía el ambiente acogedor e impersonal de los hoteles; era un hostel. Había varios situados en diferentes partes del complejo. La sede contaba con todo tipo de servicios a cualquier hora, lo que la hacía parecer una pequeña ciudad. Resultaba fácil perderse si no se sabía a dónde se iba.

—Me indicaron que tiene una identificación, por favor, muéstrela frente al sensor —solicitó la asistente.

Hizo lo que le pidió y la puerta se abrió; se desplegó un letrero en el control de la misma, el cual decía: *Bienvenida, Contacto*.

—Cuando se retire, debe mostrar su credencial en cada acceso que lo solicite —comentó la joven—. Es temporal, después programarán sus huellas digitales.

La edecán le seleccionó un cuarto a pesar de que todos estaban vacíos. Dijo: —Creo que todo lo que puede necesitar está en su habitación, pero si se le ofrece algo más, marque el número de recepción. Es el 0000. Sólo debe mencionar su cargo.

«Tal vez necesite que alguien me saque de aquí por la mañana» pensó.

—Estarán pendientes en recepción de lo que necesite —sonrió la chica.

Debía ser muy obvia su expresión.

Buenas noches, Contacto —se despidió la asistente mientras cerraba la puerta.

La mujer de negro estaba un tanto contrariada. Era usual que en la organización ciertas personas fueran llamadas por su nombre operativo.

«Contacto» se dijo, y sonrió para sí con amargura. Se percató de que no le habían asignado otra identidad aún, así que todo lo que tenía por ahora era su cargo. Le molestaba menos ese apelativo que un nombre falso, así que quizá no estaría tan mal que la llamaran de esa forma. «No es un sustantivo femenino» reflexionó. No le dio importancia.

Se apresuró a lavarse los dientes y a ponerse una camisola para dormir, que encontró en el armario. Se recostó. No debía seguir llorando, lo había hecho días enteros. Esa noche, lejos de todo lo que había sido y de todo lo que había conocido, ya no pensaría en nada más.

Abrió los ojos a las siete en punto. Imaginó que la mayor parte de la gente llegaría a trabajar más tarde. Deseaba salir antes de eso. Se dio un baño y se puso otra vez el vestido negro. Colocó en la puerta el letrero en el que se leía: *Por favor, arregle esta habitación*. Usó su credencial para abrir el hostel. Se dirigió al ascensor, pero antes

de usarlo halló las escaleras. Bajó diez pisos. Muchas oficinas estaban cerradas. Parecían estar relacionadas con la salud. Siguió doce más. Cerca del primer piso, abrió una puerta. Encontró muy poca gente laborando, se percató de que todos estaban uniformados por área, función o, incluso, tal vez, por su cargo. Volvió a la escalera. Ya en la planta baja, observó que el vestíbulo, en efecto, circundaba casi todo el edificio. Tenía varias salidas, controladas por asistentes vestidos igual que su guía de la noche anterior.

—Disculpe, ¿cuál es su nombre? —Le preguntó una chica cuando pasó por el control. No había forma de salir sin pasar por alguno.

Estuvo a punto de decírselo, pero al instante recordó.

—Contacto —aseveró.

La joven sonrió de manera muy similar a la de la noche anterior y pensó que debía ser un gesto institucional. —Sígame, por favor —Indicó la edecán de uniforme amarillo.

La condujo a uno de los mostradores. Tecleó algo en la computadora y le comentó que tenía un mensaje. Comprendió que dentro de la organización nada pasaría desapercibido, a menos que esa fuera la intención.

El mensaje la conducía a una de las oficinas del mismo edificio. En esa ocasión, la auxiliar no la acompañó. La dirección era clara, por piso, área, departamento, número de oficina. Se preguntaba si por fin conocería al hijo del doctor Di Maggio. Deseaba encontrarse con él. Quería saldar un par de deudas de honor, cumplir con sus promesas. Llegó a un sitio que parecía un laboratorio muy bien iluminado, con un amplio salón lleno de máquinas detrás de un cancel de vidrio. Puso su credencial frente al lector que abría la puerta. Un hombre como de cuarenta años la estaba esperando frente a un escritorio; colgó el auricular del teléfono. Él observaba el monitor en el que se desplegó la escasa información que había en el sistema sobre la mujer, activado por el control de la puerta.

—Contacto, ¿eh? —preguntó. En el escritorio había una placa que decía “Ing. Carlos Ramos” y en letras más pequeñas rezaba “Jefe del Departamento de Ingeniería Textil Aplicada a Recursos Humanos”.

—Sí, me dijeron que tenía un mensaje suyo.

—Es correcto. Ya tengo su uniforme —respondió con un notorio acento norteno.

«Uniforme» pensó la mujer. No usaba uno desde el colegio.

Un par de meses después de que Andrea ingresó a la organización, citaron a Contacto para tomarle medidas. Fue un evento muy particular y lo recordaba con exactitud. Sin embargo, no entendía cómo podrían darle un uniforme meses más tarde, sin siquiera saber si había aumentado de peso o medidas. Ellos no tenían forma de conocer, por ejemplo, su desarrollo de masa muscular.

—Acompáñeme, por favor —exclamó el hombre. El lugar no parecía precisamente un taller de costura, sino de informática. Pasaron a un pequeño cubículo y le indicó que tomara asiento.

—No entregamos muchos de éstos —le dijo y de una gaveta en la pared tomó una caja grande de color muy oscuro, casi negro, como la tarjeta que había recibido la noche anterior.

El ingeniero la colocó sobre un escritorio y le indicó que la abriera. En una bolsa sellada encontró un conjunto deportivo de chamarra y pantalón de algodón un tanto holgados, de color negro con el logotipo de la OINDAH bordado en el frente, los antebrazos y la espalda. A ella le pareció que era demasiado informal. El hombre continuó observándola.

—Ése no es uniforme, eso es para que se lo ponga encima cuando lo considere necesario.

Ella sacó un casco negro azulado y liso, con un visor oscuro que no dejaba ver el interior. Lo observó un momento, mientras lo analizaba. Él pensó que lo estaba revisando, pero en realidad

se estaba preguntando qué clase de trabajo llevaría a cabo el grupo Alfa. Debajo había un par de botas de suela corrida y plana, sin tacón, cierres o costuras, así como guantes que en las palmas tenían un material áspero, y otro suave y delgado en la parte de las yemas de los dedos, todo de ese indefinido tono.

En el fondo de la caja sintió algo muy liso y doblado. Lo sacó. Era un traje de un material delicado, del mismo negro lustroso. Era completo, piernas y mangas largas. Parecía hecho de una sola pieza, pues no tenía uniones; contaba con una abertura al frente, que iba del ombligo al cuello. Él observó el ligero vello en los brazos de la mujer.

—Debe quitarse todo lo que trae puesto para ponérselo. Para que funcione de la forma adecuada es muy recomendable que se afeite las partes sobre las que estará por completo.

A Contacto todo aquello comenzaba a parecerle muy extraño. —La dejo para que se lo pruebe —comentó y salió.

Se desnudó y se lo puso. Luego se calzó las botas, encima del traje. Era muy elástico. Se adhería en cuanto tocaba la dermis, dando la apariencia y la sensación de una segunda piel. El interior de las botas se pegó al traje, que le llegaba hasta los tobillos; el interior del calzado, a sus pies; y los guantes, a sus manos. No se notaban las uniones de los distintos elementos. Había tres zonas del cuerpo sobre las cuales la prenda tenía refuerzos internos a modo de ropa interior, para evitar que se marcaran partes poco pudorosas. Se pegaba tan bien al cuerpo, que permitía ver la musculatura de sus brazos y piernas finamente marcada. La abertura del frente se cerraba al recorrerla hacia arriba con la mano, con lo cual quedaba sellado. La prenda terminaba en un cuello alto, un centímetro debajo de la cabeza.

«¿Qué clase de atuendo es éste?» se preguntó.

Al final, se puso el casco. En su interior, una señal auditiva co-

menzó a explicarle algunas funciones. La mujer pensó que tendría recogerse por completo el largo cabello que tenía atado en la nuca y que caía sobre su espalda al usarlo.

Se observó investida en aquel extraño uniforme, reflejada en un espejo de cuerpo completo colocado en la pared del pequeño cubículo. Parecía ser otra persona.

Se quitó el casco; a pesar de que su cara no reflejaba ni el dolor ni el cansancio emocional que llevaba consigo, y pese a que su rostro no tenía ojeras ni arrugas, dentro de sí sentía el vacío, y a la vez la increpante y furiosa necesidad de cumplir con aquello que la había llevado allí. No sabía si era el camino correcto, pero por el momento, no parecía haber otro.

El hombre tocó a la puerta y ella le indicó que pasara. Él la observó un momento, embargado de orgullo. Era un gran trabajo y le quedaba a la perfección.

—¿Hay algo más que deba saber sobre estos artilugios? —preguntó con intención de sonar irónica. No obstante, él comenzó a darle un sinnúmero de especificaciones.

Le comentó que estaba diseñado para uso rudo extremo, y que era capaz de transmitir información de diversa naturaleza, mediante la conexión digital al casco (al que llamaba DDC). Asimismo, le informó que éste se conectaba a su vez con los puertos de telecomunicaciones de la organización. Impermeable por fuera y permeable por dentro, el traje estaba formado por varias capas, conformadas por diminutas laminillas, apenas perceptibles, unidas entre sí. Le recomendó que procurara usarlo sin sumergirse en el agua para que su funcionamiento fuera óptimo, aunque podía nadar con él si quería hacerlo.

—El traje es prácticamente irrompible, pero en caso de sufrir algún desperfecto, todo se puede reparar en este taller —dijo el hombre.

—¿Y cómo lo lavo? ¿Lo puedo poner en la lavadora de ropa con el rompevientos y los pants?

—Como le decía es permeable, por lo que no conservará ningún fluido en el interior, es similar a la piel, no absorberá ningún líquido ni olor, pero puede limpiar todos sus componentes por dentro y fuera con un trapo húmedo con desinfectante, incluso este —explicó señalando el casco—. Si alguna sustancia se adhiriera a la superficie y no se pudiera quitar como le comenté, me lo tiene que traer para que lo limpie de otra manera. No creo que tenga muchos problemas con él.

«Ya veremos» pensó ella. En ese instante se percató de un detalle: tantas —y seguro tan costosas— implementaciones tecnológicas le hablaban de la naturaleza del trabajo que llevaría a cabo. Sin embargo, debido a sus condiciones, ese traje apenas resultaría suficiente para lo que podía hacer. Temía que terminara hecho girones, pues parecía demasiado delicado. La mujer no se imaginaba la intención que había detrás de aquella investidura.

—El resto de la capacitación relacionada con este traje se la daré después —comentó el ingeniero.

También le dio una caja pequeña con tarjetas de presentación negras y lustrosas, como el resto de las cosas. De un lado indicaban el nombre de su cargo; del otro, tenían un medio de localización.

—¿Cómo van a llamarme? —preguntó la mujer.

—A través de su DDC. Será necesario que hable también con su operador en el Puente, que es quien la enlazará, pero debe ponerse de acuerdo con él antes para ello.

—Algo más para terminar —indicó el ingeniero—: pondremos sus huellas digitales en el sistema. En cuanto a su apelativo completo los Alfa no usan con los que los registraron al nacer. Si gusta, escoja algún nombre y apellido, evite utilizar su nombre “anterior”.

—¿Me darán alguna identificación con el nombre... nuevo? —inquirió preocupada.



Él negó. —Se la daríamos en caso de que la necesitara, pero aquí en la institución no la requerirá.

Pasó cada uno de sus dedos por un escáner, el cual iba indicando cuando quedaban registradas.

—Listo, tendrá acceso ejecutivo a todas las áreas. Sus superiores deberán indicarle qué significa eso —aseveró él, y emocionado, exclamó—: Por cierto, nuestros escáneres pueden leer sus huellas a través de los guantes. Me pidieron que le dijera que mañana se presente a las diez de la mañana en el lobby.

—Muchas gracias. ¿Si tengo alguna pregunta, puedo llamarlo?

—Seguro —le dijo el hombre, dándole una tarjeta como las suyas. Decía Laborus—. Le deseo suerte.

«Creo que me la desea porque sabe que la necesitaré» se dijo.

Volvió a ponerse el vestido negro en uno de los cientos de baños del complejo y guardó el traje en la caja con sumo cuidado. En una máquina expendedora, compró una bebida con mucha azúcar y los panecillos con más calorías que pudo encontrar. Comió cuatro paquetes.

Desde la inoculación de la sustancia, su cuerpo sufrió cambios poco obvios a simple vista, pero sí muy importantes; todos fueron paulatinos y progresivos. Uno de ellos era la exigencia de un elevado consumo energético debido a su metabolismo. El suero inoculado no provocó en Andrea ni en el doctor lo que ocasionó en Contacto, a la que —entre muchas otras cosas— le permitía tener una magnífica habilidad de desplazamiento. La indumentaria regular solía representar una limitación. Pensó muchas veces en andar desnuda y descalza cuando llevaba a cabo sus correrías, pues la ropa y los zapatos acababan hechos trizas en unas horas, pero no estaba muy convencida de ello. Sus paseos implicaban el tránsito por sitios muy inusuales, en los cuales efectuaba movimientos y saltos muy fuera de lo común. No creía que ese nuevo uniforme

tan delgado pudiera soportar mucho más que cualquier otra cosa que hubiera usado antes.

# **SOBRE ANDREA**

## **CAPÍTULO 3**

### **Tres semanas desde la desaparición de Andrea**

*Jueves por la tarde*

Poco antes del asesinato de su amiga, convocaron a Contacto al servicio activo, pero les tomó varias semanas hacer los arreglos pertinentes para adecuar su acceso. Los acontecimientos recientes aceleraron su integración. Al Director General le pareció urgente involucrarla en la red administrativa, con tal de protegerla, en caso de que el homicidio hubiera sido resultado de una conspiración interna —aún cuando negaban esa posibilidad—. La mujer de negro no lo sabía en ese momento, pero nadie con una posición importante en esa institución buscaría problemas con los Alfa. Gozaban de un legendario poder y podían encontrarse en cualquier parte ya que muy pocos podían ser identificados plenamente como tales. A pesar de que la mayor parte de la gente relacionada con la OINDAH conocía la existencia del grupo, casi nadie sabía quiénes lo conformaban o a qué se dedicaban.

La organización le dio alojamiento a Contacto en un departamento pequeño en un extraño lugar, un edificio casi abandonado. No le molestaba no tener vecinos, era lo mejor para evitar pregun-

tas comprometedoras y relaciones difíciles de limitar. Salió de la institución y tomó el autobús. De haber preguntado, habría sabido que podían prestarle un vehículo sin más trámite que tocar una terminal digital. Tener acceso ejecutivo implicaba ventajas que debía ir descubriendo, pero también una serie de limitaciones. Tardó un par de horas en llegar. Cuando estuvo cerca del centro, bajó del transporte y recorrió algunas calles a pie hasta llegar a su casa, con la caja negra bajo el brazo.

Esa misma tarde, luego de intentar procesar lo que ocurría, se puso el traje, se colocó los guantes, las botas y el casco, y salió hacia donde vivía Harry. Andrea le dio su dirección tiempo antes; su destino estaba como a media hora en automóvil. Cruzó el trayecto a pie, pero no andando por la avenida, de lo contrario, a la gente le habría parecido extraño ver a alguien con un casco puesto caminando por la calle, si no conducía una motocicleta. Nadie la vio. Atravesó por lugares altos, callejones entre los edificios, techos, cornisas. Podía correr y dar saltos, escalar paredes, pararse de manos, dejarse caer varios metros y aterrizar de pie con total precisión sobre bordes de escasos centímetros de grosor. Era increíble que resultara invisible a las tres de la tarde, en una ciudad tan grande y vestida así.

Se había habituado a circular lejos de la gente. Trataba de hacerlo por los sitios inaccesibles para otras personas; su consigna era no ser vista haciendo cosas como las que podía y solía hacer, pues hubiera sido riesgoso para la secrecía de la investigación de la que era sujeto de pruebas. La gente se concentra en sus asuntos, casi nadie volteaba hacia arriba. Tuvo que aprender a usar su cuerpo para lograr desplazarse así: al ir descubriendo que podía realizar cada vez más actividades físicas sin sentir cansancio, y de una forma más eficiente, se fue entrenando al grado de que ahora la gravedad no le pesaba casi en lo absoluto. Esa forma de trasladarse se convirtió

en una costumbre, pero aún podía hacerla sentir libre y relajada, como cuando comenzó a hacerlo.

El traje la desconcertaba un poco. En un par de saltos, cualquier prenda se habría desgarrado, incluyendo el conjunto deportivo que le dieron con él, pero ésa era resistente, elástica y flexible; al mismo tiempo, el material era ligero y delicado, por lo que sus movimientos podían ser fuertes, eficientes, rápidos y elegantes.

Llegó al viejo edificio. Se quitó el casco y lo sostuvo bajo el brazo. Sí, quería confiar en la organización, pero no les dejaría todo el trabajo. Antes que nada, necesitaba saber cómo había ocurrido la tragedia. La gente de la organización sólo le dijo que su amiga había muerto durante un operativo, pero no le explicaron más. Tragó saliva. Temblaba como si estuviera sumergida en agua helada. Reunió todo su valor y se dispuso a hacer una de las cosas más difíciles de toda su vida.

No sabía cuál era el departamento. Entró y buscó piso por piso. En el tercero, descubrió uno con la puerta entreabierta. Pudo ver por la rendija al hombre joven echado en un sillón. La habitación tenía las persianas cerradas, apenas entraba un poco de luz. Se preguntaba si la habría dejado abierta a propósito, pero el cubo de la escalera tampoco tenía iluminación y pudo no darse cuenta. Tocó pero no hubo respuesta, así que empujó la añeja puerta de madera que se deslizó crujiendo con suavidad. Él, sobresaltado, dio un brinco.

—Disculpa, traté de tocar. Espero no llegar en un mal momento.

Harry tardó un segundo en reconocerla, estaba sorprendido. —No te preocupes, pasa.

—¿Siempre dejas abierto? —preguntó, tratando de encontrar una forma de iniciar una conversación.

—Creí que había cerrado, estoy algo distraído. Calló un

instante. —Me dieron unos días libres. De otra forma no me hubieras encontrado aquí.

—Me lo imaginaba.

— ¿Gustas algo?

Recordó que hacía horas apenas había comido un poco, pero no se permitió sentir hambre. También podía controlar a voluntad muchas de sus funciones corporales.

—No, gracias —respondió, tratando de sonreír de la manera en la que no pudo la tarde anterior.

Él estaba ojeroso, sin rasurar. Le calculaba menos de treinta años. Tenía un cuerpo muy atlético, y aunque no parecía un galán, había algo en él que la gente encontraba difícil de describir y que lo hacía muy atractivo. Era amable, a pesar de estar atravesando un duelo. En la organización, era uno de los tres subdirectores de una corporación de seguridad interna llamada Comando de Apoyo, mejor conocidos por sus siglas CDA. Debido a que el emblema del grupo era la cabeza de un caballo, la gente les decía “caballos de ajedrez”.

—¿Sabes a qué he venido? —preguntó Contacto.

Harry se quitó el cabello de la cara hacia atrás de la cabeza en un gesto nervioso. —Supongo que quieres saber cómo pasó.

Asintió en silencio. Trató de ser ecuánime, de no mostrar su dolor. Sin embargo, la mueca en su rostro la delataba. Él también asintió. Se sentaron en el viejo sillón de cuero café.

—Era una noche lluviosa. Recibimos una llamada anónima sobre el posible robo a una de las bodegas de la organización en el muelle. Ahí se almacena equipo para su traslado posterior. Pa-

trullábamos cerca de la zona y atendimos el reporte —dijo refiriéndose a su grupo—. El vigilante del predio no se encontraba en su puesto. Bajamos de la camioneta frente al almacén indicado y entramos a investigar. Era la bodega F. La puerta no tenía seguro. No había luz debido a una falla en la energía eléctrica, por la lluvia. Yo entré primero —relató casi susurrando. Carraspeó—. Entramos a la bodega y escuché a alguien llamándome. No sé qué rayos hacía allí. Pensé que era alguien de mi unidad. Se puso frente a mí. Fue muy rápido —hizo una pausa con dolor en el rostro—. Escuchamos una detonación y se desplomó delante de mí. No sabía que era ella. Protegiéndonos con los contenedores, fuimos hacia donde estaba.

Contacto trataba de mantenerse objetiva, de recabar información, pero temía comenzar a llorar en cualquier momento. Se sentía desolada.

—Escuchamos un vehículo alejarse. Me acerqué y me di cuenta de que era Andrea tendida sobre el piso. Tenía una herida. ¿Por qué fue ahí? —preguntó como para sí mismo, conteniendo la frustración y prosiguió murmurando—. Conozco los riesgos de una herida de bala, estudié medicina. Sangraba poco. No esperamos una ambulancia, la llevamos en la camioneta. Dijo que no sentía dolor. Cuando llegamos al hospital seguía consciente. Más tarde, la jefa de urgencias se acercó para decirnos que —prosiguió Harry con la voz entrecortada— que acababa de morir.

El joven se estaba luchando para no llorar pero Contacto no pudo evitarlo, toda su contención se vino abajo. Él también comenzó a sollozar y se cubrió el rostro con las manos. Ella puso la mano sobre el hombro de Harry, deteniéndose de él más que consolándolo, y lloraron juntos un largo rato, hasta que lograron calmarse.

—Lo siento, mis hombres no debían verme así otra vez, no había podido...

—Te entiendo —le dijo la mujer, tratando de recomponerse. Se secaron las lágrimas—. Lo siento, necesitaba saber.

—Tal vez pudimos hacer algo más, debí saber que era ella, quizá...

—No te mortifiques, no fue tu culpa. Hicieron todo lo que pudieron, hay cosas que no pueden evitarse —dijo ella al borde del llanto otra vez.

El agachó la cabeza.

—Gracias por contarme. Debo irme.

Harry asintió. —Hasta luego. Disculpa, no sé cómo llamarte —comentó con débil voz.

—Contacto —replicó la mujer aún secándose los ojos con la mano—. Me dijeron que escogiera un nombre falso, pero mejor llámame así.

Ella se fue sintiendo un nudo en la garganta: hubiera querido no dejarlo solo. Sentía el alma desgarrada, al tiempo que muchas emociones se compactaban dentro de sí, a punto de desbordarse. Sin embargo, era preciso que siguiera. Se volvió a colocar el DDC. Tendría que acostumbrarse a usar algo así, le estorbaba pero la hacía sentir algo más segura al ocultarle el rostro.

Otra vez fue a pie. Llegó al muelle como a las seis de la tarde. Entró atravesando la cerca de malla de dos metros de altura con un potente salto que nadie vio, sin siquiera tocarla. Ya no había nada en bodega F, permanecía cerrada con un candado que le resultó fácil abrir. Se quitó el casco al entrar. En el piso marcaron con pintura los lugares en los que debieron ubicarse los contenedores. Tal vez reconstruyeron los hechos.

Fue hacia el fondo y advirtió la existencia de una puerta trasera, al final de una plataforma. Por ahí debió haber escapado el tirador. Más arriba había un pasillo largo que llegaba hasta



el otro extremo, cuya escalera descendía hacia otra de las puertas posteriores.

Se puso de cuclillas sobre un punto en particular, dejó el DDC en el piso y por unos momentos, permaneció sobre el lugar en el que había estado una mancha de sangre que alguien se encargó de quitar, pero cuyos rastros ella percibía aún. Acarició el cemento, dominándose para no desplomarse. El relato de Harry resonaba en su memoria: «Mi equipo iba detrás de mí. Siempre voy al frente, ella corrió para llegar delante de todos. Andrea debió ver al agresor, debió saber que tenía un arma...».

Contacto pensó en lo que hubiera podido ocurrir si ella hubiese estado allí. Quizás habría evitado la tragedia. Apretó los puños y los dientes, ahogando un grito en su garganta, que se escuchó como un rugido apagado.

La sensación de ser observada la hizo voltear hacia arriba. Escuchó pasos cerca de la puerta posterior. No pudo percatarse antes, estuvo demasiado absorta. Llegó allí con rapidez, abandonando el casco.

La puerta estaba entreabierta. Halló una callejuela que pasaba por la parte posterior de las bodegas. Al final de ésta, iba un auto grande que se había puesto en marcha un momento antes. No le quedaba ninguna duda, era el del cementerio. A pie, y sin estar muy segura de lo que hacía, fue tras él. Recorrió diez o doce cuadras sin perderlo de vista. El vehículo respetaba el límite de velocidad, por lo que para ella no sería un problema seguirlo, podía ir a ese ritmo sin esfuerzo.

El objeto de su persecución se detuvo frente a una calle estrecha entre edificios. Ella aguardó como a 50 metros, sin ocultarse. De la parte trasera salió el hombre alto que vestía una gabardina negra. Entró al oscuro pasadizo y el auto arrancó. Cuando Contacto lo perdió de vista, fue tras el tipo.

Pensó que podía ser una trampa, pero quiso ver a dónde se dirigía; su actitud le parecía en extremo sospechosa. Seguro tenía alguna relación con la muerte de Andrea. Entró al callejón y no lo vio. Tuvo que continuar hacia el interior, ya que varias cajas y un contenedor de basura le obstruían la vista. Pensó que lo encontraría del otro lado de todo eso y se adentró más, pasando una puertita de las que siempre están cerradas a pesar de ser salidas de emergencia.

Una parte del callejón era muy oscura, pero lograba distinguir todo a su alrededor. El olor de la basura le nublaba el olfato. A cada paso se convencía más de que aquella había sido una idea estúpida. Una reja limitaba la calle.

Iba a asomarse del otro lado del contenedor, cuando alguien caminó desde el marco de la puerta frente a la que ella había pasado momentos antes. Debió detenerse un instante sin dejarse llevar por el ímpetu, así hubiera podido darse cuenta de que no permanecía cerrada del todo cuando pasó junto a ella. Se abrió de par en par y apareció un hombre alto de esbelta figura. Contacto se percataba de su error, aterrada.

«Eso me pasa por confiada» se reprochó.

Podía huir o hacerle frente.

Él avanzaba despacio hacia ella, cojeando casi imperceptiblemente. Sus ojos azules centelleaban en la débil luz. La expresión seria del hombre tenía un aire de reto. Pudo observarlo con detalle una vez que se le acercó como a metro y medio. Su rostro era afilado; su nariz, muy recta y fina; sus pómulos, marcados. Labios delicados, cejas pobladas, mandíbula fuerte y barba partida. La línea

del negro cabello le formaba una V en la frente. Vestía de forma elegante; la gabardina negra le llegaba apenas debajo de las rodillas. Su aspecto era lúgubre y amenazante, aun cuando era bien parecido. La observó, según su interpretación, con desdén.

Él preguntó antes de que pudiera decir nada: —¿Me buscabas?

A pesar de su tono sarcástico, su voz era masculina y profunda.

Ella decidió intentar obtener información a pesar de su enojo y su temor. No tenía duda de que tenía alguna relación con el homicidio.

—Creo que usted me buscaba primero —respondió con toda la calma que pudo, pero él seguía avanzando.

—Mejor quédese donde está —le advirtió con un tono determinante. El hombre debía medir como un metro noventa. Se detuvo y esbozó una sonrisa de lado, pálida y burlona.

«Tal vez esté haciendo tiempo» pensó la mujer de negro, y decidió presionar: —No confío en los desconocidos. Podrían ser asesinos.

Él podía mentir, pero le parecía que quería medirla, y ella buscaba hacerle pensar que sabía algo. Además, fue lo mejor que se le ocurrió.

El desconocido frunció el ceño y preguntó con voz grave: —¿No sabes q...? ¿Te refieres a Andrea?

Contacto no pudo evitar sentir una mezcla de ira, frustración y dolor. En este instante, escuchó un auto acercarse; el vehículo dio vuelta hacia la entrada del callejón y comenzó a internarse en él a una velocidad moderada. Dejaba poco espacio a ambos lados del estrecho pasadizo y avanzaba despacio a espaldas del hombre, interponiéndose entre ella y la salida. En ese momento, la mujer de negro sintió un irrefrenable impulso de escapar y corrió hacia el lugar por el que ella había entrado y donde ahora estaba el carro, empujando apenas al hombre alto al pasar junto a él. Eso provocó

que fuera lanzado de espaldas hacia la pared, contra la cual se detuvo, cayendo entre cajas de cartón y latas vacías.

El conductor frenó de pronto al ver que ella se avalanzaba hacia el auto en movimiento con rapidez. De un salto le pasó por encima y aterrizó en la calle del otro lado. El chofer estaba perplejo y seguía tras del volante, creyó que la había atropellado. Ella huyó en dirección contraria al sentido de la calle vacía.

«¿Qué tendrá que ver ese hombre con la muerte de Andrea?» Reflexionaba la mujer de negro. Sus emociones la dominaban. Se había dejado llevar. Fue vista haciendo “acrobacias”. Volvió por el casco a la bodega, fue a donde se alojaba y dormitó el resto de la noche. Desde que Andrea murió, no lograba descansar. Todo parecía estar mal. Pero había algo en el hombre del callejón que le provocaba una extraña sensación.

# EN LA OSCURIDAD

## CAPÍTULO 4

### **Tres semanas desde la desaparición de Andrea**

*Jueves por la noche*

El salón de la elegante mansión parecía aún más grande por estar casi vacío. Al fondo había un cancel que casi llegaba al alto techo y cruzaba la pared de lado a lado. Daba vista a un inmenso jardín y a un pequeño bosque, hacia el cual la mirada penetrante de aquel hombre se dirigía con frecuencia. Pesadas cortinas de terciopelo color rojo oscuro flanqueaban el enorme ventanal. A espaldas del individuo había un escritorio de maderas preciosas. La chimenea, el librero, un carrito minibar, la silla en la que estaba sentado, y otra frente al escritorio eran el resto del menaje. La puerta de doble hoja, en una de las paredes laterales del salón, permanecía casi siempre cerrada. Una botella de whiskey era su única compañía. Los últimos días, las botellas entraban llenas y al poco tiempo salían vacías del salón. Eso le ayudaba a tratar de no pensar. Ahora jugaba un juego que le mantenía la sangre caliente. Tenía un complicado asunto pendiente con una mujer, lo cual resultaba extraño porque, por lo general, las mujeres en su vida iban y venían, como las botellas. Ella sudaría sangre. Estaba en sus manos.

Lo motivaba la presión que ejercería sobre ella hasta que reventara. Con eso llenaría sus vacíos. Se podría decir que le causaría algo de placer a pesar de su suplicio. Sacó el teléfono celular que traía en el bolsillo y marcó con calma.

*Viernes por la mañana, algún lugar de la organización*

La sala circular en la que se realizaba la reunión esa mañana era un tanto diferente al resto de las instalaciones del edificio. El piso y el mobiliario eran del mismo lustroso color: negro. La luz provenía de largas ventanas verticales en la pared blanca del fondo, ubicadas frente a la puerta de la sala. Los nueve asistentes congregados alrededor de la mesa vestían de formas distintas, pero todos de negro. Era una reunión de rutina. Tres de los asistentes, dos hombres y una mujer usaban una indumentaria similar a la de Contacto, incluso tenían consigo cascos como el suyo bajo el brazo. Eran operativos.

Una mujer delgada, pequeña y arrugada, de traje con solapas anchas, con corto y puntiagudo cabello teñido de rojo, parecía presidir la reunión:

—Ha sido muy adecuada la integración de este nuevo elemento. Además, nos ha dado una salida para rechazar al recomendado por el subdirector Alex de Lois, quien incluso ha pretendido adelantarse a nuestra decisión, dando su aceptación por hecho, sin esperar una respuesta de nuestra parte. Se hace llamar “El Nexo”.

La mujer operativa rió por lo bajo. Llevaba puesta una chamarra de cuero del color del piso de la sala sobre el traje.

—Aunque pudo ser muy útil mantenerlo cerca, debemos decidir qué debemos hacer con él ahora. ¿Alguna propuesta?

Aunque se dirigía a toda la concurrencia, proseguía. —A mí me

parece —dijo ella sin que nadie pudiera contestar— que sería útil indicarle el camino hacia el nuevo Contacto.

—No creo que eso sea lo adecuado, Versus —respondió uno de los operativos.

—Explicanos, Agente —inquirió la mujer arrugada.

—Me parece que se correría el riesgo de que el sujeto se exponga demasiado. Debemos esperar a que actúe de forma natural.

—Quizá, pero mantendremos el control de la situación —observó el Lector.

—Acordamos que mantener la confidencialidad del proyecto es la prioridad, hasta que se logre el objetivo principal— dijo el llamado Agente.

—El sujeto tiene esa misma prioridad —indicó Versus—: hará todo lo posible por mantenerla. Así que ese no será un problema.

Discutieron largo rato sobre cuestiones relacionadas con el proyecto. Veladamente, la mujer arrugada había confrontado a los operativos, que buscaban afirmar su posición en el grupo. Nadie más había hecho comentarios, porque comprendían que ella estaba teniendo una retroalimentación dialéctica con quienes estaban asignados al caso.

El Lector era uno de los pocos Alfa que podía ser identificados por la gente como parte del grupo. No conservaba su identidad real, lo que le evitaba algunas restricciones, ya que en realidad no tenía una vida privada. Se dedicaba de tiempo completo al servicio de la organización.

Al Nexo le hicieron varias pruebas sin que lo supiera, confirmaron que no dominaba sus instintos agresivos. No serviría, a pesar de la encarecida recomendación del subdirector, el cual —sabían bien los Alfa— tenía su propia agenda. Ninguno de sus “talentos” sería de utilidad. Ésa era una condición fundamental para que alguien fuera reclutado: tener alguna cualidad natural que fuera

requerida, algo tan simple como ser una persona que siempre pasa desapercibida o que puede guardar un secreto incluso de sí mismo, todo con una ciega devoción a la OINDAH. El Nexo tendría que conformarse con ser asesor del CDA, protegido por De Lois. No obstante, a pesar de su rechazo y sin que lo supiera, trabajaría para el grupo.

—¿Qué haremos con el asunto de la placa? —preguntó el hombre cuyo nombre operativo era el Agente.

—Quien logre encontrarla obtendrá algo más que una felicitación — aclaró Versus.



# DI MAGGIO

## CAPÍTULO 5

### **Tres semanas desde la desaparición de Andrea**

*Viernes por la tarde*

Contacto fue a la organización al día siguiente. Al llegar, tras mencionar su nombre operativo en la recepción, le dijeron que tenía un mensaje. Debía presentarse en un domicilio particular para entrevistarse con el hijo del doctor Di Maggio, su mentor existencial. Lo conocería al fin. Ella recordaba al doctor con profundo afecto y agradecimiento. Le debía mucho, y le había hecho algunas promesas que anhelaba poder cumplir, a pesar de todo lo ocurrido hasta ese momento.

Se dirigió a una elegante zona residencial en las afueras de la ciudad en un vehículo de la organización, el cual supo que podía usar gracias a la charla con la chica del mostrador de la entrada. En el camino pensaba en la importancia que tendría la entrega. Trataba de no concentrarse en su pena. Por su arranque en el callejón pudo destruir todo el trabajo, fallar en su misión. Era fundamental descubrir lo ocurrido con Andrea; necesitaba saber quién era ese hombre y cómo se relacionaba con todo eso. Pero también resultaba indispensable permanecer con vida y llevar a cabo la entrega

del suero al mundo. Haría todo lo que estuviera en sus manos para conseguirlo, y rogaba a Dios porque el resultado fuera el mejor posible. Dejó el automóvil estacionado a varias cuadras de la dirección que le dieron y fue allí a pie, para conocer el terreno.

Vestía el traje negro bajo el conjunto deportivo con logos de la OINDAH; dejó el casco en el auto.

Se encontró frente a un tremendo portón de madera. La gigantesca barda de la fachada del lugar se extendía hasta el final de la calle, toda cubierta de verde hiedra. Tocó el timbre. Una mujer le respondió por el intercomunicador que había en la pared.

—¿Trae auto? —preguntó, cerciorándose de lo que veía por las cámaras.

—Ya no —respondió.

—¿Podría dirigirse al siguiente acceso por favor? Debe llegar a la esquina a su derecha y dar vuelta a la izquierda; siga la calle, está como a 500 metros.

—Por supuesto —repuso ella.

Le tomó poco llegar allí. La mujer le abrió quince minutos después.

—Por aquí, por favor.

Contacto la siguió por un prado muy cuidado, que se extendía como 900 metros hasta la casa. A lo lejos se veía una impresionante y sobria mansión rodeada de setos. Por ello el ama de llaves había tardado tanto. Un camino llevaba a la entrada principal, pero las mujeres ingresaron por una entrada secundaria.

—Ésta es la forma de llegar que queda más cerca caminando —explicó el ama de llaves, mientras la conducía hacia la solemne construcción. —Soy Mary, estoy para servirle.

Tenía el cabello cano y era baja de estatura. Tras la entrada había un recibidor con piso de mármol claro. Al centro del vestíbulo de doble altura, se encontraba una mesa antigua de caoba sobre la

que colgaba el candelabro de cristal más grande que hubiera visto. A la izquierda, una escalera alfombrada de rojo llevaba a la planta superior. Parte del siguiente piso se veía tras un barandal de mármol y madera que rodeaba el cubo del recibidor. La señora Mary abrió una puerta cerca de la escalera.

—Pase, por favor, el joven la está esperando.

Contacto entró observando el interior. Estaba deseosa de encontrarse con el hijo del doctor. Quería decirle lo mucho que admiraba a su padre, hablarle de lo que pensaba, de las increíbles cosas que él había desarrollado. Lo estimaba sin conocerlo, por todo el afecto que le tuvo al doctor, por todas las cosas que le contó sobre él. También había sido amigo de Andrea. Debía de ser joven, un par de años mayor que ella apenas.

Era una descomunal habitación con un cancel del tamaño de la pared del fondo. Junto a la ventana se encontraba un escritorio con un sitio vacío de un lado y una silla giratoria de cara a la ventana en la que un hombre estaba sentado.

A pesar de que afuera estaba soleado, parte del salón estaba a media luz ya que la única iluminación procedía de la inmensa ventana. La chimenea encendida del lado izquierdo de la habitación lanzaba destellos rojizos sobre la duela y la roja alfombra de estilo francés.

—Buenos días —dijo Contacto, y recorrió el espacio con agilidad. Al acercarse al escritorio vio el lustroso cabello negro de quien la esperaba. Era un hombre muy alto.

«Oh no...» se dijo y tuvo una extraña sensación en el pecho.

La silla giró con lentitud. El hombre pálido que había visto en el cementerio y con el que se encontró en un estrecho callejón la observaba con azules ojos de lobo y un aire de desdén.

—Siéntate —le ordenó.

Ella estaba tratando de negar la verdad que saltaba a la vista. «No puede ser» pensó.

—Gracias —respondió muy tensa. Permaneció de pie.

—Eres demasiado... intrépida —dijo serio, con la mandíbula tensa y un apenas perceptible sarcasmo. Su voz era grave y profunda y su aspecto era muy intimidante—. Y digo eso por no llamarte como debería. Es obvio que no tienes ninguna clase de experiencia, lo cual lo justifica tu carencia de sentido común.

Sus palabras se deslizaban como una helada navaja, como si fuera una máquina. Ella apretó los puños esperando la frase siguiente.

—Soy Giorgio Di Maggio —dijo con contundencia, con los codos apoyados en los brazos del sillón y los largos dedos entrelazados a la altura del pecho, sin parpadear siquiera, escrutando la reacción de la mujer de traje negro frente a él.

Se sintió lívida y no pudo ocultar su perplejidad. Tuvo que sentarse en la silla frente al escritorio.

—Lo siento, no lo sabía —dijo sin parpadear. Ahora que lo observaba mejor, se percató de que poseía algunos rasgos similares a los del doctor. Incluso tenía un aroma parecido. «¿Cómo no me di cuenta?» se reprochó en silencio, agachando la cabeza.

Un imperceptible gesto triunfal afloró un segundo en el rostro de su interlocutor.

—Hasta los insectos tienen sentido de conservación, pero parece que en ti no aplican ni la Biología ni la razón.

—¿Pero qué estaba haciendo en la...? —Comenzó a preguntar cuando el hombre interrumpió muy serio con su profunda voz.

—Lo mismo que tú.

Se sentía como una tonta. «Debí tomar las cosas con más calma, pero ¿cómo podía saberlo?» se dijo ella.

—Nos habríamos evitado todo esto si usted se hubiera presentado antes —observó tratando de sonar amable, aunque estaba muy contrariada.

«Creí que sabía quién soy. ¿Pasó tanto tiempo con mi padre y no

tenía idea de que se trataba de mí? es estúpido» se dijo.

—Tendrías que saber que se trataba de mi —dijo él en voz baja, mientras se frotaba con lentitud la rodilla derecha debajo del escritorio, fuera de la vista.

—Disculpe, no tenía idea. Pudimos conversar en el cementerio o en el muelle.

—No es asunto tuyo cómo hago las cosas —concluyó con fuerza—. Retírate. Y preséntate el lunes en la organización... si puedes —replicó entre dientes.

Ella pensó que era prudente zanjar el asunto. —Le pido que me perdone— aseveró. Hizo un gesto con la cabeza y salió de la habitación.

Di Maggio giró hacia la ventana y la vio caminar en dirección a la salida en el reflejo de los cristales.

«Te voy a acabar» pensó con rabia. Era algo personal.



# CDA

## CAPÍTULO 6

### **Cuatro semanas desde la desaparición de Andrea**

*Lunes por la mañana*

Contacto se presentó en la organización el lunes, con el traje puesto. Pasó el fin de semana probándolo, evadiéndose. Era lo mejor que había usado en toda su vida. A pesar de que en la institución vestía encima el conjunto deportivo, ahí el traje por sí solo no resultaba demasiado llamativo. Desde que se sometió como sujeto de pruebas en la universidad, a pesar de que sus funciones fisiológicas se transformaron paulatina y dramáticamente, el cambio no era obvio a simple vista. Parecía que estaba en buena forma, pero su capacidad muscular era mucho mayor de lo que aparentaba. Su estatura contribuía a guardar las apariencias.

En cuanto dio su nombre en uno de los mostradores de la recepción, fue enviada a las oficinas del Comando de Apoyo o CDA, ubicadas en un edificio anexo al central. No fue difícil localizarlas. El comando era la instancia dedicada a velar por la seguridad del personal y las instalaciones de la OINDAH; sus integrantes eran instruidos en la misma institución por lo que el lugar también poseía una academia. Tras pasar por pasillos bordeados de setos de

arrayán, encontró la bifurcación entre el área administrativa y la académica. Tenían un aire militar. Le llamó la atención el piso de mosaicos negros y blancos. Estaba a punto de preguntar cuando un hombre alto como de cincuenta años, rostro afilado y corto cabello vestido con un uniforme como de policía salió de un cubículo del fondo y se le acercó, con unos papeles en la mano.

—Usted debe ser... —comenzó a decir él.

—Contacto —interrumpió la mujer.

—Muy bien. —Asintió el hombre con cordialidad—. Yo soy Mateo Gil, estoy a cargo del Comando de Apoyo. Necesitamos ponernos de acuerdo, pero voy de prisa, ¿me acompaña? —urgió, e hizo un gesto casi paternal.

«Suenas como profesor» pensó ella.

—Supongo que sabe todo sobre nosotros— preguntó refiriéndose al comando.

—Un poco, sí—respondió, a pesar de no tener la menor idea.

—Aquí está el área de instrucción física —dijo, señalando el lugar al que se dirigían—. Estoy seguro de que será muy interesante para usted compartir sus conocimientos con nosotros —comentó confundiéndola más.

Se sintió asustada al pensar que podía revelar por descuido cualquier información, no sabía qué tanto sabía ese individuo respecto a su inusual relación con la organización y no quería cometer un error. Comenzaba a sospechar que era trabajo de Di Maggio informarle cómo proceder, pero era obvio que no estuvo de humor para hacerlo y ella era responsable de eso.

—Todo apoyo es bien recibido por nosotros; queremos que los egresados de la academia se sigan formando lo mejor posible, sobre todo los que se están incorporando al servicio activo. Creo que es muy buena idea que alguien de la élite quiera aportar parte de su experiencia. Espéreme aquí un momento, por favor —solicitó



mientras se internaba en otro grupo de oficinas que se encontraba en un recinto techado; daba la impresión de ser un gimnasio, pues había varias colchonetas azules y aparatos de ejercicio.

«Entonces él piensa que vine a dar clases» se dijo.

Había impartido cursos de alfabetización como voluntaria, pero no creía que eso fuera útil ahí. Recibió un entrenamiento por parte de la organización en la ciudad en la que estaba su universidad seis meses antes, pero era seguro que la gente de la que hablaba Mateo tendría más instrucción que ella.

«¿Dijo que quiere que comparta mi experiencia? ¿cuál? ¡si en realidad, en el campo de la seguridad acabo de reprobarme la primera lección!» se dijo recordando el desafortunado encuentro que tuvo en el callejón.

Mateo volvió acompañado de Harry, lo que interrumpió sus cavilaciones.

—Te presento al subdirector de seguridad, el señor Jacobo.

—Jacobo es apellido —extendió la mano para saludarla—. Todos me dicen Harry, puedes llamarme así, si prefieres. Gusto en conocerte.

Ella siguió la corriente.

—Mucho gusto, Harry —respondió sonriendo un poco, fingiendo como él que era la primera vez que se veían.

Mateo seguro no debía saber nada de lo que los conectaba. Quien fuera el novio de Andrea se veía aún demacrado y ojeroso, pero quizá volver al trabajo le ayudaría. A ella le estaba sirviendo un poco hacer otras cosas, a pesar de su fallido primer encuentro con el hijo del doctor.

—Los dejaré ponerse de acuerdo sobre los detalles —repuso Mateo de forma amable—. Pero dime, hija, ¿de qué se tratará el taller que vas a impartir?

—Parkour —respondió ella casi en automático.

Harry estaba sorprendido de lo que Contacto pretendía trabajar con los cadetes recién egresados, pero trató de no parecerlo. La mujer pensó que, como ya estaban formados, poco podría deformarlos con lo que podía enseñarles. Además, era aquello que hacía casi todo el tiempo, desde que la inocularon con la sustancia cuando era estudiante, meses atrás. Aprendió algunas técnicas por gusto pero podía hacerlo de una forma que nadie lograría equiparar, pero no mostraría esa parte.

El entrenamiento de los ex cadetes debía ser mucho más extenso que el suyo, pues apenas recibió un adiestramiento básico sobre varias materias y disciplinas, enfocado en su seguridad personal, el cual hasta entonces no había puesto en práctica. Pensaba que esos conocimientos estaban destinados en secreto a ayudarlo a proteger aquello tan valioso que tenía en su sistema. El resto dependería de sus capacidades. Si la investidura como Alfa la protegía por la reputación del grupo, el trabajo en el CDA era la coartada que le permitiría trabajar en la organización de forma legítima, encubierta, pero a la vista de todos, ya que los Alfa ni se dejaban ver, ni la dejarían integrarse a sus actividades.

# DOS PLACAS

## CAPÍTULO 7

### **Un mes desde la desaparición de Andrea**

Para Contacto era fundamental obtener toda la información posible acerca del incidente en el muelle, el cual le seguía causando un profundo impacto; incluso, tenía pesadillas sobre eso. Sin embargo, también necesitaba encontrar algo primordial que estuvo en poder de Andrea; se suponía que sólo ellas dos conocían su existencia: se trataba de una de las dos placas de silicio de 1.2 x 2 centímetros que contenían información desconocida para las mujeres. La que resguardaba su amiga había desaparecido con ella. La otra, la traía colgada en el cuello en una cadena, junto con una pequeña cruz que le regalaron sus padres cuando se fue de casa para ir a la universidad.

El doctor Di Maggio le dijo a las amigas que la información contenida las placas se podía obtener sólo al juntarlas, y les encomendó con vehemencia que las entregaran personalmente a su hijo. La universidad donde él trabajó y donde ellas estudiaron se encontraba a dos mil kilómetros de la ciudad sede, que era en la que residía Giorgio desde que era un niño. Las jóvenes acordaron que cuando estuvieran juntas en esa localidad harían la entrega

de aquellos objetos a su destinatario. El doctor no había ido a verlo durante el último año, a pesar de la difícil situación por la que pasó el joven durante ese tiempo, por lo que, las cosas entre ambos no estuvieron bien del todo antes de la intempestiva muerte del doctor. A las amigas no les había parecido extraño que el investigador les hubiera pedido que fueran ellas quienes le entregaran eso a su hijo debido a la situación que prevaleció entre ellos.

Ambas pensaron que las placas contenían información fundamental para lograr la producción de la sustancia. No obstante, Contacto ignoraba si la organización tenía conocimiento de su existencia, y si había resguardado la que llevaba Andrea. Necesitaba saberlo, a pesar de la pena que le provocaba pensar en eso.

La mujer se negro comenzó a merodear por los lugares de la institución en los que podía ingresar con su nivel operativo. Era enorme, pasó días enteros tratando de encontrar algo relevante. Obtuvo información diversa, pero nada que le indicara por dónde seguir, así que poco a poco se fue adentrando en espacios en los que el personal no solía transitar con regularidad. Así encontró algunos accesos al techo del edificio hexagonal, y comenzó a emplear ese lugar para sentarse un momento y reflexionar, tratando de disipar sus penas al observar el horizonte.

Tendría que hablar con Di Maggio sobre la placa de Andrea. Se resistía, pero era necesario.

### *En la mansión*

Helena Rige era una mujer muy particular; ella misma lo creía así. La organización la designó para asistir a Giorgio, quien tenía el pretexto de que en ocasiones sus problemas físicos no le permitían

dejar su casa para acudir a la sede, y aunque sí tenía importantes secuelas del accidente, su indisposición era, en general, de otra naturaleza.

Estaban a cargo de Helena los detalles administrativos de la participación de su jefe, los cuales eran una fachada. Di Maggio fungía como administrador de los fondos que su padre había destinado para la investigación, gran parte de los cuales también procedían de su madre, una reconocida cantante de ópera que había muerto años antes. No habría sido prudente que todo el dinero entrara a la vez; por ello, ahora como Director del Proyecto, hacía pagos regulares, los cuales se manejaban como donativos a diversos fondos de la organización. Del total de esas cuantiosas sumas, el noventa y nueve por ciento estaba destinado a la investigación secreta, lo cual era un delicado secreto que debía guardar la asistente particular. Ella sabía de la existencia del proyecto, pero debía desconocer sus objetivos científicos ya que se suponía que éstos estaban reservados por y para los integrantes del proyecto.

Contacto se presentó en casa del hijo del doctor. La recibió Mary.

—El patrón no la espera, ¿verdad?

—No, señora, y creo que desearía no volver a verme.

—Está con su secretaria particular; la voy a anunciar —explicó cuando entraron en el vestíbulo, pero la chica se adelantó y puso la mano en el picaporte dorado de la pesada puerta del despacho.

—Yo toco. No se preocupe, estará bien —exclamó la joven al ver la cara de horror del ama de llaves.

La asistente no estaba segura, pero al verla tan decidida, desapareció hacia el interior de la elegante e iluminada mansión, la cual contrastaba con el lóbrego espacio al que Contacto estaba por entrar. Antes de eso, se decidió: sería maleducada y escucharía detrás de la puerta, pues intuía que no tendría suficiente in-

formación de ese hombre a menos que la obtuviera por sí misma. Era de madera maciza, muy gruesa y debía estar como a 20 metros del escritorio frente al que quizá se encontraba Di Maggio; aun así pudo escuchar la conversación. Una voz femenina repasaba una agenda. Hablaba de manera perspicaz. Se detuvo y dijo:

—Si lo prefieres, podemos revisarlo en otra ocasión, cariño.

—Continúa —respondió él secamente.

—¿Qué te ofusca tanto? —preguntó la voz.

—No es problema tuyo.

Ella prosiguió leyendo la agenda en el mismo tono afable, casi servil.

«Ese hombre está muy lejos de ser un caballero» pensó la mujer de negro. Tocó la puerta. Él profirió una seca orden. Contacto oyó a la secretaria levantarse y el sonido de sus tacones dirigirse a la entrada del despacho. Una mujer alta y joven abrió. Su actitud arrogante no concordaba con la voz casi añorada que había escuchado. Tenía un cuerpo esbelto, bien proporcionado, el cabello rubio, delicadas facciones y unos ojos grises que la observaban con un desdén parecido al del hombre al que buscaba. Parecía una muñeca de porcelana. Pensó, por un instante, que después de la fricción con el hijo del doctor, podría encontrar en otra persona una vía para llegar a él, sin tratarlo de manera directa. No lo sabía aún a ciencia cierta, pero comenzaba a sospechar que la secretaria no sería esa vía. Él tenía una buena razón para no encontrar grata la compañía de Contacto, y sin duda debía tener otras para no disfrutar la de nadie más. Cuando Helena la vio, no pareció sorprenderse en lo más mínimo.

—Buenas tardes, he venido a ver a Giorgio Di Maggio.

—¿Quién lo busca? —preguntó con aspereza.

—Me llaman Contacto.

—Un momento —dijo y cerró la puerta.

Estaba contrariada. Entrevistarse con gente en la organización que parecía estar mucho más ocupada no le resultó difícil.

—Te busca un... una persona que dijo llamarse Contacto.

—Que pase.

La rubia volvió a abrir la puerta del despacho. —Pase —ordenó con frialdad.

Al pasar agradeció con la cabeza y sonrió por cortesía, pero su gesto no fue correspondido. Giorgio estaba de frente al jardín, como la vez anterior, hizo girar la silla mientras se aproximaba al escritorio seguida de la secretaria. Eso significaba que él le estuvo dando la espalda a la mujer todo el tiempo mientras le hablaba. Helena se acercaba cuando Di Maggio le dio la orden:

—Déjanos solos.

—Vuelvo más tarde —respondió, mientras se acomodaba el largo y ondulado cabello.

Caminó con delicadeza y, antes de salir del salón, volteó a ver a su jefe, quien no despegaba la vista de la recién llegada, tratando de intimidarla con sus feroces ojos azules y su pálido rostro impasible. Por ello, éste no se percató de la mueca de disgusto de la asistente, algo que la mujer de negro vio con claridad en el reflejo de los cuadros de vidrio de la inmensa ventana. La rubia se le insinuaba, sin conseguir la atención de aquél. Contacto escuchó un gruñido de desacuerdo de la mujer, mismo del cual él no podría haberse percatado.

La mujer de negro bajó la cremallera de la chamarra deportiva que era lo único que traía sobre el traje ese día, como para sentirse un poco más cómoda aunque no era lo que vestía lo que la incomodaba.

—Ese traje me ha costado una pequeña fortuna —dijo él con algo de sorna, pero sin perder el tono unilineal que lo caracterizaba. ¿Qué haces aquí? —preguntó sin siquiera parpadear.

—Buenas tardes, ¿puedo sentarme? —preguntó ella de la forma más amable que pudo, tratando de recordarle la cortesía que sin duda debieron enseñarle en alguna carísima escuela.

Él asintió con la mano.

Ella preparó sus palabras mucho tiempo antes, quizá desde el momento mismo en el que le entregaron la placa que resguardaba.

—Le prometí a tu padre algunas cosas. Entre ellas, entregarte cierta información junto con Andrea.

Mientras hablaba, abrió la parte de arriba del traje, mostrando su cuello. Tomó la cadena sin quitársela y la levantó un poco para que él pudiera ver el pequeño cuadro de silicio, que colgaba de ésta.

—Existen dos. No pueden entenderse por separado, debíamos entregártelas juntas. Tu padre nos dijo que la información que contienen es de vital importancia. Creo que pueden mostrarnos cómo producir el suero. Es todo lo que sé sobre ellas.

—No sé qué te hace pensar que esto me interesa —respondió inexpresivo.

Estaba desconcertada por lo que acababa de escuchar.

—Disculpa, sé que sigues molesto conmigo, de verdad lo comprendo. Sin embargo, el proyecto es mucho más importante que cualquier cuestión personal —aseguró con tranquilidad, como de costumbre.

Los ojos del hombre comenzaron a brillar de forma particular. —No lo es para mí, aunque eso no es asunto tuyo.

La mujer cerró el traje con la mano. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Algo andaba muy mal, parecía estar sola frente a la institución.

La entrega del suero no era una loca obsesión personal, podía beneficiar a tanta gente, revolucionar el mundo. Ella creía que si tenía ese poder en su sistema, su deber mínimo era luchar para que pudiera ser para todas las personas. No tenía sentido buscar



al hijo del doctor como aliado, discutir con él sus dudas acerca de las intenciones de la organización, sus temores sobre la muerte de Andrea. Pero estaba dispuesta a intentarlo todo con tal de hacer la entrega.

—Está bien —respondió ella—. Te dejaré en paz. Pero, por favor, sólo necesito saber dónde está la otra.

—No lo sé, pero si lo supiera no te lo diría.

Ella no quería perder la paciencia.

—Nada más es de tu incumbencia —señaló entre dientes el hombre.

—Bien. Al menos me pueden informar cómo proceder —respondió frustrada, sin dar crédito a sus oídos.

—Si tanto te interesa, indaga por ti misma —dijo él en el mismo tono gélido.

Sus sospechas, por desventura, habían resultado ciertas. —Está bien. Lo haré por mi cuenta —aseveró.

—No me interesa. Retírate.

—Ya me voy. Ojalá hubiera podido acompañar a Andrea cuando vino a la organización, tal vez las cosas serían muy diferentes —comentó tratando de seguir siendo amable pero sin ánimos de quedarse callada.

—Lo dudo —contestó él.

Antes de que llegara a la puerta, Giorgio susurró una maldición que hubiera sido imperceptible para cualquier otra persona. La mujer de negro se paró en seco, volteó hacia donde estaba él y le dijo con convicción:

—Tu padre hizo todo esto por ti. Algún día lo entenderás.

Él se quedó callado. Mantenía su actitud agresiva, y la mujer del traje negro sospechaba que no se debía sólo a su primer encuentro. Di Maggio parecía tener un gran resentimiento con lo relacionado al proyecto, y sin duda alguna, tenía problemas con su padre, mis-

mos que no parecía haber resuelto antes de su repentina muerte. Quizá también sufría por la pérdida de Andrea. El doctor le contó que su relación con su hijo era compleja, aunque nunca pensó que se refiriera a eso.

La rubia estaba sentada en el vestíbulo, vigilando la puerta del despacho. Contacto tuvo otra vez esa sensación de desconfianza.

—Hasta luego —dijo de lejos.

—Seguro —respondió ella con engreimiento.

Salía de la mansión por uno de los enormes prados, cuando pasó cerca del chofer que estaba lavando uno de los autos. Éste se incorporó despacio, sin apartar la vista de ella ni parpadear, con un trapo mojado en la mano, estupefacto. No estaba seguro de si era ella. Al pasar, la mujer lo saludó y lo dejó aún más pasmado.

No volvió a casa de inmediato. Pensó en el destino de la otra placa. Andrea fue demasiado aprehensiva, era seguro que la llevaba consigo. Podría dudar de todo, pero la conocía demasiado bien, quizá mejor que a sí misma. Di Maggio le dijo que buscara por su cuenta.

Eso haría.

# SIGILO

## CAPÍTULO 8

### **Cinco semanas desde la desaparición de Andrea**

Harry se llenaba la cabeza de trabajo, era un perfeccionista. Llegó a la oficina con mucha antelación. Su secretaria, conociéndolo, se había apresurado para estar ahí antes de la hora de entrada. Era uno de esos hombres de los que las mujeres siempre suelen estar enamoradas en secreto. La asistente sentía pena por él pues, aunque sonreía como de costumbre, todavía se veía muy afligido. Él leía y firmaba algunos pendientes.

Después de que la mujer salió de la oficina, él vio por el rabillo del ojo que alguien entraba; levantó la cabeza para pedirle algo y se encontró a Contacto frente a su escritorio, con el lustroso traje negro sobre el que usaba la chamarra deportiva. Tardó un momento en comprender. Ella lo observaba en silencio; se veía más fornido con el uniforme gris.

—Buenos días, toma asiento —dijo Harry, reaccionando.

—Gracias. No hemos tenido oportunidad de conversar desde que “nos presentó” Mateo. No te voy a preguntar cómo estás, porque creo que yo estoy igual, pero necesito discutir algunas cosas contigo.

En ese momento entró la secretaria; cuando vio a la mujer de negro sentada frente al escritorio de su jefe estuvo a punto de tirar los expedientes que traía.

—¡Oh, disculpen! ¡No la vi entrar! Debí pasar por el vestíbulo y yo no me he movido. ¡Debo de estar dormida todavía! —exclamó apenada.

—No se preocupe —respondió su jefe.

En cuanto la asistente salió de la oficina y cerró la puerta, Harry le dirigió a su interlocutora una mirada inquisitiva.

—Trato de no llamar la atención, a veces exagero —comentó.

—Está bien. ¿De qué debemos hablar?

—Tanta precaución por ciertos detalles cuando hay otras cosas importantes a la deriva —hizo una pausa—. Hablé con Giorgio Di Maggio. Parece que no soy de su agrado —repuso ella.

La expresión de Harry le hizo entender que sabía a lo que se refería. —Es un hombre difícil —respondió.

—Difícil, sí —repitió ella entre dientes—. Pero ése no es el problema. Parece que no tiene interés en el proyecto.

—Alguno debe tener —respondió el hombre—, ya que lo paga casi todo.

—Yo no sabía que impartiría un taller hasta que me lo dijo Mateo. Tengo mis prioridades, creo que el proyecto es más importante, pero deberían cuidar más de su academia. Resulta irresponsable por parte de la organización involucrarme en su planta docente sin saber si cuento con la capacidad para ello. Sé que el hecho de que me hayan colocado en este sitio es sólo una coartada, pero me interesa hacer un trabajo adecuado.

—El motivo por el que te dirigieron a la academia del CDA es que yo lo sugerí. Pensamos que aquí podremos apoyarte mejor que cualquier otro miembro del proyecto en cualquier otra instancia. Además, estábamos listos para darte un temario y una preparación

basada en tu entrenamiento. Sin embargo, comienzo a sospechar que no vas a necesitarlos. De cualquier forma, siempre puedes contar conmigo para lo que sea —comentó buscando calmar la ansiedad de la joven.

—Gracias, de verdad —respondió, tranquilizada al haber encontrado a alguien con quien podría hablar—. Haré lo mejor posible, pero no es lo único a lo que me voy a dedicar. Voy a buscar algo que Andrea tenía algo consigo cuando murió, y que creo que será vital para el proyecto. Quizá te lo mostró o sabes en dónde está.

El gesto de Harry se endureció. —Creo que sé a lo que te referies. Me habló de algo que le confió el doctor, pero nunca lo ha mencionado ninguno de los miembros del proyecto, no sé si lo tengan en resguardo, aunque lo dudo. Nadie debe conocer tus intenciones —comentó en voz muy baja—. Te apoyaré mientras no corras riesgo. De lo contrario, tendrías que desistir —explicó con seriedad.

—Trato de ser siempre muy discreta —comentó—. Mi amiga y yo fuimos diferentes, esto nos afectó de formas distintas. Ella veía mejor que antes de usar el suero, era una nadadora veloz, pero yo puedo hacer cosas que no te imaginas, y si eso ayuda a encontrarla, a descubrir al que le hizo esto y a recuperar la placa, lo haré, porque se trata de que la sustancia sea para todos. No pretendo poner en riesgo la seguridad de nadie ni la mía, porque sé que soy la única portadora y me necesitan para producirla. Es una enorme responsabilidad —dijo casi susurrando—, pero necesito ayuda para saber por dónde comenzar.

Harry asintió con severidad. Le dijo que primero debía conocer todo lo que pudiera sobre su uniforme.

Por recomendación de su nuevo aliado, se dirigió a la oficina del hombre al que llamaban Laborus. Él la vio llegar de reojo y pensó que había hecho un excelente trabajo con ese traje.

—Buenos días. Me han dicho que debía recibir más información sobre estos objetos —aseveró esperando la reacción del hombre que parecía apreciar mucho esos artefactos.

—¿Se ha familiarizado con el equipo?, ¿ha tenido algún problema con él? —preguntó mientras observaba la pantalla de la computadora que estaba en su escritorio por encima de unos diminutos lentes con forma de media lunas.

—Es excelente. Sin embargo, aún no he tenido oportunidad de involucrarme en muchos problemas —respondió ella con la misma seriedad con la que la cuestionaba—. Y no sé cómo usar el casco.

—DDC o dispositivo de comunicación —corrigió él—. Colóqueselo, por favor.

Hizo lo que le indicaba. Durante casi dos horas estuvo dándole largas explicaciones técnicas, haciendo pruebas y mostrándole los diversos comandos del sistema, desde iniciarlo hasta personalizarlo para que respondiera sólo a su voz. Aprendió a manipular los controles visuales, los micrófonos y las diversas vías de intercambio de datos que poseía. A ella no le interesaba la tecnología, pero sin duda sería un implemento útil, al menos para que no le vieran el rostro si cometía alguna imprudencia. Podía vincularse con cualquier dispositivo de comunicación que estuviera activo en la organización. El personal del CDA utilizaba unos pequeños aparatos que se colocaban en una oreja y tenían un micrófono integrado, con los que se comunicaban entre sí y con su propio operador. Incluso podía conectarse con esos dispositivos de forma individual.

—Conéctese al puente —le ordenó, tras haberle explicado cómo.

—Puente de comunicaciones, recibo señal por primera vez. Aquí, Tanaka; te escucho, Contacto.

La voz del hombre en el puente era un poco aguda, muy clara y seria, casi inhumana. Ahí tenían acceso a mucha información.

—Gracias. Estoy probando el DDC.

—En el futuro, conéctate sólo cuando sea necesario —respondió él.

—Claro, gracias.

Concluyó con el comando que cancelaba la transmisión.

—Alguien llamado Tanaka —dijo la mujer, a sabiendas de que lo que escuchó dentro del casco no había sido escuchado por su instructor, pues el micrófono de interlocución estaba cerrado—. Increíble aparato —mencionó al quitárselo.

Él mostró un dejo de orgullo paternal que la mujer no pasó por alto.

—Parece que no es un buen momento en el puente —agregó ella.

—Para ese puente nunca es un buen momento —masculló con su acento nortño más marcado, un tanto exasperado.

—Me imagino que el personal cambia todo el tiempo.

—No —replicó Laborus. A él se le ha asignado tu equipo, siempre será tu operador.

—¿A cualquier hora? —preguntó contrariada.

—Quizás en alguna ocasión especial te responda su asistente.

—Resumió todas las explicaciones en una sola frase: —Éste es un equipo muy especial, cuenta con un apoyo extraordinario.

### *En casa de Contacto*

Ella volvió a su departamento tras impartir la primera sesión de su taller. Echó un vistazo al temario que prepararon para ella. Sondeó un poco a los recién egresados y se encontró con que lo que podía

enseñarles no estaba en su currícula. Sin duda, serían sesiones muy dinámicas. Les mostraría algunas formas de moverse en la ciudad, usando los elementos que tenían a la mano: paredes, postes, etc.

Amaba el silencio del pequeño departamento, lejos del suelo y del ruido del tráfico. No pagaba nada por residir ahí. Desde que fue sido convocada al servicio activo tras concluir sus estudios universitarios, recibía una pequeña cantidad al mes, y que gastaba casi toda en comida. Sus otras necesidades básicas las cubría la organización, aunque no requería mucho más. Tenía pocas cosas, sólo lo esencial. No traía consigo todo su guardarropa y no podría volver por él. No sabía cuándo vería a sus hermanos ni a sus padres.

Trataba de no seguir llorando por la ausencia de Andrea, pero aún le dolía y le hacía falta el apoyo de su familia. Al no poseer casi nada, el uniforme le resolvió la vida. De noche, para alejarse de sus temores y de sus duelos, salía del edificio por su pequeño balcón o por el último piso.

Antes de tener la sustancia en su sangre, no comprendía lo mucho que pesa todo con la gravedad. Ahora ésta ya no la limitaba de la misma forma. Podía asirse a pequeñas salientes, cornisas o cualquier otro objeto, y subir y bajar con facilidad. Un impulso, un salto, una carrera que no le robarían el aliento, la llevaban de un techo a otro. Y entre escaleras de servicio, tinacos y antenas, escapaba.

No lo hacía sólo porque sí. Observaba y escuchaba a la gente que nunca la descubría. Le gustaba saber cómo vivían, conocer espacios muy privados. Contacto quería hacer algo por la gente, compartió con Andrea el ideal de hacer algo por el mundo. Sabía que ahora esa posibilidad estaba en sus manos, si lograban realizar lo que llamaban la entrega.



## *De noche, en la residencia del Director del Proyecto*

Siguiendo la recomendación de Di Maggio, comenzaría a buscar información por sí misma, pero en su propia casa. La mansión tenía un sistema de seguridad muy moderno: todas las ventanas y puertas se encontraban conectadas a la alarma. Sin embargo, aprendió a burlar esos controles ingresando por sitios imposibles para el tránsito humano, donde nadie se habría molestado en poner un sensor. En el escaso entrenamiento que le dio la organización, aprendió a encontrar los puntos ciegos. En esta ocasión, entró por un tragaluz por el que apenas cupo y que estaba ubicado en una pared del tercer piso, al que llegó escalando por afuera, debió arrancar el vidrio mientras se aferraba a las casi nulas salientes para evitar caer quince metros.

Llevaba puesto el DDC, que tenía una cámara infraroja, pero no la necesitaba. Esa noche, una vez que estuvo dentro, se dirigió al enorme escritorio del vacío salón, se sentó en la silla giratoria y se tomó un momento para observar el lugar desde esa posición. Le dio un escalofrío. Abrió los cajones y comenzó a revisar el contenido. Encontró la factura de la instalación de una caja de seguridad con fecha de meses atrás, y que indicaba que el aparato tenía un tamaño considerable. Buscó por la habitación, pero no la encontró.

Intentó localizarla en otras partes de la vivienda, le tomó un rato dar con ella. Pensaba en lugares posibles; en un salón largo, parecido a una sala de estar, ubicado en el ala oeste, vio unos paneles adosados a un muro lateral y que formaban una cuadrícula. El tamaño de uno de esos cuadros podría coincidir con el de la caja. Palpó con cuidado. Una de las secciones se deslizó: lo que buscaba estaba detrás de ésta.

—Puente —dijo en el micrófono interno del DDC. Eran casi las tres de la mañana.

—Aquí, Tanaka —respondió la voz, un tanto más suave que cuando la escuchó por primera vez.

El chico debía estar medio dormido. Era imposible que trabajara todo el tiempo. Fantaseó con que se trataba de una especie de robot.

—Te estoy enviando una imagen en este momento —dijo ella, luego de capturarla con el DDC.

—Es una caja fuerte —respondió la vocecilla.

—Ya sé, ¿cómo la abro?

—Un momento.

Al poco tiempo, contestó. —Tiene una cerradura biométrica. Podrías usar un explosivo plástico de precisión o el dedo y el ojo del usuario.

—Bien, Tan.

—No me llames así, por favor —repuso.

Contacto no pudo evitar sonreír. —Creo voy a intentar la técnica del dedo. Gracias Tan...aka.

—Fuera —respondió él; con su tono remarcó el uso de la terminología correcta.

Giorgio estaba en su habitación —ubicada en el segundo piso del lado este— dormido y muy alcoholizado. Al parecer, había tomado algunos de los somníferos del frasco que estaba en la elegante mesa de noche, junto a la cama. La mujer trató de comprobar si despertaría al moverlo. Probó hablarle, rodarlo, incorporarlo. Le abrió un ojo. Nada. Contacto no lo sabía, pero él los tomaba con frecuencia desde el accidente. Era la única forma en la que lograba perderse en el sueño.

«Si despierta en el camino, lo dejo tirado y salgo corriendo» pensó.

Lo tomó en brazos.

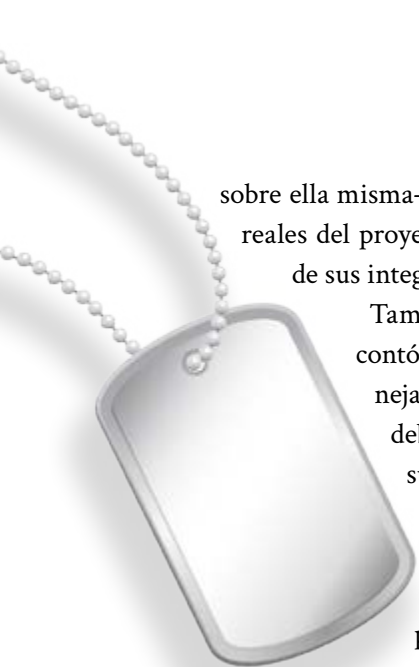
Él gimió un poco, pero no despertó. Estaba perdido.

«Pastillas con alcohol. Con razón siempre está de tan mal humor, debe tener una resaca espantosa todos los días» se dijo ella.

Pasó con él frente a un espejo de cuerpo entero. La imagen resultaba muy cómica: ella, que no medía ni un metro sesenta, con el traje puesto, y el enorme hombre inconsciente en sus brazos. Bajó con él las escaleras de forma sigilosa y se dirigió a la sala donde se encontraba la caja. Venía la parte complicada. Logró sostenerlo, sujetar su cabeza, abrirle el ojo y poner uno de sus dedos en el sistema al mismo tiempo. La parte ocular se complicó. Él rodaba los ojos hacia atrás de los párpados. Tuvo que pellizcarlo para que reaccionara un poco y pusiera la pupila en la posición correcta. A pesar de todo eso, no se despertó por completo. Le tomó un rato a la mujer acomodarlo para hacer todo a la vez.

En esos momentos, pensó que después sería prudente cambiarle al hombre las pastillas para dormir por placebos: aquella combinación era muy peligrosa. La caja dio un mensaje y se abrió. Lo recostó lo mejor que pudo en un sillón rocó en el que no cabía del todo y fue a revisar el contenido. Tenía objetos de gran valor, joyería, dinero. La mujer hizo a un lado todo eso. Se quitó el casco; veía sin problemas en la oscuridad.

Él hizo ruido, como quejándose en su sueño. Ella se asustó un poco y esperó hasta estar segura de que seguía profundamente dormido. También guardaba oficios archivados en perfecto orden en tres cajas portátiles diseñadas para ello. Eran referentes a los “donativos” que otorgaba Di Maggio a la organización. Junto a éstos se encontraba la carta de presentación de la secretaria particular con su fotografía en una hoja membretada de la OINDAH. Sin duda, fue ella quien los archivó. Helena tenía conocimiento de los asuntos financieros relacionados con el proyecto y ayudaba a encubrirlos. Sin embargo, en ninguno de esos documentos se proporcionaba información sobre la actividad científica del mismo —ni



sobre ella misma— por lo cual sospechaba que los objetivos reales del proyecto seguían siendo sólo del conocimiento de sus integrantes.

También se enteró de que la familia Di Maggio contó con los servicios de un despacho que manejaba todos sus complejos y delicados asuntos debido a su millonario patrimonio. También supo que prescindió de éste justo cuando el proyecto fue integrado a la OINDAH. Ahora Helena fungía como apoderada legal de Giorgio, por lo cual debía estar muy ocupada llevando todo en orden.

Al fondo del aparato, localizó un contenedor con un control dactilar, lo sacó y lo abrió igual que la caja. Contenía una copia del expediente del incidente en el muelle, el reporte de lo ocurrido. Las hojas estaban algo gastadas, como si las hubieran revisado muchas, muchas veces. Sintió pena por Giorgio y por sí misma. Parecía que Andrea fue la única persona que pudo acercarse a él de forma amistosa. Compartía algo de eso con él. Ellos se conocieron cuando su amiga fue enviada por el Doctor a trabajar en la OINDAH, meses antes de que él muriera. Ella era su estudiante, y se encargó de organizarlo todo antes de la llegada del equipo científico del que formaba parte. Contacto no llegó al mismo tiempo ya que se atrasó un semestre en la universidad, debido a que tuvo que aprender a sobrellevar los efectos secundarios que el suero le causó. Su amiga poseyó la cualidad de encontrar lo mejor en cada persona, su forma de tratar a quienes la rodearon era gentil y amistosa, cálida. Era difícil resistírsele, todos solían adorarla, tenía la capacidad de entablar una amistad con alguien en dos minutos en la parada del autobús. La manera en la que ella le habló de ese hombre no concordaba del todo con su actitud ac-

tual. Ahora estaba segura de que la versión de Di Maggio que Andrea le describía era la que sólo ella logró sacar a la luz.

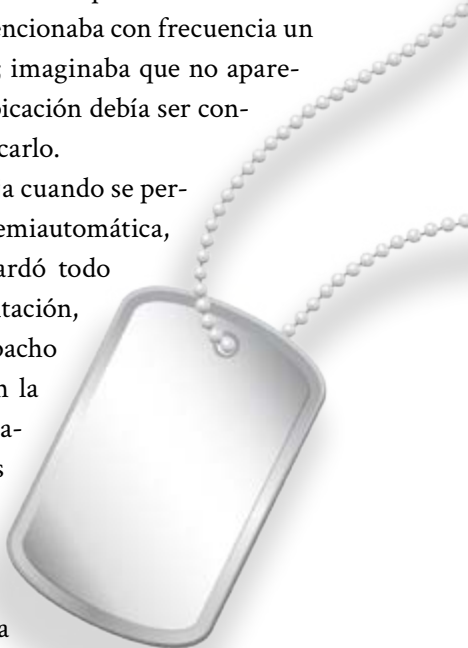
En el reporte se hablaba de una herida de bala. No quería creer que su amiga hubiera podido morir por algo así, de la forma en la que se describía. Debido a la sustancia, era fuerte. No tanto como Contacto, pero sí bastante. Le resultó terrible leer aquello, apenas podía, con los ojos llenos de lágrimas. Pero lo peor estaba al final: se anexaba la certificación de la defunción. Tomó nota mental de todo. En el reporte también se indicaba que el cuerpo que recibieron en la morgue del hospital no era el correcto, sino el de una mujer desconocida. No se mencionaba nada de la placa en ninguna parte. Tuvo que sentarse tras leer eso. La cabeza le daba vueltas. Suponía que no la habían enterrado, pero aquello significaba que nadie tenía idea de lo ocurrido con su cuerpo. Sintió una enorme esperanza por un instante: «¿y si hubiera sobrevivido?». Pero también pensó en lo peor: «Quizá quien la asesinó se llevó su cuerpo y la placa con él. Pudo ser sólo producto de una confusión, de un error. O quizá estaba recuperándose, oculta en alguna parte, quizá no podía comunicarse, quizá...»

Otro legajo contenía una especie de indagatoria, como tomada de otro expediente. Estaba dentro de una carpeta color negro brillante. En él se mencionaba una fuga de información exclusiva del proyecto. Asimismo, relataba que el Director General recibió datos confiables que aseguraban que tratarían de utilizar aquello en su contra, usando como evidencia un documento legal: el contrato del proyecto firmado entre el doctor Di Maggio y el Director General, el cual no se encontraba en la caja. La mujer suponía que debía ser resguardado por el hijo del doctor, pues era la protección de su herencia ante la institución, pero imaginaba que, de darse a conocer, le ocasionaría problemas al director. El reporte del expediente negro no señalaba a ningún responsable de la indiscreción.

Sin embargo, ése no era el momento de hacer conjeturas: debía limpiar la escena. Tenía datos valiosos para revisarlos lo antes posible. El corazón le latía con fuerza. Iría al hospital donde Andrea fue atendida. En la carpeta negra se mencionaba con frecuencia un número de expediente: 111120682280; imaginaba que no aparecería en el sistema, e incluso que su ubicación debía ser confidencial, pero no perdía nada con buscarlo.

Se disponía a guardar todo en la caja cuando se percató de que dentro estaba una pistola semiautomática, una Colt. Sintió otro escalofrío. Guardó todo y llevó al hombre de vuelta a su habitación, aunque pensó en dejarlo en el despacho como broma. Una vez que lo puso en la cama, lo contempló. Se preguntó qué pasaba por su mente tan oscura. Después de todo era el chico del doctor, al que siempre se refirió con paterno amor. Fue protector de Andrea. Compartía con él dolorosas pérdidas. Por ello, sería paciente.

Estaba deseosa de ir a buscar el expediente 111120682280 en la organización. Sin embargo, amanecería pronto. Tenía que aguardar y pensar muy bien en lo que estaba por hacer. Pensó muchas veces toda la situación. No quería albergar falsas esperanzas, pero existía la posibilidad de que la placa aún estuviera en poder de su propietaria original. No obstante, existía otra terrible posibilidad: tanto ésta como Andrea —viva o muerta—, podían estar en manos de alguien más, y no tenía idea de quién podría ser. Ése era su mayor temor y su limitación más grande para poder proceder. Si algo le ocurría al único sujeto poseedor del suero que quedaba, todo se habría perdido.



# AMBICIÓN

## CAPÍTULO 9

### **Un mes y medio desde la desaparición de Andrea**

*En algún lugar de la ciudad*

Esa noche, un hombre que en el fondo seguía siendo un niño pensaba en lograr cosas importantes. Era un sentimiento grande, poderoso. Con sus ojos color verde avellana —rasgo de familia— observaba un pequeño cuadro de silicio que sostenía entre sus dedos. Pronto habría de ponerlo en un lugar seguro.

Para Miguel Aster fue muy fácil obtenerlo. «Azares del destino» pensaba, aunque no creyera en él. «Fueron las circunstancias» se repetía. Ahora necesitaba encontrar una utilidad para todo aquello. Tenía información que, en apariencia, podría serle redituable, y que no lastimaría a nadie, pues su propietaria original ya no estaba. No había tratado de saber qué contenía aún. Lo intentaría después. Era el momento de comenzar con su plan. Leía demasiadas novelas policiacas y su cabeza estaba llena de fantasías. No sabía si, a pesar de estar muerta, la información sobre Andrea, su prima, todavía le interesaría a alguien. Los esbirros de Alex de Lois la acosaron durante meses, sin haber obtenido respuestas. Miguel trataría con él porque sabía que no tenía relación alguna con

la muerte de Andrea. Sabía que había fallecido al proteger a su novio, durante un robo. Quería ser discreto. De Lois le dio a la chica su tarjeta alguna vez, por si ella decidía acercarse a él para tener un progreso laboral en la organización.

El joven fue a la última residencia de la mujer, que permanecía intacta desde el día de su muerte. Era precavida, así que no se desharía de la tarjeta, mucho menos si desconfiaba tanto de quien se la dio. No tuvo problemas para encontrarla, era de un material muy fino, de color blanco, con el logotipo de la organización impreso en alto relieve. No haría una llamada telefónica: era informático. Envío un mensaje muy escueto por la red, desde el correo de Andrea, el cual no había sido eliminado aún.

### *En la organización*

La OINDAH tenía subdirecciones generales que agrupaban y coordinaban a las ONG bajo seis grandes áreas: salud, medio ambiente y conservación natural; educación y desarrollo humano; adelanto científico y tecnológico; patrimonio y diversidad cultural, así como la que manejaba cuestiones legales y de derechos humanos. Esta última era encabezada por el poderoso y ambicioso Alex de Lois, el principal opositor político del Director General. Los seis subdirectores, así como los representantes de sus correspondientes ONG, se reunían con el Director General a discutir avances y problemas en la asamblea que sesionaba cada seis meses.



De Lois recibió un escueto mensaje de alguien que estaba registrado en su teléfono como “Sr. Alba”. Quince minutos más tarde, marcaba el número personal de Helena Rige.

—Que tal, nena, ¿cómo va todo?, ¿cuándo puedo verte? Esta noche estaré disponible. ¿A las 10:00, te parece? —dijo el hombre más rubio que ella.

—Por supuesto, cariño —respondió.

La organización no era un sitio seguro para tratar algunos de los asuntos que más le interesaban al subdirector. No quería que nadie se enterase de que estaba buscando información que incriminara al Director General. Dada su condición de personaje público y sus aspiraciones políticas, sería muy precavido. Hasta ese momento, la rubia había sido una valiosa informante, y la protegía para que continuara siéndolo.

*Más tarde, en uno de los departamentos personales de Alex de Lois*

Ella llegó muy puntual a la cita con el hombre. Subió al penthouse de un edificio de lujo que le pertenecía a él. De Lois pensaba en sí mismo como un hombre emprendedor y fuerte; alguien que sabía qué rumbo debía tomar la OINDAH en relación con los tiempos vigentes; asimismo, consideraba que, sin su guía y su visión, no se alcanzaría el nivel óptimo. A pesar de su apretadísima agenda, tenía tiempo para buscar lo que le interesaba: aquello que beneficiaría a toda la estructura institucional al colocarlo a él a la cabeza. La refinada mujer estacionó su blanquísimo automóvil deportivo en el sótano desierto del edificio y subió por un elevador privado. El hombre de cuarenta y tres años estaba sentado en un elegante canapé, contemplando un fino tablero de ajedrez, en el que había una partida iniciada.

—Mi buen amigo Giorgio y yo no hemos logrado terminar este juego —exclamó, pensando en voz alta.

Se conocían desde siempre, sus padres habían sido más que amigos y sus familias se frecuentaban. Trató de sacarle información sin éxito, a su manera, con alcohol, que tanto gustaba a Giorgio. Al final, desistió porque su amigo no revelaría nada, sin duda estaba involucrado hasta el cuello. Su gente y él mismo en persona trataron también de hacer hablar a Andrea, debido a que su cercanía con Di Maggio no era un secreto. De Lois sabía —gracias a uno de los principales involucrados— que el Director General de la organización ocultaba algo importante. Alex deseaba, por sobre todas las cosas, encontrar pruebas con las que el director pudiera ser señalado y destituido. Estaba seguro de que ése era un camino seguro para obtener lo que más ambicionaba. Cavilaba al estudiar la partida de ajedrez inacabada para, en principio, ganarle a Di Maggio sobre el tablero.

—¿Te sirvo algo? —preguntó Helena.

—Lo de siempre.

Vertió coñac en dos vasos, le pasó uno y se sentó en el asiento vacío frente a él; se quitó el muy blanco abrigo y lo dejó en el respaldo de la silla con un sensual movimiento.

—Y bien, ¿qué me cuentas de nuestro gran amigo? ¿Sigue indispuerto?

Rio un poco y exclamó: —Sí, cariño.

Él también rio y dijo:—Eso no es novedad. Yo sí tengo una: alguien parece tener algo de información sobre Andrea, pero ya veremos. Mientras tanto, sigue insistiendo con Di Maggio. Podría ceder a tus encantos y revelar sus secretos.

—Por supuesto. ¿Es todo lo que necesitas de mí? —preguntó la sensual mujer con suavidad.

—Esta noche sí. Estoy cansado.

De Lois volvía a la casa donde lo esperaba su esposa, conducido por su chofer. Sabía que debía obtener los elementos necesarios para exhibir al Director General por fraude. Tenía evidencias suficientes de la relación de Andrea con Di Maggio, tal vez podría probar la relación de ambos con el Director General. Tramaban algo y le negaban el acceso a la información financiera real. Sabía que existían pruebas de que estaban ocultando algo, pero no tenía idea de qué rayos era.



# DESACATO

## CAPÍTULO 10

### **Dos meses desde la desaparición de Andrea**

Contacto estaba analizando su próximo movimiento para encontrar a su amiga —viva o no— y la placa, pero al mismo tiempo se esforzaba para hacer creíble su coartada. Le gustaba su trabajo, comenzaba a tener una estrecha relación con los recién egresados del CDA, quienes, entre la asignación de sus plazas de trabajo, sus deberes específicos y sus rondas, tenían poco tiempo para entrenarse con ella, pero algunos siempre estaban dispuestos por más de una razón. Permanecían en la academia dos años, el tiempo que duraba el entrenamiento, para después ser asignados a diversas áreas y sedes de la organización. A la mujer de negro le parecían demasiado jóvenes para enfrentar ese nivel de riesgo: tenían entre veinte y veintidós años. Sin embargo, Contacto era apenas unos meses mayor que eso.

Volvía a casa en un vehículo institucional esa noche y en el camino se conectó al puente del CDA; lo dejaría abierto para seguir los movimientos de los caballos por medio del DDC. Debido a que el emblema del comando era la cabeza de un caballo de ajedrez que

también se mostraba en sus uniformes, la gente los llamaba de esa forma.

Por un rato quería dejar de pensar lo que estaba por hacer respecto a la desaparición de Andrea. Era como escuchar la radio.

Cuando el personal del comando resguardaba un espacio no se hacía mediante grupos tácticos ni escuadrones, un cadete recién egresado debía ser capaz de controlar eventos menores o de evaluar la situación para solicitar el apoyo adecuado en casos más complejos. Toda esa logística resultaba necesaria, pues la organización poseía equipo muy costoso, resguardaba mucha información confidencial y acogía a personas muy reconocidas.

Al escuchar a la operadora en turno, ella se enteró de que en uno de los edificios ubicado en la ciudad había un problema. Se trataba de un lugar cercano a donde se encontraba. El elemento de guardia informó que había extraños en el edificio y pidió auxilio. Ella decidió dar una vuelta por ahí. Conocía a ese chico, pues participaba en sus lecciones de vez en cuando.

Se quitó el conjunto deportivo para no arruinarlo y lo dejó el auto que estacionó a unas cuadras para trasladarse —como era su costumbre— por sitios inaccesibles para el resto de la gente. Llegó justo cuando el joven pedía ayuda con urgencia. De acuerdo con su informe, varios hombres estaban allanando el área que custodiaba. Recibió la orden de Harry de mantenerse oculto y esperar en posición: no podría proteger el lugar si se encontraba en desventaja numérica. Resultaba inusual la intrusión, porque esas oficinas no resguardaban nada secreto o de valor. No obstante, como se trataba de recintos utilizados por organismos asociados, en más de una ocasión, grupos o individuos con intereses adversos habían intentado llevar a cabo transgresiones, robos u otras acciones opo-sitoras. El equipo que lo apoyaría (justo el que comandaba Harry) estaba todavía a algunos minutos de distancia. El caballo trató de

encender la alarma del edificio, pero no funcionó y poco después dejó de transmitir. La operadora lo llamó en repetidas ocasiones y no recibió respuesta.

—Aquí, Contacto —se dirigió al puente del CDA—. Estoy en el lugar en el que se suscitó el problema.

La función de ese puente se limitaba a coordinar las comunicaciones.

—Espera —escuchó en un canal privado. Era Harry desde su propio aparato de comunicación.

—Voy a entrar —dijo.

—No lo autorizo —replicó él.

—Sólo voy a echar un vistazo.

— ¡No, ya casi llegamos!

—Hay un auto sospechoso estacionado atrás del edificio, mejor por el frente —dijo tras pensarlo mejor. No tenía sentido discutir cuando ya estaba dentro buscando al joven.

Eran cuatro pisos, ella ingresó por el de hasta arriba. Había recovecos, estaba oscuro. Contó a tres sujetos subiendo por la escalera, escuchaba sus pasos; además, había al menos uno en el vehículo. Bajó al tercer nivel y luego al segundo, donde —oculta entre las sombras— los vio. Sabía que estaban armados. En la otra esquina estaba escondido el caballo, desarmado. Éste se enteró de que el edificio estaba siendo atacado porque rompieron la puerta trasera y desconectaron la luz y las alarmas. Incluso apagaron el generador auxiliar. Sólo estaban encendidas las lámparas de emergencia en la escalera. El joven subió corriendo a la planta superior para ver mejor desde arriba y pedir ayuda. Oculto, permaneció ahí desde ese momento. La mujer estaba a punto de comunicarse con él cuando ellos comenzaron a abrir archiveros y a incendiarlos. La ONG a la que pertenecían las oficinas debió haber tocado fibras sensibles.

El equipo se demoraba. El joven salió de su escondite, rompiendo la orden que había recibido, y gritó: —¡Deténganse!.

Los hombres voltearon hacia él. Contacto aprovechó para lanzarse sobre el que estaba atrás de los otros —era el que le quedaba más cerca—, mientras le indicaba al caballo que se tirara al suelo por un canal privado. Embistió al tipo con suficiente fuerza como para noquearlo. Fue un golpe certero y veloz, pero ruidoso, pues con ello intentó atraer la atención de los otros. Cuando éstos se volvieron para ver al caído, ella se lanzó contra el segundo y el tercero a la vez. Ninguno tuvo tiempo para tomar sus armas, la mujer ya había saltado sobre ellos y los había dejado fuera de combate. Todo sucedió en unos pocos segundos. Se limitó a asestarlos en puntos estratégicos para dejarlos inconscientes.

Dado que asumía que nadie se daría cuenta, en esas condiciones no se permitiría entrar en un juego de dar y recibir golpes; para ella no resultaba necesario, pues era mucho más precisa. Sospechaba que era capaz de terminar con la vida de alguien con solo un dedo y aunque no quería confirmarlo, debía detenerlos de alguna forma. Después de todo, no tenía idea de por qué hacían eso y sólo trataba de proteger al elemento. Después se acercó a ellos para comprobar que estaban inconscientes y los desarmó.

—Busca un extintor —le dijo al caballo.

Un par de minutos más tarde, las incipientes llamas habían sido controladas y la camioneta llegaba a toda prisa con la torreta encendida, por el frente del edificio. Bajó el equipo. El vehículo estacionado atrás huyó al escucharse la sirena. Dos elementos permanecieron en posición, cuatro caballos entraron al edificio con cautela, usando visores nocturnos. Nunca portaban armas de fuego, sólo de balas de goma y otros instrumentos para aturdir. Encontraron a los intrusos en el suelo, a Contacto con el casco puesto y a un elemento del CDA agitado.



Harry, quien coordinaba a los recién llegados, se dirigió primero al elemento: —¿Qué ocurrió? —preguntó en un tono enérgico.

—Traté... Les ordené que se detuvieran, señor — respondió el chico, algo inseguro.

—¿Por qué desobedeciste la orden?

—Ellos querían quemar las instalaciones, señor. Traté de detenerlos. *Es parte fundamental de nuestro trabajo preservar la información de la organización* —dijo el joven, recitando de manera nerviosa uno de los estatutos del Comando de Apoyo.

—Nunca contrarías una orden que te puede salvar la vida. Esa es la primera regla —respondió con fuerza.

Los otros miembros del grupo revisaron a los invasores mientras llamaban a las asistencias médicas y a las autoridades de la ciudad para denunciar los hechos. Harry se llevó una mano a la cabeza.

—Esto es obra tuya, ¿no es cierto? —dijo serio, en un tono muy bajo sin voltear a verla—. Ojalá me puedas decir cómo vamos a explicarlo.

Entonces ella se percató de su error: se expuso demasiado. Pensó en Di Maggio y en lo estúpida que decía que era. Tal vez no estaba del todo equivocado. El caballo no habría podido ver con claridad lo sucedido: la oscuridad, la velocidad con la que se movió. Resultaba imposible que fuera capaz de dar una versión precisa en ningún sentido. En cuanto a los agresores, estaba segura de que no tenían ni idea de lo ocurrido.

Tras esposar a los tipos, a quienes trataban de reanimar en tanto llegaban los paramédicos, dos miembros del equipo bajaron a tratar de arreglar el interruptor general, pues el edificio aún se encontraba en penumbras.

Todos rumoraban sobre lo ocurrido. A través de la visera del casco, Contacto vio que alguien más llegaba por la escalera

desde arriba y se acercaba para observar la escena; el uniforme era idéntico al suyo, incluso el casco, que traía puesto. Cuando lograron restablecer la energía eléctrica, no sólo estaban presentes los transgresores, los integrantes del CDA, el caballo y Contacto, sino también el hombre de negro, que se encontraba un poco más atrás. Nadie más lo vio llegar tarde.

—El área está asegurada —dijo el Alfa.

Todos los integrantes del CDA, excepto su comandante, asumieron que para dos elementos de élite como eran los Alfa —quienes se distinguían por vestir siempre de negro— dejar inconscientes a tres invasores no resultaba un problema mayor. Todos los adscritos al área de inteligencia de la organización contaban con la reputación de ser seleccionados de entre los mejores y de contar con entrenamiento de punta, tan fuerte que sólo muy pocos lograban ser parte de ese grupo. Harry observó a la mujer con un gesto desaprobatorio, y luego se volvió hacia el recién llegado, cuyo rostro estaba oculto por el casco.

—Gracias, nosotros nos haremos cargo —dijo Harry.

—No dejen de llamarnos si necesitan algo —respondió el Alfa con una voz suave y amable detrás del DDC.

El gesto de Harry se endureció un poco más. Esperó a que todos salieran y se quedó un momento atrás con Contacto, quien esperaba con los brazos cruzados, recargada en un escritorio sobre el que puso el DDC. Le explicó lo que había sucedido.

—Al menos pudiste ser más discreta.

Ella agachó un poco la cabeza. —Si hubiera sido más discreta, quizá tendrías una baja.

Él permaneció pensativo y recargó las manos sobre el escritorio.

—¿Conoces al otro Alfa? —preguntó al molesto comandante.

—No le vi la cara —contestó con sequedad.

Contacto comenzó a recapitular. «Nadie me vio hacer nada», se dijo. Pero sospechaba que comenzaban a seguirla de cerca.

—Debes tener cuidado —dijo Harry, un poco más calmado.

—Disculpa por haber omitido tu orden —se lamentó la mujer.

—En tu lugar, tal vez hubiera hecho lo mismo. Pero el elemento que no acate las órdenes será sancionado. Menos mal que nadie en el CDA sabrá lo que hiciste... y que no estás bajo mis órdenes —susurró Harry.



# NEXO

## CAPÍTULO 11

### **Dos meses y una semana desde la desaparición de Andrea**

El Nexo era un hombre muy fornido, como de treinta años. Su cabello estaba teñido de rojo. Trabajó en una innumerable cantidad de agencias de seguridad, privadas y gubernamentales. Fungió como guardaespaldas y jefe de seguridad de personalidades de diversos ámbitos. Era comerciante de todo tipo de artificios bélicos, sobre todo ilegales, actividad que llevaba a cabo de forma discreta. De Lois lo conoció años atrás, cuando trabajó como su guardaespaldas. Obtuvo mucha información valiosa gracias a él. Cada uno contaba con su propio proyecto, pero servían a los intereses del otro.

Alex necesitaba la mano de alguien sin escrúpulos, era la fuerza que requería para añadir brutalidad a su política, además de que conseguía infiltrarse en los niveles más bajos. Como parte del pago por sus “servicios”, el Nexo recibió un espacio en el CDA gestionado por el subdirector, lo cual le sirvió como el complemento perfecto para sus actividades.

En la OINDAH, inició su carrera como consultor de seguridad, pero poco a poco se fue integrando y logró construir —con el auspicio de De Lois— una red de informantes en la organización. Tenía conexiones con los bajos mundos de la ciudad y hacía poco, con la intención de llegar más lejos, presentaron su solicitud de ingreso al grupo Alfa, del cual fue rechazado a pesar de contar con la recomendación personal de Alex. Sin embargo, estar dentro del Comando de Apoyo implicaba una ventaja táctica: iba y venía a su antojo, como si fuera parte de todo, sin depender aparentemente de nadie. Tenía planes especiales para el grupo y para toda la estructura, estaba pensando en hacer un gran negocio. No obstante, para ello debía alcanzar con una mejor posición, algo en lo que le ayudaría De Lois. A cambio, él le haría un trabajo especial, con su equipo más cercano.

Hacía poco, una mujer había empezado a trabajar en la academia. De acuerdo con sus informantes, la llamaban Contacto. Usaba un uniforme operativo completamente negro que sin duda era de Alfa, por lo que no debía ser un genio para saber que era ella quien le robó el puesto, a pesar de la petición directa de De Lois de que lo aceptaran. La única razón lógica que se le ocurría para que la hubieran aceptado en su lugar era una mejor recomendación, la cual sólo podía provenir del Director General. Como fuera, no estaba acostumbrado a que alguien se interpusiera en su camino y dejarlo pasar. Sobre todo si se trataba de una mujer.

### *De noche, en un bar a las afueras de la ciudad*

El trabajo especial que le encomendaron al Nexo era la adquisición de una información esquivada, relacionada con un secreto muy bien guardado por la dirección. Un desconocido apareció diciendo

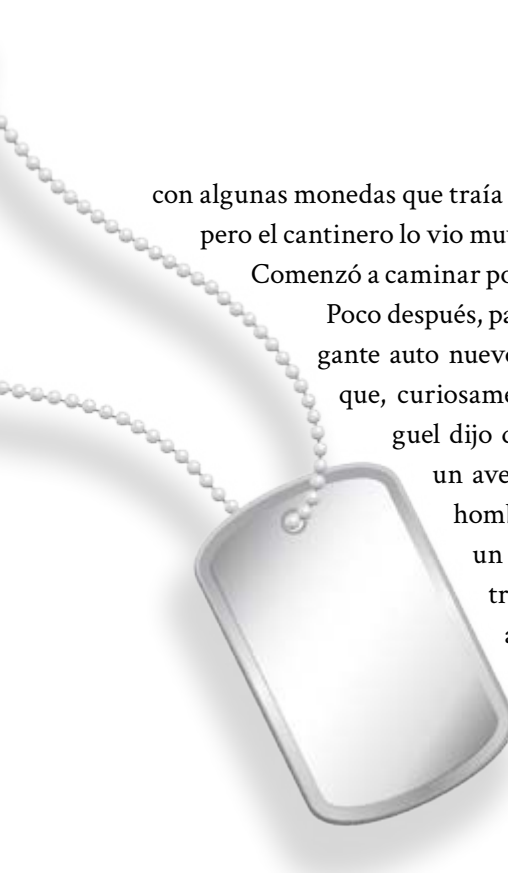
que poseía datos importantes sobre aquella mujer llamada Andrea, quien estuvo vinculada con el magnate Giorgio Di Maggio. A pesar de que utilizaron todos sus recursos legales y otros poco ortodoxos, no sabían casi nada de ella. Sospechaban que trabajaba con él en un asunto de desvío de fondos dentro de la organización, pero debían obtener pruebas, especialmente alguna que los vinculara con el director. Acordó una reunión utilizando la misma vía que el informante anónimo empleó, lo citó en un oscuro tugurio de mala muerte, en las afueras de la ciudad, a la orilla de la carretera.

El fornido hombre de De Lois llegó mucho antes de la hora establecida, y se sentó a beber en una mesa con una buena vista. Se le pidió al informante que se sentara en a la barra a cierta hora.

A las 11:00 en punto, de acuerdo a lo convenido, entró al bar el chico regordete como de veinticinco años, el cual se agazapó en el último banco de la barra tratando —sin éxito— de no parecer ajeno. Llevaba puesta una camisa de cuadros, una chamarra deportiva y un pantalón de lona color caqui. Usaba lentes de pasta y se pasaba la mano por el ensortijado cabello para disimular que vigilaba la entrada. Aunque esperó mucho tiempo, pidió sólo una cerveza. El Nexo seguía bebiendo y lo observaba con disimulo; incluso, alguno de los asistentes regulares que lo conocía bien se sentó con él y le invitó un trago.

Después de las doce, Aster se levantó y se dirigió al baño. El que lo vigilaba fue detrás de él. Al salir por el estrecho pasillo que conducía a los mingitorios el primo de Andrea se topó con el fuerte hombre. Minutos después, el Nexo pagó su cuenta y se fue. Más tarde, Miguel desistía de la espera del enviado de De Lois.

Estaba por retirarse, cuando se dio cuenta de que en ninguno de sus bolsillos traía su cartera. Tampoco su celular. Estaba solo, en un antro de mala muerte a la mitad de la nada, sin dinero ni teléfono para pedir un vehículo para volver a casa. Pagó la cerveza



con algunas monedas que traía en los bolsillos. Le faltaba un poco, pero el cantinero lo vio muy desesperado y le dijo que se fuera.

Comenzó a caminar por la carretera sintiéndose estúpido.

Poco después, pasó un joven muy amable en un elegante auto nuevo y le preguntó por una dirección que, curiosamente, estaba cerca de su casa. Miguel dijo que sabía dónde era; que si le daba un aventón, le mostraría cómo llegar. El hombre perdido aceptó gustoso. Vestía un elegante traje negro, bajo el cual traía otro muy ajustado, de cuello alto y mangas largas, y tenía ojos color ámbar.

Dijo que se llamaba Gabriel Elec.



# ACORDES

## CAPÍTULO 12

### **Dos meses y medio desde la desaparición de Andrea**

El techo hexagonal de la organización ofrecía una espectacular vista. Con la mirada dirigida hacia el norte, el océano quedaba a la izquierda y la ciudad, a lo lejos, a la derecha. Al anochecer, la brisa del mar soplabla con fuerza sobre la azotea del edificio.

Contacto se dirigió hacia ahí en cuanto pudo. Necesitaba meditar lo que estaba haciendo, después de la incursión. Empezaba a conocer ese espacio bastante bien. Contemplaba las luces de la ciudad en la distancia encenderse poco a poco. Evitó a Harry todo el día. Reflexionaba, en el lugar más alto, sobre sus breves y fallidos pasos. Aún no sabía nada del paradero de Andrea ni de la placa. Eso le quitaba el sueño todos los días. No quería sentirse culpable, pero se recriminaba a sí misma su reciente proceder: demasiado agresiva, carente de cautela.

Algo le decía a la joven que las coincidencias no existían, y que los Alfa parecían seguirla. ¿Estaría cometiendo los mismos errores de su amiga? Ahora que el proyecto se encontraba prácticamente en sus venas, tal vez debía permanecer lo más oculta que fuera po-

sible. Pero si podía ayudar, ¿debía negarse? Se sentía confundida. Sin embargo, si algo le ocurriera, no podría hacer nada más por nadie. Deseaba servir, necesitaba hacerlo, pues trataba en vano de llenar el espacio vacío que tenía en su interior, y al mismo tiempo, nada lograba aplacar la furiosa necesidad de cumplir con su deber, de llevar a cabo la entrega. Trataba de verse a sí misma desde lejos. Tenía una misión y debía realizarla a cualquier costo.

El viento fresco de la tarde le acariciaba el cabello atado en la nuca. Creía que todas las cosas tienen en la vida un propósito más elevado que el simple transitar material; que detrás de todo siempre hay algo que enseñar y aprender; algo que sin duda nutriría al espíritu de cada persona. Cerró los ojos y escuchó el viento silbar en sus oídos. Se hacía tarde. También escuchó los pasos de alguien que se aproximaba con cautela.

—Excelente vista —dijo la voz cálida del hombre.

—¿Cómo me encontraste aquí? —preguntó ella.

—El edificio está lleno de cámaras: el subdirector de seguridad debe verlo todo —respondió Harry.

—Creí que seguías molesto —dijo sin voltear a verlo.

—No, claro que no. Me sorprendiste. Para agradecerte la temeridad —replicó y se sentó frente a ella—, te invito un café, una cerveza, lo que sea.

—¿En serio? —preguntó suspicaz.

Él sonrió con timidez. —Vamos. Somos amigos, ¿no?

### *El club de música del centro*

En esos días, lo único que daba un poco de color a la escasa vida privada de Harry eran los jueves por la noche. Toda la semana se involucraba de lleno en asuntos diversos de la organización. Ade-

más, problemas de todo tipo llegaban a su escritorio, con lo cual se mantenía distraído. Sólo esas noches dejaba sus emociones al descubierto, ante un montón de queridos desconocidos en un club del centro.

Era un lugar relativamente pequeño, un sótano al que se accedía por una escalera en la calle. Él era la persona más esperada a la noche de aficionados, aunque tocaba como un profesional. Se ausentó un par de meses desde la muerte de Andrea. Cuando volvió, los clientes frecuentes le aplaudieron para que subiera. Le hicieron muchas preguntas indiscretas, las cuales contestó de manera evasiva, pero con un tono amable.

La recompensa de esas noches no eran los tragos gratis ni los números telefónicos de mujeres a las que nunca llamaría. Sentía que liberaba un poco de la presión que llevaba adentro. Era un hombre muy afable. Tenía muchos amigos y sabía tratar políticamente a los que no lo eran. No era muy confiado, pero cuando estaba seguro, no dudaba.

Vivía en el viejo departamento que le heredaron sus abuelos, quienes lo criaron. Desde pequeño lo apodaban Harry, de modo cariñoso, pero, años después, todos lo llamaban así. Su padre abandonó a su madre cuando él iba a nacer; ella optó por ir a otro país a buscar una vida mejor y nunca regresó.

Cuando era niño, sus abuelos fungieron como sus padres, pero la felicidad no duró mucho. El señor murió cuando él tenía quince años y su esposa cuando tenía dieciséis. Su situación económica no era holgada, pero ambos, previendo el hecho de que quizá no vivirían hasta que pudiera mantenerse por sí mismo, dejaron el departamento a su nombre y parte de los ahorros de sus pensiones. Un pariente lejano debía fungir como albacea hasta que cumpliera la mayoría de edad, pero sólo firmaba y dejaba que él se las arreglara solo. Abandonó la escuela y se dedicó a vagabundear por las

calles. Las cosas empeoraban día tras día, y él se volvía más rebelde y agresivo. En la calle se encontró con Mateo Gil, quien era seminarista en aquel entonces. Mateo, además de conocer los barrios a la perfección, creía que los muchachos en las calles necesitaban saber que Dios era su amigo. Quería cambiar al mundo y lo intentaba a su manera: organizaba pláticas y talleres con el auspicio de una ONG vinculada a la OINDAH.

Gil rescató a Harry de la calle a los diecisiete años: lo logró gracias a la música. Se hicieron muy amigos y seguían siéndolo. También lo ayudó a regresar a la escuela: terminó la preparatoria e ingresó a la carrera de medicina. Aunque la concluyó, seguía enojado con la vida; se sentía solo, desarraigado.

El destino llevó a Mateo a ser consejero del CDA y éste invitó a Harry a la academia, donde este último canalizó toda su ira. En la institución creó fuertes lazos, pues le dio sentido de pertenencia. Tuvo una familia otra vez. Veía a Mateo como su segundo padre y a la organización como un hogar al que le debía todo.

De vez en cuando —invitado por Mateo, quien ahora era el director del CDA— Harry iba a las sesiones con los muchachos de los barrios para hablarles de sus experiencias.

Todo el mundo se preguntaba cómo alguien de formación religiosa dirigía un grupo de seguridad. En realidad, Gil delegaba todo lo relativo al campo de la acción en manos del grupo de subdirectores, uno de los cuales era Harry.

La mujer de negro que conoció un poco de su historia aquella noche no podía menos que admirarlo, pero lo que realmente le parecía más increíble de él era su sensibilidad, la cual no temía mostrar. Sin embargo, aún ignoraba muchas cosas sobre su nuevo amigo. Por ejemplo, no tenía muy claro cómo ingresó al reducido grupo que sabía sobre el proyecto, pero sospechaba que tenía que ver con su relación personal con Andrea. Ese día que lo acompañó

al club traía el traje debajo de ropa más colorida: una chamarra color vino y pantalones de mezclilla.

El lugar se encontraba abarrotado, pero siempre tenían una mesa reservada para quienes tocaban gratis. Él lo hacía muy bien. Lo único que interpretó esa velada fue una pieza muy triste. Contacto se sentía conmovida, pues sabía a quién estaba dedicada. Intentó no llorar, pero no pudo evitarlo. Echaba de menos a Andrea, y por lo que alcanzaba a ver, ese hombre la extrañaba igual. Él terminó de tocar y huyó del escenario.

—Qué extraño, eres artista y soldado —dijo ella.

Él sonrió, nadie antes lo había descrito así. —Siempre me gustó la música, pero también hay que saber pelear. La vida puede ser muy dura —explicó.

—Sí. Y a veces uno está tan perdido y solo que no sabe hacia dónde dirigirse —musitó la chica.

—Sabes, Andrea también me hace mucha falta. La verdad no eres la única que se quedó sola —repuso.

Desviaron la mirada un momento en silencio y comenzaron disimuladamente a quitarse las lágrimas de los ojos. No hablarían en ese momento de la desaparición del cuerpo, ni de los planes para seguir investigando; trataron esos temas antes, pero no habían tenido la oportunidad de compartir sus emociones sobre Andrea desde que se encontraron por primera vez.

En ese momento, un mesero que pasaba cerca del escenario tropezó y dejó caer todo el contenido de su charola sobre el baterista. No hubo heridos.

Los dos rieron desvergonzadamente.

—Somos patéticos —dijo la mujer.

—Sin duda —respondió él.

Conversaron hasta la madrugada, como viejos y buenos amigos que se conocían sin conocerse. Más tarde, salieron del club

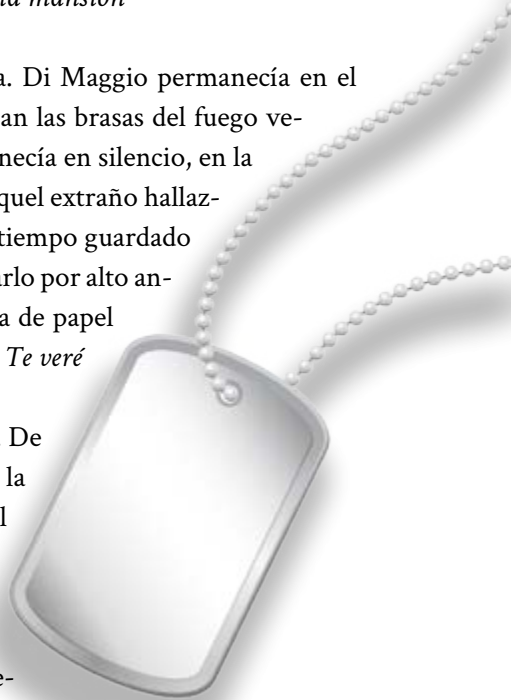
y caminaron por las calles, en silencio, casi hasta el amanecer. No había más que decir. Eran un par de solitarios acompañándose en su duelo.

*Esa madrugada, en el despacho de la mansión*

Eran más de las tres de la mañana. Di Maggio permanecía en el salón. En la chimenea sólo quedaban las brasas del fuego vehemente de la tarde pasada. Permanecía en silencio, en la penumbra. No sabía cómo tomar aquel extraño hallazgo. Pudo haber estado por mucho tiempo guardado en el cajón del escritorio. Pudo pasarlo por alto antes. Se trataba de una pequeña hoja de papel cuidadosamente escrita, que decía: *Te veré el siguiente miércoles.*

La caligrafía era inconfundible. De no haber sido porque buscó y halló la botella del whiskey en ese inusual sitio, no la habría encontrado. Debó estar demasiado ebrio la noche anterior, pues no recordaba haberla puesto allí. No solía tener esperanzas. Mucho menos, si se basaban en elementos tan inciertos. Pero el hecho era que las tenía.

Era la madrugada del jueves.



# SOBRE EL DECESO

## CAPÍTULO 13

### **Dos meses y medio desde la desaparición de Andrea**

#### *Hospital general*

La tarde del viernes, después de un día de entrenamiento con los caballos, Contacto fue al hospital donde el cuerpo de Andrea había desaparecido. Su dolor por la pérdida seguiría en ella por siempre, pero poco a poco comenzó a subyugarlo al contundente paso del tiempo.

La mujer de negro comenzó a vigilar desde el atardecer. Siempre había gente en la sala de urgencias, por lo cual transitar libremente por ahí no le parecía conveniente, tal vez tenían registros de todo. Era muy probable que la organización ya hubiera repasado esa información innumerables veces, pero como no estaban dispuestos a decirle nada, revisaría todo ella misma. Deseaba consultar los registros de la computadora, pero no podía acercarse en esos momentos: no debían descubrirla husmeando.

Pasaron las horas. En otros pisos del hospital muchos consultorios ya estaban desiertos. No había nadie en la Subdirección médica por lo que entró fácilmente; sin embargo, al encender el equipo de cómputo, se encontró con varios problemas. Primero, la

contraseña. Experiencias previas le habían enseñado que siempre debía llevar consigo el DDC, aunque le estorbara de vez en cuando.

—Puente —dijo ella, al abrir el puerto de comunicación.

—Te copio. Espero que sea algo importante —respondió Tanaka. Su voz era la de costumbre, pero su tono le pareció un poco pendenciero.

—Creo que no dormir te afecta —se dio permiso de contestarle—. Y sí, es algo importante. ¿Graban las conversaciones en ese puente tuyo?

—Deberías consultar eso con tus superiores —rezongó.

—Bien. Si te pido algo que no esté dentro del ámbito de tus competencias, me lo dirás ¿verdad?

—Estoy tratando de ser paciente; atenderé otros asuntos si sólo vas a interrogarme.

—¿Existe alguna forma de ingresar al sistema computacional del Hospital General? Estoy buscando información de la sala de urgencias. No es ilegal ¿o sí? —preguntó ella con ingenuidad.

—No soy quien debe decírtelo, pero alguien debe explicarte qué significa ser parte del grupo al que perteneces —contestó agriamente el joven.

Ella pensó que la iba a sermonear o que iba a cortar la comunicación, pero en vez de eso dijo: —Espera un momento.

—Estoy frente a la computadora del subdirector, tiene contraseña —explicó ella sin perder la esperanza.

—Un segundo —respondió en un tono mecánico, como abstraído—. Voy a entrar desde aquí.

Siguieron juntos un buen rato, ingresando por los vericuetos del sistema. Él parecía más amable cuando violaba la seguridad de un equipo. Ya estaban dentro de los archivos de urgencias.

Cuando buscaban la fecha en que hirieron a Andrea, escuchó pasos cercanos afuera de la oficina: alguien se acercaba.



—Espera —le dijo y apagó el monitor, mientras se ocultaba para aguardar a que pasara—. Falsa alarma. Poco después encontraron el reporte del ingreso de su amiga al hospital.

—Herida de bala, mujer, veintidós años, etc. etc. Hora del deceso, 12:30.

Firmaba doctor Sayas.

La mujer carraspeó, dolía leer eso.

—Guardemos una copia de esto, Tan.

—No me digas así —respondió muy serio.

—Cierto, ya me lo habías dicho. ¿Podrías revisar la bitácora de la morgue? Se supone que la llevaron a ese lugar.

Él lo hizo con rapidez.

—Sí, se recibió a las 12:40.

—¿Dice algo más?

—En el sistema no. Quizá debas consultarlo físicamente.

—Necesito otro dato. ¿Podrías ver en tu sistema dónde vive este doctor Sayas?

—Doctora —repuso él, y de inmediato le proporcionó la dirección—. También trabaja para la organización.

—Gracias Tan... aka.

La morgue del hospital tenía un encargado. Ya entrada la noche, éste salió un momento y desapareció por el pasillo. Para la mujer aquello era terrible; aun con el casco puesto, su finísimo olfato la hacía captar cosas indecibles. Encontró el archivo. Buscó en los expedientes: el de Andrea no estaba allí.

### *Mientras tanto en el despacho de De Lois*

De Lois ahora sabía que quien había tratado de comunicarse con él era Miguel Aster. Conocía sus contactos, su historial crediticio,

su residencia, su procedencia, su parentesco con Andrea. No habían vuelto a saber de él desde que el Nexo lo citó cierta noche en un bar. Alex no era un hombre de suposiciones y trataría ahora de obtener la información que el chico decía tener.

En secreto, De Lois acariciaba su anhelado sueño de ser Director General, pero todas las agrupaciones que apoyaban al actual se oponían a ello. Necesitaba encontrar una forma de dismantelar la carrera de éste antes de que abandonara el cargo de manera natural. Era un hombre viejo y si perecía durante su gestión, cualquier cosa podría suceder. El desprestigio de su opositor significaría el ascenso para él con su facción, ganar apoyo universal, pues estaba seguro de que no existía otra tendencia política opositora consolidada de manera tan importante para dirigir la organización. Estaban los radicalmente liberales, pero no lograban fortalecerse, en parte, debido a sus diferencias internas, muchas de ellas promovidas por secretos seguidores suyos. Muchos rumores circulaban por la institución, pero el hombre necesitaba tener pruebas que demostraran el vínculo entre las partes relacionadas con el director, para señalar el fraude y la malversación que él sospechaba.

Sabía bien a quién le encargaría el siguiente paso: el Nexo se la había recomendado.

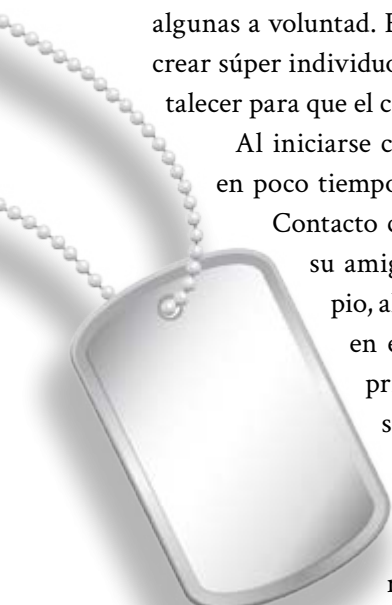
# EUFEMISMOS

## CAPÍTULO 14

### **Dos meses y tres semanas desde la desaparición de Andrea**

El edificio de la organización se levantaba cuarenta y cinco pisos sobre el suelo, pero también contaba con varios niveles subterráneos. En uno de ellos se encontraba un espacio restringido designado para que el proyecto pudiera proseguir con sus actividades, el cual contaba con equipo muy especializado de alta tecnología; todo adquirido con el dinero del Dr. Di Maggio antes de que falleciera.

Contacto sabía que, a pesar de que en las instalaciones del proyecto poseían muestras del suero, ella, como sujeto de pruebas humano, no habían podido sintetizarlo aún. Lograr producirlo era la meta fundamental del proyecto en ese momento. Esperaba que eso pudiera ocurrir incluso si no tuvieran la información contenida en las dos placas, aunque lo dudaba. Mientras tanto, la sometían con regularidad a todo tipo de pruebas, le hacían análisis, le administraban sustancias... sin embargo, ella consideraba que sus capacidades no resultaban cruciales para la síntesis, y que por ello no las revelaría. Estaba determinada a que nadie conociera sus alcances.



Se expresaba con libertad en lugares alejados de la vista y aprovechaba la oscuridad para llevar a cabo sus correrías. Temía la ambición de los involucrados, de lo que podría pasar si revelaba todo lo que era capaz de hacer. El mismo doctor le había pedido que lo hiciera. Nadie tenía manera de saber que no sólo se habían optimizado las funciones de su cuerpo, sino que también podía controlar algunas a voluntad. El doctor Di Maggio no estaba interesado en crear súper individuos. Sólo quería encontrar una manera de fortalecer para que el cuerpo pudiera superar enfermedades.

Al iniciarse como sujetos de prueba, Andrea se recuperó en poco tiempo de su padecimiento, pero la ahora llamada Contacto comenzó a hacer cosas increíbles, de las que su amiga llevó registro en una bitácora. Al principio, algunas reacciones extraordinarias sucedieron en el cuerpo de las dos mujeres, sólo que en la primera se dieron de forma atenuada, y cuando sanó de la leucemia que la aquejaba quedaron algunos rastros. Pero el otro sujeto de pruebas seguía teniendo el suero en su sistema y nadie sabía por qué. Sólo el doctor supo la razón. Cuando Giorgio Di Maggio recibió la bitácora siguió la narración con un gran odio, y su rencor hacia la mujer de negro —desde antes de conocerla— se incrementó de manera paulatina. Los últimos meses de la vida de su padre estuvieron dedicados a jugar con su conejillo de indias, pasaba con ella todo su tiempo. No podía entenderlo, y mucho menos perdonaría su abandono, algo que reprochaba en secreto.

*En casa de la jefa de urgencias del turno vespertino del Hospital General*

La casa a la que se dirigió la mujer de negro se encontraba en una zona residencial de la ciudad. Necesitaba descubrir lo que había ocurrido con el cuerpo de Andrea en el hospital la noche de su muerte, y la doctora que vivía en esa casita elegante era quizá la única persona que lo sabía. Pasó un par de días por el lugar sin observar nada inusual. No se llenaba de vanas esperanzas, pero debía averiguar. El lunes, a plena luz del día —contrario a su costumbre—, la mujer tocó la puerta. Vestía el conjunto deportivo de dos piezas sobre el negro traje que a esa hora hubiera brillado como el grafito. Una jovencita como de quince años le abrió.

—Buenas tardes —dijo con el casco bajo el brazo—. Busco a la doctora Sayas.

La chica lo pensó un segundo y respondió que la esperara un momento. Entró a la casa y llamó con un grito a su padre. Un momento más tarde, un hombre como de cuarenta y cinco años se dirigió a la puerta. Le explicó que tenía que hablar con la doctora por un asunto relacionado con la OINDAH. Él se quedó pensativo un momento.

—Pase, mi esposa no tardará.

Tanto el padre como la hija la observaban, tratando de no mostrarse demasiado obvios, y a la vez como si les resultara familiar. La guiaron a la cocina, intercambiando una mirada que la confundió un poco.

—Prepararé café —comentó.

—Voy a seguir haciendo mi tarea —respondió la chica. Él asintió con profunda seriedad.

Eran muy amables. A ninguno parecía haber causado sorpresa su presencia, como si la esperaran. Contacto la escuchó alejarse,

bajar una escalera y después una distante reverberancia metálica que pudo descifrar como música a fuerte volumen en un espacio lejano, la cual hacía vibrar superficies de metal. Después, oyó agua caer, como de una regadera. Una vez solos, comenzaron a hablar sobre cosas triviales, como el clima. Poco después se escuchó el chirrido de llantas de un auto que arrancaba cerca de ahí.

Contacto aprovechó el café que le ofreció el esposo de la doctora Sayas para agregar unas diez cucharadas de azúcar. También logró disimular la avidez con que deseaba beberlo, pues llevaba varias horas sin comer. Su metabolismo mejorado ahora le exigía consumir una enorme cantidad de calorías y diversos nutrientes para mantener su ritmo inhumano. Si no tenía alimentos adecuados, hacía lo que podía con lo que tenía a la mano. Supo que la doctora estaba llegando a casa mucho antes de que su esposo se percatara. Él observaba su reloj con disimulo. La doctora abrió la puerta.

—Disculpe un momento, por favor— indicó el hombre y se dirigió hacia la entrada.

Contacto los escuchó saludarse. Él explicó: —hay una mujer de la organización aquí.

Pasaron largos y extraños minutos. Desde ahí no se lograba ver la puerta. Cuando la doctora Sayas llegó al umbral de la cocina, la mujer de negro supo que estaba ocultando cierta alteración. Se saludaron todos con seriedad.

—Llegó hace veinte minutos —observó el marido, mientras la señalaba con la palma de la mano.

—¿Qué se le ofrece? —cuestionó la doctora de manera áspera.

—Trabajo en la OINDAH, pero he venido por motivos personales. Lamento mucho molestarla en su casa, pero lo que necesito preguntarle es muy importante.

—Está bien —aseveró.

Se quedaron solas en la cocina.

—Hace un par de meses, una amiga mía falleció de una herida de bala en el Hospital General. Estuvo involucrada en un robo con personal del CDA, y ellos la trasladaron en su camioneta. ¿La recuerda?

—Sí, una mujer joven —respondió con sequedad—. Hicimos todo lo que pudimos, pero no logramos salvarla: falleció de una hemorragia interna. No sacamos la bala, quedó alojada en su cuerpo.

—¿Pasó algo extraño esa noche? —preguntó mientras intentaba no expresar las emociones que sentía—. El cuerpo desapareció, quizás usted vio algo extraño.

—Me han interrogado al respecto varias veces, ¿cuándo van a parar? Ya les dije todo lo que sé — repuso de forma tajante.

—Lo siento mucho, no es mi intención incomodarla. Andrea era mi mejor amiga, estoy desesperada por no saber nada más. Además tenía en su poder un objeto pequeño colgado del cuello, quizá lo vio.

—No lo recuerdo, no hay nada más que pueda decirle.

La mujer de negro no ocultaba su profunda decepción, y al mismo tiempo no confiaba en lo que le estaba diciendo. Sentía que sabía algo más. Le pidió que si recordaba algo se lo dijera y le entregó una de sus tarjetas.

—Gracias —exclamó al levantarse.

—Por nada —respondió Sayas. Luego, la acompañó a la puerta, la cual cerró tras ella con algo más de la fuerza necesaria.

Todo aquello sólo le decía una cosa: ocultaban algo. Al salir, los aspersores estaban encendidos. El agua olía a una cantidad inusual de cloro, lo que sin duda secaría el pasto. Volvería después, eso era seguro.





# CONTUNDENCIA

## CAPÍTULO 15

### **Dos meses y tres semanas después de la desaparición de Andrea**

*Al día siguiente por la tarde, en la mansión*

—Cariño —dijo Helena, hermosa y radiante, como siempre—, has estado muy distraído, ¿algo te molesta? —le preguntó bajando un poco la voz. Con la interrupción, logró sacar al hombre oscuro de profundos y lejanos pensamientos, muy lejanos de ella. Sin moverse, le dirigió una fulminante mirada, pero no respondió.

Él quería sólo para sí aquello que lo atormentaba. Nadie hubiera podido saberlo. Se estaba volviendo loco. Mil pensamientos lo torturaban día y noche, y volvía repetidamente a la última discusión que había tenido con su padre, a la última vez que vio a Andrea. Pero no se trataba sólo de eso. Era miércoles. Deseaba estar solo.

Pensar en la mujer de negro tampoco lo dejaba en paz. Quería asfixiarla, destruirla, volcar contra ella todo su rencor. Sentía tanta y tan incontenible rabia, que no podía evitar el brillo furioso en sus azules ojos cuando entraba al salón —a su salón— con ese traje negro que costaba más que su automóvil más caro.

La mujer entraba y a él le faltaba el aire, el corazón le palpitaba furioso en el pecho, y sospechaba que Contacto lo sabía.

—Si lo prefieres, continuamos revisando esto en otra ocasión —dijo Helena en un tono dulzón. Giorgio huía otra vez. La rubia temía lo peor. Antes la habría mirado con sus ojos de lobo, y a pesar de todas sus dolencias y cicatrices, la habría llevado a la cama para atacarla sin piedad y hacerla gritar. Él prefería beber demasiado y no pensar. Le preguntaría acerca de su vida, sus amantes y aquello que hiciera parecer que sostenían una conversación. Ella quería que él supiera lo mucho que deseaba que la tocara; que se diera cuenta de lo hermosa que se veía; de cuánto podría amarlo si él no estuviera lejano, perdido en sus pensamientos, en su silencio. La desconcertaba lo que sucedía ahora: no podía palparlo, no lograba conectarse con él. En ese momento, tocaron la puerta. El ama de llaves cruzó el vacío salón y se acercó a su patrón para susurrarle algo al oído. Por un momento, su rostro cobró vida: se puso pálido, después se ruborizó de manera casi imperceptible. Helena lo vio disimular, aunque escuchó su voz profunda sonar particularmente agresiva. Entonces la mujer a la que el ama de llaves anunciaba entró en el salón, tan segura como una roca que baja por una pendiente, como el alud que cubre las escasas flamas de un fuego que ella había intentado encender, pasando sobre su enorme deseo de relacionarse con su jefe millonario, ahora distante como la luna. Antes de todo eso, la rubia habría tenido cierta esperanza de que muchas cosas ocurrieran.

—Contacto —dijo Di Maggio, con la centelleante vista clavada en la mujer que los saludó con amabilidad.

Helena, quien observaba la escena, no podía menos que ofuscarse. Creía haber descifrado todo el asunto en cinco pasos hacia escasos minutos. Miraba perpleja a la recién llegada. Él debía estar fuera de sí por esa mujer, la odiaba. ¿Se le habría negado? Tenía un cuerpo

atlético, pero no era espigada ni tenía una pálida tez como la suya. Se volvió hacia su jefe para escuchar el «Déjanos solos, vuelve otro día». La rubia salió de la mansión, subió a su blanco convertible y golpeó el volante un par de veces antes de irse.

—Siéntate —dijo Giorgio con las manos entrelazadas a la altura del pecho—. ¿Qué quieres?

La profunda voz del hombre se escuchaba hasta los límites del salón. Él creyó que la había intimidado y después observó que no lo había conseguido.

—Estuve ayer en casa de la doctora que certificó el deceso de Andrea. Sabe más de lo que admite. Quería que supieras que estoy buscando. Sé que su cuerpo desapareció. Haré lo posible por saber qué fue lo que pasó.

—Aunque lo supieras, no sé si eso cambiaría las cosas —gruñó el hombre con un tono más grave que de costumbre.

—Al menos tendríamos la otra placa —respondió.

—Tal vez no —dijo él entre dientes.

Ella asintió.

—Tienes razón —repuso convencida—. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.

—Hay cosas que no van a cambiar, hagas lo que hagas. Al menos deberías ser menos incauta y no andar tras *los caballos*. Oh si y su fabuloso comandante —dijo él incisivamente, mofándose.

—Tengo que mantener una coartada —dijo ella, pensando que Harry no podía informar a Mateo de todas sus correrías, pero sí debía reportarlas a los miembros del proyecto, por lo que, Di Maggio sin duda estaba enterado de todo—. Harry es un hombre íntegro, comprometido con el proyecto. Ha sido de gran ayuda, sólo he tratado de corresponder a su amabilidad —expuso la mujer, un tanto indignada por el comentario.

—Sí, seguro... tiene, sin duda, más de un interés. Es curioso como una cara mustia puede convertir a un traidor en un hombre íntegro —masculló.

—Si no fuera una buena persona, Andrea no lo habría amado tanto —aseguró ella.

—Si ella hubiera sabido —respondió con un grave susurro—. Cree lo que quieras, no me interesa. Si quieres correr directamente al precipicio, ése es tu problema. ¡Lárgate!

Se puso de pie y se dirigió a la puerta. Esas palabras la inquietaron profundamente, pero estaba decidida a no discutir más. Sus ideas no cambiarían, sin importar lo que dijera ese hombre amargado. Cuando salió, una incómoda sensación de ser observada casi la hizo retroceder. Escrutó todo el perímetro durante varios minutos sin ver nada. Se estaba poniendo paranoica. Aunque se encontraba confundida, no quería ahondar más en lo que ese hombre le había dicho. Después de todo, Harry era la única persona en el planeta que la ayudaba.

## **Tres meses después de la desaparición de Andrea**

*En algún lugar de la ciudad, hogar de Miguel Aster*

Alguien llamó a la puerta del pequeño y oscuro departamento. En el interior, la computadora compilaba un programa de reciente creación. Abrió con lentitud. De pie, frente a él, estaba una mujer bronceada que se veía pálida por el maquillaje que le cubría el rostro. Era alta. Lucía un cabello negro azabache, lacio y brillante, corto hasta los pómulos —al estilo de 1920—, grandes ojos oscuros, como de muñeca, los cuales se veían aún más grandes por el delineador, y una pequeña boca pintada de rojo encendido, más angulosa por la línea del labial. Estaba vestida con una chamarra

de cuero negro y un pantalón del mismo color. Traía puestas unas botas militares. Él nunca recibía visitas, mucho menos de mujeres, por lo que pensó que se habría equivocado. Algo en ella le causaba incomodidad. Quizás era la forma en la que lo observaba: de manera penetrante, como queriendo intimidarlo.

—Busco a Aster —dijo ella.

—Yo soy el ingeniero Miguel Aster —respondió, tratando de ocultar su nerviosismo—. Y usted es...

—Eris Niezgoda. Debemos hablar. Tienes algo que podría interesarme —explicó mientras entraba al departamento y el hombrecillo en la puerta quedaba atónito—. Ojalá sepas en lo que te estás metiendo porque no hay marcha atrás —comentó muy seria.

—¿Te envió alguien? —preguntó.

—Si lo que me puedes decir me interesa, te pagaré bien. Espero que no me estés haciendo perder el tiempo, no lo soporto.

Él no parecía entender lo que estaba sucediendo. Ella sacó un sobre grueso que traía en la chamarra y lo lanzó sobre la mesa.

—Ahí está. Buena fe. Comienza a hablar o se termina —aseveró.

Él se acercó, desconfiado, y revisó el sobre. Era dinero suficiente para pagar la renta de seis meses. Se paseó los dedos por la ensortijada cabellera y le pidió que se sentara. Comenzó relatando a la mujer que él era primo hermano de Andrea. Se detenía a veces para escrutar la reacción de ella, pero no había ninguna: lo observaba como abstraída. Le contó que estudiaron juntos en la universidad y que el doctor Di Maggio dirigía su tesis.

—Ésas son cosas que cualquiera puede indagar —dijo secamente la mujer, mientras observaba sus uñas pintadas de rojo bermellón.

—Ya no —respondió el chico—. Todo ha sido eliminado. Ya no aparece nada sobre ella en los archivos de la universidad. Todo desapareció del sistema, pero logré recuperar varias cosas. Tengo... algunas habilidades —dijo él, tratando de sonar interesante.

La mujer lo observaba, inexpresiva.

—¿Eso es todo? —preguntó, aburrida.

—No —repuso, dirigiéndose a un mueble con un cajón.

Sacó un dispositivo de almacenamiento común y se lo dio.

—Éstos son los archivos que desaparecieron del sistema.

No estaba seguro de si se trataba del dinero o era la actitud de la mujer la que lo hacía hablar con tanta facilidad. Repentinamente sintió como si estuviera traicionando la memoria de su prima de alguna manera.

—No me creo que esto sea todo lo que tienes —dijo Niezgoda.

—Hay más, pero quisiera un poco más de... confianza.

—No tendrás más si continúas así —repuso.

—Es algo muy importante —exclamó—, pero antes hay algo que quiero pedir. Quizá podrían extenderme una recomendación para trabajar en la OINDAH.

Ella lo observó con cierto recelo. Se levantó sin decir palabra, dio media vuelta y salió dando un portazo. Estaba comenzando a convencerse de que todo eso era una locura, pero tenía suficiente dinero para sobrevivir un tiempo, mientras conseguía un trabajo estable. Imaginaba que lo que Andrea tanto ocultaba, en complicidad con Di Maggio y un par de profesores de su Alma mater, era alguna innovación científica o tecnológica, cuyos datos estaban encriptados en la placa de silicio que él tenía en su poder y que vendería al mejor postor.

En realidad, no estaba del todo equivocado, excepto por un par de cosas. Primera, De Lois no estaba interesado de ninguna forma en la ciencia, y segunda, el descubrimiento no se trataba sólo de una simple innovación.

La mañana siguiente recibió una llamada telefónica del área de recursos humanos de la organización. Lo citaban para entrevistarlos. Querían ofrecerle una vacante abierta ese mismo día.

# ALLANAMIENTO

## CAPÍTULO 16

### **Tres meses y dos semanas después de la desaparición de Andrea**

*En la OINDAH*

Gracias a la pasada incursión, en cuya versión oficial se dijo que opositores a la conservación de la selva amazónica trataban de quemar archivos de la organización no gubernamental que defendía esa causa, Mateo Gil —director del CDA— llamó a Contacto.

Harry omitió su participación en la contienda de la versión oficial, pero los miembros del grupo refirieron su presencia y su apoyo de forma verbal, sobre todo el guardia que trató de impedir la destrucción de los documentos, así que Mateo le pidió que los acompañara en las rondas. Aunque la mujer de negro hizo todo lo posible por negarse, él insistió. Ella estuvo de acuerdo con la condición de integrarse al escuadrón de Harry. No quería cometer el mismo error otra vez. Tendría que ser más cuidadosa ya que los Alfa la estaban siguiendo, y a pesar de que sabían quién era, que era portadora del suero y que tenía capacidades especiales, nadie tenía por qué saber cuáles eran sus verdaderos alcances. Esa fue una de las promesas que le hizo al doctor.

## *Bodega de la organización en el centro, por la noche*

Cerca del centro de la ciudad había un pequeño almacén de equipo informático. Ese lugar siempre les ocasionaba problemas, porque a pesar de que la información se manejaba de forma discreta, la gente en los alrededores sabía que ahí guardaban cosas fáciles de sustraer y de transportar. Muchas veces, el CDA sugirió al departamento correspondiente que esa bodega se trasladara a otra parte de la ciudad, pero aún no se habían aplicado esas recomendaciones. Así, cada vez que sonaba la alarma del lugar, acudían con menos interés. Por lo general se trataba de ladrones ordinarios que huían al primer ulular de la sirena. Casi era una revisión de rutina. Los enviados esa ocasión eran un recién egresado de la academia, un veterano, Contacto y Harry que encabezaba al grupo, como de costumbre. Todo parecía tranquilo, la señal de auxilio ya estaba en silencio. La pequeña calle estaba desierta, eran casi las doce. El local de dos pisos tenía la cortina cerrada y asegurada, y la puerta no mostraba indicios de haber sido forzada. Era tan insulso el local, que no tenían personal de guardia allí.

—Me estacionaré adelante —comentó el veterano que conducía, cuando los otros tres bajaban del automotor.

Se acercaban a la puerta del local cuando cuatro individuos encapuchados, con armas de grueso calibre colgadas de la espalda, saltaron con cuerdas desde el techo, a rapel.

Tal vez habían tratado de ingresar desde la parte superior, con lo cual activaron la alerta de seguridad.

La mujer de negro no podía defender a sus compañeros de manera obvia, no debía ponerse en evidencia. Sería un segundo el que tomaría para que los intrusos estuvieran en guardia. Debían evitar una confrontación, tenían que ponerse a salvo. Harry comenzó a reportar como loco y a pedir apoyo por su comunicador.



Los dos se dirigieron hacia el vehículo blindado, pero el recién egresado fue en sentido opuesto, en dirección a una estrecha calle. Cuando se dieron cuenta ya no podían volver por él, entre éste y el carro estaban los cuatro hombres armados.

—¡Quédate aquí! —dijo Harry mientras la empujaba hacia dentro de la camioneta, antes de internarse por una vía perpendicular que estaba más adelante de la bodega para seguir al novato que ya no debía detenerse—. Ponte a distancia segura —le indicó al conductor por medio de su radio.

El veterano estaba arrancando cuando Contacto se quitó la chamarra que lanzó sobre el asiento y tomó del mismo sitio el casco de un manotazo diciendo: —Necesitan apoyo, tú cumple tus órdenes.

Se colocó el DDC mientras corría, y saltó a la cornisa de un segundo piso para ver mejor lo que estaba sucediendo, sin detenerse.

De manera veloz, se acercó a la escena sobre un techo. Uno de los cuatro truhanes le ordenaba a los demás: —¡Ustedes, vayan detrás de aquel! —ordenó para que siguieran a Harry—. Nosotros iremos tras el otro —indicó hacia donde huyó el elemento inexperto. Ellos también contaban con intercomunicadores.

Contacto escuchó con claridad cuando al que denominó “el líder” y que estaba a nivel de la calle, dijo: —Tiren a matar.

Se le heló la sangre.

—Voy por arriba tras el chico, van dos detrás de ti; dispararán a mansalva. Después me reprendes —exclamó ella al comandante por un canal directo y salió disparada sobre los techos, tratando de ubicar a los atacantes antes de hacer alguna aparición innecesaria.

—¿Dónde estás? —vociferó Harry, dirigiéndose a su subordinado escapista a través de su aparato de comunicación.

—Por la calle cuatro, hacia el este —indicó casi sin aliento.

—Voy detrás de ti —le dijo ella al caballo.

—¡No te veo! —replicó él.

—Casi llego a donde estás, no te detengas —respondió.

Uno de los perseguidores estaba a menos de 15 metros. Levantó su arma en acción de disparar, a pesar de encontrarse en movimiento. Entonces, la joven que estaba a la par, pero sobre la cornisa de un segundo piso, se lanzó sobre él. No fue necesario que hiciera otra cosa para dejarlo inconsciente y maltrecho; después arrojó la pistola que cayó sobre una construcción y se dirigió hacia el muchacho.

—Sigue adelante —especificó la Alfa—. «Quedan tres, dos van detrás de Harry y uno tras nosotros» pensó. Si fuera sola, no podrían darle alcance. El bisoño iba tan rápido como podía.

Las calles eran cada vez más oscuras y estrechas. Harry trataba de llegar hasta ellos por una vía paralela, con sus propios perseguidores pisándole los talones.

La mujer viró en el mismo instante en que varias balas pasaron silbando cerca. Esos tipos estaban locos, aquello no tenía ningún sentido. De pronto, el inexperto entró en pánico. Contacto lo alcanzó y se arrinconó con él en una esquina, mientras lo sujetaba por el pecho, ella respiraba con tanta calma como si hubiera estado durmiendo, él estaba muy agitado. Huyeron con rapidez entre los edificios. Dieron un rodeo y le dijo a Harry que hiciera lo mismo para encontrarse en el mismo punto.

Quienes perseguían al comandante habían seguido por dos caminos distintos, Harry al final les sacó una buena ventaja.

Detrás de ella y el novato, el que los seguía se detuvo en la esquina. Cuando los vio, les apuntó por la espalda. La de negro escuchó cuando uno empezaba a detonar. Mediante una maniobra ayudó a su compañero a esquivar el disparo.

En ese momento, Harry, quien estaba agazapado contra un muro, entre ellos y el asaltante a quien tenía de frente, disparó con un proyectil de goma que le dio a éste en la sien. Fue hasta él y

antes de que pudiera reaccionar le dio una descarga con la pistola eléctrica que terminó de noquearlo. Un individuo vestido con un traje oscuro observaba la escena a desde la parte superior de un alto edificio, a distancia prudente de la acción.

—Viene otro hacia aquí por la calle que está al frente, a tu izquierda —dijo, dirigiéndose a ella por un canal privado.

Dejó al subalterno con su comandante y salió a toda velocidad para detener al tercero, que se acercaba a donde estaban Harry y el chico. Trepó a la saliente del piso superior avanzó veinte metros hasta estar sobre él y le cayó encima, como al primero. El cuarto de los perseguidores desistió cuando los otros dejaron de responderle y huyó en dirección opuesta, pues toda la zona estaba llenándose de patrullas y vehículos blindados del CDA.

—Desde aquí veo al último dirigirse hacia el norte —aseveró el Alfa.

Ella levantó la vista para verlo. Él respondió con un mensaje privado: —"De nada".

—Espera —urgió—. Al menos dime a quién debo darle las gracias.

—Me llamo Gabriel Elec, soy el Lector —contestó con una tersa y amable voz.

—Gracias, Lector —respondió ella. Comprendió que ese título era su cargo de Alfa, como el suyo. Lo vio dar media vuelta y alejarse de la orilla.

Un instante después Harry aceleraba en su dirección. —¡Contacto! —bramó con furor.

—Voy por el que falta —le respondió, saltó nuevamente hacia un nivel superior y se internó en la ciudad, en la dirección en la que Elec señaló.

El cabello que ella llevaba atado en la nuca y que solía introducir al casco cuando se lo ponía con un movimiento de la cabeza,

cayó sobre su espalda cuando se lo quitó. No le permitía percibir los olores. Lo dejó en la cornisa de un tercer piso. Sus ojos centelleaban bajo la luz de las lámparas del municipio. Era como un sabueso, oteó el panorama desde las alturas, en cuclillas.

Al fin ubicó un rastro de sudor y pólvora y lo siguió a toda prisa. Corrió y saltó sobre los techos, cruzó calles de dos carriles con suma facilidad. Diez cuadras hacia el norte, pasó cerca del último. Al pensar que ya se encontraba lo bastante lejos de la escena como para ser ubicado, había disminuido la velocidad. Habló por un radio que guardaba entre su ropa y dijo: —"Concluimos la misión".

En ese momento ella saltó hacia la calle y aterrizó con sigilo sobre las puntas de los pies, como si se tratara de un felino. Fue hacia él, deteniéndose muy cerca de su espalda.

El tipo se disponía a abordar un automóvil sin placa, en una solitaria callejuela, cuando ésta le tocó el hombro.

Al voltear, de manera instintiva buscó su instrumento letal. Aunque estaban de frente, no tuvo tiempo de reaccionar, ya que lo derribó de inmediato. Lo hizo tan rápido, que resultaba casi imposible que lograra entender lo que había sucedido cuando despertara. Momentos después, Contacto volvía por el DDC con el fulano a cuestas. Lo dejó cerca de la escena para cerciorarse de que lo encontrarán. También recogió el arma del primero que estaba sobre un techo y se la llevó. No la señalarían por dejarlo inconsciente.

—Creo que ahí delante está uno más —dijo ella cuando volvió al encuentro de los caballos. Los policías que arribaban al lugar acudieron para detenerlo.

—Esa maldita bodega —refunfuñó el líder del equipo, mientras subían de nuevo al transporte.

Era gente con entrenamiento. Sería simple el proceso legal, en el cual sólo figurarían como testigos de los hechos tres elementos del CDA. Sin embargo, para la policía resultaba extraño encontrar a

cuatro agresores inconscientes. La organización no hizo comentarios, pero otra mala decisión pudo terminar en una tragedia, como la vez anterior.

### *En la mansión*

Lejos de las calles, encerrado en su claustro, Di Maggio se revolvía en pensamientos para desentrañar a la joven de negro. Lo entretenía pensarla y atravesarla mil veces por caminos sinuosos, que seguiría gustosa, con tal de recuperar su valiosa placa. A él no le interesaba del todo, pero el proyecto tampoco le era por completo indiferente. El control del mismo podría estar genuinamente en sus manos. Ahora se ocupaba al planificar la estrategia contra la despreciable mujer. Sin embargo, toda esa reservada revolución que llevaba dentro ocultaba una secreta y devastadora tortura. No se trataba sólo de tristeza. Era un cúmulo de sentimientos que destruirían sus entrañas si no enfocaba toda su energía en un lugar menos doloroso. Esperó dos semanas más y desistió.

Dejaría que ocurriera sólo otra cosa para terminar con todo aquello.



# SUGESTIÓN

## CAPÍTULO 17

### **Cuatro meses desde la desaparición de Andrea**

*Sobre el techo de la OINDAH*

Podría parecer simple ser ella; que todo se le presentaba en bandeja de plata; que el plan estaba trazado para que avanzara en la dirección correcta. Pero a veces Contacto se sentía perdida. No pensaba en responsabilidades más allá de su deber moral. Tampoco cavilaba sobre su condición fisiológica ni acerca de su percepción o su potencia. Peleaba con sus más profundos temores día tras día. Al mismo tiempo, aparentaba poseer la calma y la fortaleza que —imaginaba— le ayudarían a luchar. No sabía a ciencia cierta quiénes eran sus enemigos. Tenía una causa, y sabía que existirían detractores, pero que tal vez no se presentarían de frente. El doctor Di Maggio le heredó más de un trabajo. Por ello, se sentaba largas horas a discutir consigo misma —quien debía ser su única aliada— en el techo hexagonal de la organización, coronado de luces rojas. Incluso alguna lágrima le recorría el rostro de vez en cuando.

La misma Andrea se lo dijo alguna vez cuando estaba enferma de leucemia: ni la muerte evitaría que se comunicara. Había pasado el tiempo suficiente como para que lo hiciera si aún vivía.

Todo indicaba que había perecido, por muchas esperanzas que pudiera albergar. Estaba sola en el asunto de la entrega y no tenía la otra placa; a pesar de sus recientes incursiones con los caballos, seguía enfocada en localizarla. Sabía que Miguel Aster, primo de su amiga, vivía en la ciudad. Lo conocía desde que eran estudiantes universitarios. No debía parecerle extraño al chico que quisiera hablar con él, después de todo, Andrea había como su hermana. No sabía dónde vivía, pero recordaba que estudió algo relacionado con la informática. Hubiera podido pedirle a Tanaka que indagara su paradero, pues poseía acceso a una amplia red de información, exclusiva y confidencial, pero no intentó hacerlo, ya que tenía prohibido mantener comunicación con alguien de su pasado. Sin embargo, comenzaba a impacientarse, así que lo buscaría por su cuenta.

Entrada la noche, Contacto vagaba por los pasillos del CDA. Harry siempre se quedaba resolviendo problemas que podían esperar hasta el día siguiente. La mujer pensaba en él con frecuencia. Había estado extraño, evasivo. No le agradaba eso. Es cierto, omitió otra vez sus órdenes, pero resultaba imperativo que actuara.

Ella solía salir de la organización de manera discreta, pero ese día pretendía lo contrario. En secreto, montó guardia en el acceso al área y esperó.

Al fin, el hombre decidió que era hora de irse. Salía del edificio vacío cuando se encontraron de frente.

—Es tarde, ¿no? —dijo la joven.

Él la observó con seriedad. Suspiró bajo. Parecía irritado.

—¿Te molesta si te acompaño?

—No, vamos.

Caminaron en silencio hasta el estacionamiento. La de negro permaneció de pie afuera del auto.

—¿Vas a la ciudad? Te llevo —comentó él.

—Sí, gracias.



Salieron de la organización en el vehículo. Durante un largo rato no dijeron nada.

—No estuvo bien —comenzó ella.

—No —interrumpió él—. Necesito darte las gracias. Me has apoyado.

La chica se sorprendió un poco y comentó: —Se me ha pasado la mano. Omití tus órdenes otra vez. No debí.

—No seguiste mis indicaciones, pero no estoy seguro de que haya sido un error. Al contrario, eres eficaz. Es sólo que...

Se sentía apesadumbrada; percibió un incremento en la temperatura de su interlocutor que manejaba fijando la mirada en el camino, con un aspecto reservado. Transcurrieron minutos de silencio.

—No quiero perderte —respondió.

—¡Lo siento! El proyecto es una gran responsabilidad, sería terrible si algo ocurriera. Somos tu equipo —exclamó.

Harry se detuvo cerca de donde vivía la mujer. La observó por un momento, de forma extraña. —No, no me refiero a eso —replió.

—Creí que estabas molesto conmigo. Está bien. No pasará nada, te lo prometo —aseveró apretando su mano. Bajó de prisa del auto y desapareció esa noche.

### *En un barrio marginal en las afueras de la ciudad*

Gabriel Elec era un hombre reservado. Se le conocía como el Lector. Callaba, a menos que tuviera algo fundamental que decir. Era muy observador y estaba bien entrenado. Buscaba espacios para reflexionar en su tiempo privado, el cual era escaso. Los Alfa, al ser la inteligencia de la institución, solían tener ocupaciones

variadas, pero la suya era de las más absorbentes, extrañas y complejas. Por su profunda capacidad de comprender, analizar y anticipar el comportamiento humano, trabajaba con sujetos particulares que le designaba el grupo y que eran relevantes para la organización por algún motivo. También fungía como su principal reclutador.

Encontró un cuarto de tabiques grises y piso de cemento pulido en un barrio pobre al que acudía de forma ocasional. Para ir allí dejaba sus elegantes trajes en el departamento que le prestaba la organización y se vestía con ropa poco llamativa. La única ventana de la habitación estaba cubierta por un plástico color verde que apenas dejaba pasar la luz. Se llegaba por una angosta escalera entre cuartos similares, ubicados en una ladera inclinada. Un pasadizo oscuro conducía a la puerta metálica de la vivienda. Adentro había una mesa simple de madera sin pintar, una silla similar y un catre. Iba ahí para pensar en la realidad y en lo difícil que puede ser la vida para algunas personas. Él —para quien prácticamente no existía restricción para seleccionar un espacio en el cual estar— eligió aquel sitio como si se tratara de un monasterio o la cueva de un ermitaño asceta.

El Lector pasaba la mayor parte del tiempo en su labor, en la organización. Alguna vez incluso cohabitó con la gente relacionada con la misión que se le comisionaba. En esa ocasión no sería así, aunque, a decir verdad, no le hubiera molestado del todo ya que no sería la primera vez que lo haría con un extraño al que terminó convirtiendo en su amigo íntimo. El nombre real de Elec fue reservado años atrás. Los juegos estaban afuera. Ese espacio pobre le hacía sentir como si se sumergiera en la realidad; como si pudiera tocarla. Sin embargo, lo inquietaba un punto neurálgico en su interior. Algo respecto a Contacto le motivaba esa inquietud. Aquella tenía una ciega devoción por un supuesto deber, una misión. Y, por alguna razón, eso lo incomodaba demasiado.

# DISCURSOS

## CAPÍTULO 18

### **Cuatro meses y dos semanas desde la desaparición de Andrea**

*En el departamento blanco de Helena*

Fue en una de sus visitas nocturnas al techo de la organización donde algo se le ocurrió a Contacto: Helena era la única persona externa al proyecto que tenía cercanía con Di Maggio. No obstante, sólo trataban asuntos netamente financieros. Escuchó furtivamente muchas conversaciones entre ellos como para saberlo. Sin embargo, en realidad no sabía quién era pero algo en ella le hacía sentir desconfianza. La rubia trataba de ocultar sus emociones cuando estaba cerca. Por ello se dio a la tarea de seguirla. La esperó fuera de la mansión. Observó toda la escena desde los árboles cercanos a las ventanas. Generalmente, iba a la casa de su jefe en su descapotable blanco, pero esa ocasión fue llevada a su hogar por el chofer. Así conoció la ubicación del departamento, moderno y de un blanco exasperante. Las cerraduras no eran un problema para la chica de negro. La siguió una noche, cinco, seis. En ocasiones, cuando sabía que la rubia estaría tratando de seducir a Di Maggio, aprovechaba para ir a ese sitio. Buscó información de manera infructuosa, sólo

percibía aromas de los lugares en los que Helena había estado y de las personas que estuvieron en su casa.

El perfume muy fino de un hombre que no conocía predominaba sobre los otros.

## **Cuatro meses y tres semanas desde la desaparición de Andrea**

*Por la mañana, en las instalaciones del CDA*

Contacto y el Nexo se encontraron en diversas ocasiones en el CDA. Como siempre estaba ocupada, lo vio sin verlo, cuando pasaba velozmente cerca de él. En cambio, el Nexo la había estado siguiendo de lejos. Era muy raro que alguien con un uniforme negro trabajara cotidianamente en el CDA.

En esa ocasión, la de negro salía de la organización por la mañana. No se sentía del todo bien, pues en el laboratorio del proyecto le habían practicado una prueba de alergias, con más de doscientas sustancias. Hacía mucho que no manifestaba la menor molestia, pero desafortunadamente encontraron un componente que le causó una violenta reacción, e incluso, le provocó convulsiones. Un antiespasmódico, que ironía.

Como la habían retenido toda la noche, por la mañana lo único que deseaba era irse a casa. Cuando salía se encontró con un hombre que le sonrió de manera burlona. Era alto y fornido. Usaba el uniforme del comando. Tenía el cabello teñido, lo que estaba prohibido en el reglamento.

Él no tenía idea de que Andrea y Contacto estuvieran vinculadas de alguna forma. Ella no sabía que su amiga había sido acosada por el hombre que acababa de pasar; mucho menos que la odiaba de una forma muy personal. Pronto comenzaría a enterarse.

## *Días después*

En el CDA tenían un nombramiento nuevo. El Nexo —quien se hacía llamar así desde que había aspirado a ingresar al grupo Alfa, seguro de que lo aceptarían (y cuyo sobrenombre conservaba a pesar de haber sido rechazado)—, asumía el cargo de subdirector de logística. El nombramiento se debía, por un lado, a la jubilación de su predecesor, y por el otro, a la recomendación de Alex De Lois. Manuel, un hombre alto y moreno, de cabello negro —a quien apodaban el Perico, por su nariz aguileña— seguía siendo el subdirector académico; y Harry, el de seguridad. Los tres sostendrían reuniones frecuentes con Mateo Gil para informarle y planificar las actividades. Ninguno de los dos estaba de acuerdo con la designación de aquel, pero tendrían que acostumbrarse.

El Nexo sugirió que Contacto se integrara a su reunión esa tarde, debido a que todo el personal operativo del comando hablaba de su participación en dos peligrosos eventos. Después de todo, debido a su nueva posición, él debía enterarse de lo que ocurría en el comando. Harry no se opuso, a pesar de que no estaba de acuerdo en lo absoluto. Temía que se expusiera demasiado y sabía quién estaba detrás de la asignación del Nexo. Era un riesgo para el proyecto.

La mujer entró a la oficina de Gil. —Pasa, hija, siéntate —replicó el hombre con un tono cordial y solemne.

Esa forma de hablar lo hacía parecer mayor, aunque apenas tenía algo más de cuarenta años. La joven notó la mueca incipiente en el rostro del Nexo, a quien recordó haber visto por allí.

—Buenas tardes, caballeros —respondió y tomó asiento.

Los ojos del hombre se encendieron al darle un vistazo a la investidura debajo de la chamarra deportiva que debió ser suya. Mateo la presentó.

—Hemos tenido algunos graves incidentes y Contacto nos ha brindado su apoyo.

—Pensé que estaba sólo en el área de docencia —repuso el hombre del cabello rojo.

—Sí —explicó Harry—; sin embargo, nos ha acompañado en algunas ocasiones.

—Dejémosla hablar —repuso el Nexo.

Contacto le lanzó una mirada discreta a Harry y observó su inconformidad. Estaba entre la espada de su deber real y la pared de su deber aparente. De cualquier manera, era su deber.

—Me parece propicia esta reunión —expuso ella—. Sí, he acompañado en algunas ocasiones a los egresados. Después de todo, lo que trabajamos aquí es para usarlo en la calle —dijo refiriéndose a sus sesiones de entrenamiento—. Pienso que es un problema que egresen tan jóvenes. No parecen tener la suficiente madurez mental como para enfrentarse a hombres armados allá afuera.

—Por eso debemos armarlos a todos —exclamó el Nexo.

—Eso sería aun peor —repuso ella, que pensaba en su propia situación—. Los errores han sido cometidos por falta de experiencia: si estuvieran armados de esa forma podrían ocurrir tragedias. Se supone que ésta es una organización de ayuda humanitaria. Los egresados aún no son muy maduros cuando llegan al servicio activo, en general. Quizá deberían serlo para enfrentarse a situaciones de vida o muerte. Algunos años más de actividad en la academia les podrían dar esa madurez. Tal vez se sentirían más seguros para actuar solos en el campo, ya que aprenderían de los elementos más experimentados.

Esos intercambios iniciaron una discusión, dirigida por la idea expuesta por la mujer de negro. La postura del director y de los subdirectores veteranos quedó muy clara: presentarían una propuesta ante la asamblea semestral, próxima a realizarse, para que

se incrementara un año la edad en la que los cadetes podían ingresar a la academia y al servicio activo. Los tres hombres se opusieron de manera rotunda a presentar la propuesta del uso de armas de fuego, pues se les capacitaba en el uso de otras herramientas que no tenían un carácter letal. El Nexo se sentía frustrado, pero aparentaba no estarlo.

Al salir, dio una palmada en la espalda a Contacto, con supuesta afabilidad, aunque con una fuerza veladamente excesiva. Sin embargo, sintió como si le hubiera dado un manotazo a la pared.

### *En casa de Aster*

Miguel Aster comenzaba a cometer el error que le caracterizaba más: estaba sintiéndose cómodo. Todo parecía estar saliendo bien. Eris Niezgodá, La Pesadilla, lo buscó dos ocasiones más. Él habló y habló, intercalando información un tanto trivial con otra más importante sobre Andrea. Insistía en tener algo que era crucial, pero eso lo verían después. Le dijo que necesitaba algo más tangible y que, si no obtenía algo relevante pronto, las cosas se pondrían feas. Le dejó muy claro: era buena con él, otros podrían no serlo tanto. Aunque Aster pensaba que sólo trataba de amedrentarlo, no pasó por alto que ella hizo un gran hincapié en que no debía hablar con nadie sobre todo eso. Si tenía la mínima sospecha de que él estaba divulgando cosas que no debía, se las vería con ella.

Un día, cuando volvía del trabajo recién obtenido en la organización —lo habían comisionado a un centro de asistencia de cómputo de la OINDAH, en la ciudad— encontró entreabierta la puerta de su oscuro y pequeño departamento de interés social, en la planta baja. Abrió y trató de encender la luz. No funcionó. Entró y tropezó con varios objetos que no tenían porqué estar allí. Escuchó

ruidos. Parecía que aún había alguien adentro del departamento. Dio media vuelta y salió corriendo. Después de hacerlo por algunas cuadras, y al borde de un ataque de asma, parecía que nadie lo seguía. Tuvo que usar el inhalador, mientras se calmaba para poder respirar. Sin estar muy seguro, volvió al lugar, ahora acompañado de un vecino, a quien le suplicó que fuera con él. Encontraron el switch apagado. Arreglado el asunto de la luz, pasaron al lugar. Era un caos, como temía.

—¡No, mis máquinas no! —chilló. El equipo estaba completamente desarmado.

—¿Falta algo? —preguntó el vecino.

Él revisó. —No se llevaron nada de valor —dijo, refiriéndose a las computadoras.

—Debes llamar a la policía —exclamó.

No sabía si volverían o no, ya que interrumpió al intruso en su búsqueda. Guardó lo esencial en una mochila y salió corriendo a hospedarse en un hotel.

Creyó saber lo que estaban buscando.



# LO ONÍRICO

## CAPÍTULO 19

### **Cinco meses desde la desaparición de Andrea**

*El hogar de Harry*

Contacto evitó ese día seguir a los caballos. Ahora se sentía observada de cerca por el Nexo. Se encaminó a casa de Harry, quien tenía la noche libre. En esa ocasión, llegó por la entrada principal. Esperó unos momentos antes de llamar a la puerta porque él estaba tocando. Lo hacía de manera extraordinaria. Finalmente, llamó y el joven abrió. Tenía el cabello lacio desordenado, el cual le caía sobre el rostro. Sonrió al verla, y entonces se le marcaron aun más las finas líneas verticales que tenía junto a las comisuras de la boca.

—Por la puerta, qué raro —observó.

El departamento era cálido. Los muebles viejos, que pertenecieron a sus abuelos, estaban macizamente fabricados. Tenía persianas azules y lámparas de pie modernas, que contrastaban un poco con el resto del amueblado, pero lo hacían más acogedor.

Cerca de la puerta había un sillón de una plaza. Ella se dejó caer sobre él.

—Continúa, por favor —le pidió.

Comprendió y siguió tocando el instrumento musical. La mujer

abrió un poco el traje para despejarse el cuello —como quien se quita la corbata— dejándose llevar por la melodía.

—¿Qué hay con el nuevo subdirector del el CDA? —interrumpió media hora más tarde, sin querer regresar a la realidad.

Él la observó, alejando la boquilla del instrumento de sus labios. —¿Qué hay con él?

Ella se hizo hacia adelante y agachó la cabeza, con las manos entrelazadas sobre la boca.

—Es protegido de De Lois —dijo Harry.

—¿Quién es él?

—Uno de los seis subdirectores de la organización. Se encarga del área jurídica. No está de nuestro lado, pero no deberías preocuparte por él ni por el Nexo.

Ella lo observó con recelo.

—Quizá no lo sepas, pero nosotros nos ocupamos de todo.

—No sé si debería seguir acompañando a los chicos —musitó.

—Traté de evitar que te involucraras en eso, pero ahora es una petición de mi director —respondió el hombre, de manera condescendiente, refiriéndose a Mateo Gil. —Sería más extraño si dejaras de hacerlo.

—Soy una terca, Di Maggio no se cansa de decírmelo —repuso abatida.

—Él está demasiado enfrascado en sus problemas personales. Yo sé que eres increíble, eso no se puede ocultar del todo.

Ella sonrió de lado. —Eres un atrevido, Jacobo, me apenas —dijo divertida.

—No te lo diría, si no lo creyera —exclamó. Su sonrisa era franca y cálida.

—Calla, hombre. Mejor toca, toca más —instó.

Eso hizo, hasta muy tarde. Contacto podía haber estado ahí más tiempo, pero él debía dormir. No todos podían darse ciertos lujos.

Las pesadillas recurrentes atormentaban a Harry desde la noche en la bodega. Soñaba que caía por un precipicio que él mismo construyó con las manos. Ese día soñó a una mujer sentada en el rellano de una ventana. Su atlético cuerpo estaba cubierto por un satinado traje negro que brillaba a la luz de la luna. Ella le extendía la mano. Desde entonces, poco a poco dejó de tener malos sueños y tuvo ese muchas noches más.

### *En otro sitio de la ciudad*

Eris es una representación de la mitología griega de la lucha y la venganza. Es hermana de Ares, Dios de la Guerra. La discordia es su sello característico y está involucrada con el inicio de cada conflicto o pleito. También es hija de la noche. Por si no resultara suficiente su nombre actual, a Eris Niezgoda le apodaban “la Pesadilla”.

En ciertos círculos, se sabía que cuando se involucraba en algo habría problemas. Era su especialidad y para ella resultaba demasiado sencillo generarlos. Justo como el personaje mitológico, tenía al menos dos facetas: la discordia que destruye y la que crea; por un lado es la que promueve la competencia y la inventiva y por otro, es la que favorece la guerra y la pelea.

Debido a que en la actualidad se investía como profesional a sueldo, estaba dedicada a esa faceta, y se prestaba a lo que fuera, siempre y cuando pagaran sus honorarios. No era una homicida antisocial, pero sí sabía cómo manejar cualquier situación para que el mismo sujeto colocara la bala en su propia sien, lo cual hizo, de diversas formas, muchas veces.

El trabajo recién encomendado por el Nexo, consistía en seguir a una persona. Lo haría personalmente porque necesitaba comenzar a conocerla de cerca. Era su oportunidad para eso.

## *De madrugada, en la mansión*

Di Maggio tenía ensoñaciones étlicas, de las que se tienen a las tres de la mañana con muchos grados Gay Lussac encima. Repasaba algunos capítulos de su vida, como si viera una obra de teatro. Y con gusto la habría concluido para siempre en ese momento. Sin embargo, todavía estaba pagando su penitencia. Sus errores habían costado carísimos. No lloró cuando murió su madre. No lo hizo tras del accidente en el que se destrozó la rodilla derecha, ni cuando falleció su padre. Tampoco cuando ocurrió lo de Andrea. La última vez que lloró, la única que recordaba desde que se hizo adulto, parecía haberlo dejado completamente seco, imposibilitado para hacerlo nunca más. Fue cuando Laura Esther lo abandonó.

# RASTRO PERDIDO

## CAPÍTULO 20

### **Cinco meses y tres semanas desde la desaparición de Andrea**

#### *Rumbo a la ciudad*

Contacto al fin consiguió la dirección de Miguel Aster. La encontró pegada en el tablero de anuncios de un café internet del centro, al que ingresó una noche —de manera furtiva— mientras buscaba pistas. Antes de ello tuvo que recorrer una gran cantidad de negocios informáticos, cuando las salidas con los caballos se lo permitían. Tomó la hoja y la observó largo rato a través del visor del DDC, pensando en Andrea. Realmente deseaba que Aster supiera algo más. Él se ostentaba como reparador de hardware y programador de software.

Pensó en visitarlo esa misma noche, pero eran como las cuatro de la madrugada. Acudió al atardecer del día siguiente en un vehículo de la organización, después de una larga jornada en el CDA, la cual discurrió entre el entrenamiento con los cadetes y una prolongada reunión con la directiva, ya que pronto se llevaría a cabo la asamblea semestral de la OINDAH y estaban preparando el informe. Intentó llamar antes al número móvil que aparecía en la

propaganda de Aster, pero indicaba que había sido desconectado. Tenía prisa, pero siempre trataba de escoger algún auto compacto que no llamara la atención.

Desde la salida principal del complejo, otro automóvil seguía el mismo camino. Al principio no le pareció importante, pues se trataba de la vía directa para llegar a la ciudad, pero al llegar a una zona más poblada dio varias vueltas en algunas calles para estar segura de que no iba tras ella. Cuando pensó que lo había perdido, condujo rumbo a la dirección indicada. Se estacionó frente a un parque. Logró ver el mismo auto detenerse discretamente como a media cuadra. Tenía varias posibilidades, pero necesitaba saber quién la seguía y por qué. Debía ser mucho más cautelosa, no quería que ocurriera algo como cuando se encontró con Di Maggio por primera vez.

Se quitó el conjunto deportivo en el auto y marchó de manera errática por calles y callejones, sin prisa. Alguien la seguía. Era de complexión media, más alta. El cabello lacio, teñido de negro, le llegaba hasta los pómulos, y tenía los ojos pintados del mismo color. La vio por el rabillo del ojo y la dejó seguirla. Se ocultó para que la pasara y se ubicó detrás. Parecía buscarla.

—De este lado —dijo la joven del traje negro en voz alta.

Como en cámara lenta, vio que, quien la seguía daba media vuelta sin demostrar sorpresa, se llevaba la mano derecha al interior de su chaqueta negra —decorada con afilados estoperoles— para ponerla sobre la cacha de un arma que llevaba en una funda pegada al cuerpo. En ese momento no le quedó duda de que sus intenciones no eran precisamente amistosas. Con rapidez, Contacto se colocó a su lado, la sometió por la muñeca con la mano izquierda y la retuvo con firmeza; palpó la chamarra, para tomar la Glock 9 milímetros que su seguidora intentaba sacar y la lanzó lejos de su alcance.

La desconocida cautiva se liberó con una maniobra, pero la sujetó de nueva cuenta. Cada una de las acciones de la joven del traje eran respondidas con movimientos muy precisos, de lo que se deducía que su contrincante estaba bien entrenada; era muy fuerte, pero no tanto como ella. Le estaba hartando ese juego de sujeción y liberación, entonces comenzó a cuestionarla.

—¿Quién eres? ¿Por qué me sigues? —preguntó a mitad del forcejeo.

La otra luchó por liberarse con un nuevo movimiento; sin embargo, la fuerza con la que la sujetaban se lo impidió

—Púdrete —contestó, sin emoción.

Liberó un poco la presión que ejercía sobre su presa quien de inmediato intentó asestarle un golpe. La dejó moverse, pero se hizo a un lado para que no la tocara. Entonces, su rival sacó otra arma de la espalda. A pesar de que trató de alejarse unos metros para poder apuntarle, Contacto la alcanzó y la desarmó como la primera vez. Una vez sometida, acercó su rostro al de la extraña, con la intención de percibir algún aroma familiar. No lo consiguió.

—¿Quién te envió? —volvió a cuestionarla.

En sus delineados ojos fríos no había enojo. Contacto le permitió algo de movimiento y aquélla trató de golpearla de nuevo, pero volvió a esquivar el golpe. Entonces la detuvo, la sometió, se tiró con ella al piso y apretó poco a poco, como una boa, con todo su cuerpo. Sus técnicas no eran ni remotamente buenas como las de su oponente, pero ejercía suficiente fuerza como para que ésta no pudiera respirar. Se liberó de la presión con otra maniobra, pero, una vez más, volvió a atraparla.

—¿Por qué me sigues? ¿Quién te envió?—preguntó de nueva cuenta.

La soltó un poco y volvió a hacer lo mismo. Al final, tras un tiempo más largo sin aire, respondió con la voz entrecortada.

—No sé, pero pagaron por adelantado.

— ¿Quién?

—Sin nombres. Un hombre bajo, calvo —explicó.

—Mientes —replicó, y la volvió a atrapar, con más fuerza.

—Vete al carajo —aseveró, tan indiferente como si estuviera dando la hora.

Podían haber seguido así toda la noche, pero a Contacto se le ocurrió algo: la dejaría ir. La soltó apenas un poco. Al instante, su contendiente le lanzó un golpe con el codo y la mujer de negro le hizo creer que había funcionado, por lo que la soltó. Al creerla abatida, su agresora se dirigió por la Glock, que estaba tirada a algunos metros. Esto hizo que la perdiera de vista unos segundos, situación que Contacto aprovechó para saltar a un oscuro techo. La Pesadilla se volvió y apuntó un momento su arma a una calle vacía. Tras recorrer con la mirada toda el área infructuosamente, recogió la otra pistola, y salió corriendo para abordar su vehículo, estacionado a unas cuadras de ahí.

Aunque ella no podía verlo, quien poco antes la había sometido la seguía desde el techo de uno de los edificios. En breve, Contacto alcanzó su propio vehículo y la perseguidora se transformó en presa. En una intersección, una camioneta del CDA atravesó el cruce a toda velocidad. Era la del grupo de Jacobo, no le quedaba ninguna duda.

Tenía que decidir entre alcanzar a su atacante o ver qué estaba sucediendo con el comando. No traía el DDC. Sin que la extraña se percatara, la siguió a un edificio a unas cuadras de allí, hasta la puerta de un departamento. Entonces salió de prisa para indagar qué pasaba con los caballos. Antes, tuvo que detenerse a hablar por teléfono, debió pedir permiso para usar uno en un comercio. Llamó al móvil de Harry, pero no respondió. Marcó entonces el número de la operadora. El sistema de reconocimiento verbal tar-



dó treinta segundos que le parecieron eternos, su voz había sido registrada cuando Laborus le enseñó a usar el DDC. Finalmente le indicaron en dónde se encontraban: lejos de ahí. Se dirigió hacia allá en el auto, a toda velocidad. Cuando llegó, todo el grupo estaba por abordar de nuevo la camioneta.

—Los vi pasar, tenían mucha prisa, ¿qué sucedió? —preguntó.

—Falsa alarma —replicó el hombre, disgustado.

Entonces regresó al lugar donde vio entrar a su objetivo. Dejó el vehículo a un par de calles y llegó desde el techo para no ser vista. Forzó la chapa; el departamento estaba vacío y lleno de polvo, parecía que no se había usado en años.

La habían engañado.

### *En otra parte de la ciudad*

Lejos de ahí, Eris repasaba lo ocurrido. Tenía el cuerpo lleno de marcas. Pero no era eso lo que le importaba. Ahora se hacía una idea muy real del tamaño de lo que debían manejar. Le informó al Nexo lo pertinente, para eso le pagaban. Él sabía la clase de entrenamiento que poseía la Pesadilla, y vislumbraba sus alcances. Por eso, no ocultó los moretones en sus brazos. Así él tendría una mejor idea de lo que la persona a la que siguió podía hacer. Sin embargo, tampoco le contaría demasiado. Era prioritario que el hombre pensara que estaban en igualdad de condiciones.

El Nexo quería conocer profundamente a la que le robó el puesto en el Grupo Alfa, con la idea de quitarla del camino. Si ellos no lo habían aceptado, no los necesitaba entrometiéndose en el CDA. Nadie debía conocer sus intenciones ya que entrar abiertamente en conflicto con la inteligencia de la organización tendría peligrosas consecuencias para él. No tenía ni la menor idea de que la mujer

que él creía que se quedó con el cargo que debía ser suyo estaba involucrada con la gente de la que su patrón Alex De Lois quería obtener información; y jamás imaginaría que era precisamente Contacto la pieza clave de lo que ocultaba la Dirección General de la OINDAH.

# CELESTE GUARDIÁN

## CAPÍTULO 21

### **Seis meses desde la desaparición de Andrea**

*Casa de Miguel Aster*

Desde que irrumpieron en su departamento, tres semanas atrás, Miguel no se sentía seguro. No obstante, paulatinamente volvía a éste, no podía vivir siempre en un hotel. Había sido abordado por Niezgoda una vez más, pero le dio información esquiva e incompleta. No se atrevió a preguntarle si ella sabía algo sobre aquella noche, pero le pareció más amenazante e insistente. Casi estaba seguro de que ella sabía algo de la placa; sin embargo, no se la había pedido de manera directa.

Trataba de regresar a casa siempre antes del anochecer, pero ese día lo retuvieron en el trabajo hasta más tarde. El transporte público lo dejó a pocas cuadras de su departamento.

Pronto el chico se dio cuenta de que alguien vestido con una sudadera oscura lo estaba siguiendo. Primero una decena de metros de lejos, pero cada vez más cerca. No lograba ver la cara de su perseguidor, que estaba vestido de negro. La distancia entre ellos se acortaba. Comenzó a entrar en pánico. En vez de volver a su departamento, siguió huyendo. ¿Debía buscar a la policía? No sabía

qué hacer. Corría y corría por calles vacías, seguido cada vez más de cerca. Comenzaba a ahogarse por el asma. En ese momento, logró perder de vista al perseguidor en una vuelta, y en la intersección de una calle un auto se estacionó frente a él. El conductor abrió la puerta del pasajero y exclamó:

—¿Necesitas ayuda?

No lo pensó dos veces y abordó el auto. Estaba desesperado, haría lo que fuera por escapar y no lograba correr más. No se detuvo a pensar que podría ser una trampa. El auto arrancó a toda velocidad. Su respiración silbaba. Pasado un rato, tras aspirar la dosis de su inhalador, pudo exclamar:

—¡Gracias, me estaban persiguiendo!

—Tranquilo, estás a salvo.

Miguel Aster lo vio con más detenimiento. —¿Nos conocemos? —preguntó. Le tomó un momento recordar—. ¡Eres el hombre de la carretera! ¿Qué está pasando? —cuestionó, asustado.

—Estoy cuidando tu espalda —replicó el joven de ojos color miel, casi amarillos, mientras encendía la luz interior del vehículo y le entregaba una lustrosa tarjeta negra que tomó de su saco del mismo color, bajo el cual tenía puesta una prenda de cuello alto.

Decía *El Lector*. Parecía ser muy refinado.

—Me llamo Gabriel Elec. Trabajo en la organización. No eres el único que tiene acceso al correo de Andrea. Rastreamos ese mensaje hasta ti. Estás haciendo algo peligroso. Creo que es hora de que sepas un par de cosas más.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy amigo de tu prima Andrea. La ayudaba en su trabajo. Tal vez debamos conversar en un lugar más adecuado, tú elige.

Él dudaba un poco, pero lo había salvado... dos veces.

—Vamos a algún sitio público —repuso.

—Conozco un café que está abierto toda la noche. Podremos charlar, ¿te parece bien?

Él asintió, dubitativo.

En efecto, era un lugar tranquilo. Se sentaron en un rincón apartado y pidieron café.

—He estado siguiendo pistas de lo ocurrido a Andrea. Soy parte de la comisión encargada para desentrañar lo sucedido. Es un trabajo secreto —susurró el hombre.

Aster comenzó a sentir que podía confiar en él. Era muy agradable.

—Pero su muerte ocurrió por un accidente —replicó.

—No sabemos aún si fue accidental—aseveró, y su interlocutor palideció—. ¿Cómo supiste que De Lois buscaba obtener información sobre ella? —preguntó el Lector.

—Ella y yo crecimos como hermanos —dijo—. Me lo contó alguna vez.

Lo observó fijamente.

—¿Y no se te ocurrió que él podría estar implicado en su muerte? —inquirió con seriedad. Enseguida se percató de que había tocado fibras sensibles en su interlocutor.

—No, nunca lo pensé —dijo Miguel, angustiado—. Tengo miedo, no sé qué haré ahora.

—Por eso estoy aquí. Fui cercano a Andrea y quiero ayudarte —aclaró con seguridad—. Pero la gente de De Lois no debe saberlo, pues seguimos investigando. El asunto será concluido de forma oficial por la organización, para permitirnos seguir indagando en secreto. Espero poder contar con tu discreción. Supongo que te interesa que se esclarezca el asunto.

El chico asintió con vehemencia, mientras, nerviosamente, daba sorbos a su taza. El Lector lo tenía justo donde lo quería. Miguel le dijo todo lo que le había revelado a la Pesadilla.

Tenía ambiciones, pero no podía pagarlas, y explicó que eso lo orilló a hacer lo que hizo.

—Sólo le hablé de cosas que pudo enterarse por cualquiera en la universidad —aseveró—. Lo más importante lo tengo reservado.

El Lector supo que estaba muy cerca de encontrar cierto objeto crucial antes que nadie. Eran un equipo, pero sabía que quien obtuviera la placa obtendría un beneficio especial y no dejaría pasar esa oportunidad.

—¿Qué debo hacer ahora? —exclamó el chico, desesperado.

—Debemos entender por qué te acosa la gente de De Lois —respondió.

Cada cosa que decía parecía ser justo lo que Miguel necesitaba escuchar. Se sentía confiado y protegido con ese hombre al que no conocía, que decía ser amigo de Andrea y que lo había seguido.

—Sigue hablando con ellos si te buscan, pero siempre debes avisarme para que esté cerca. Si sientes que estás en peligro llámame al número que aparece en la tarjeta, a la hora que sea. Alguien de mi equipo estará siempre cerca de ti. Deberás hacer todo lo que puedas para aparentar normalidad. Es fundamental.

El chico asentía.

—Quizá nos puedas ayudar a resolver todo esto. Mientras tanto, haremos lo necesario para protegerte. Parece que saben dónde vives —aseveró.

—Sí, entraron a mi casa —repuso.

—No deben saber dónde te quedas. ¿Hay algún lugar en el que puedas estar, que ellos no conozcan?

Negó con la cabeza.

—Podemos ayudarte con eso. Hay un departamento de la organización cerca de aquí, podrás usarlo mientras tanto. Sólo tienes que ser muy cuidadoso para que no sospechen y no te sigan. Podemos ir ahora si quieres. Aster asintió de nuevo.

Fueron a su casa. Tenía miedo, pero el Lector se veía muy seguro y parecía ser un hombre fuerte. Empacó lo necesario, es decir, un par de sus computadoras portátiles y algo de ropa. Después se dirigieron a un departamento en un lujoso y moderno edificio, muy diferente de la pequeña y oscura vivienda que él rentaba. Estaba fascinado. El Lector le entregó las llaves que traía en el bolsillo del saco.

—Suerte, estoy pendiente.

—Gracias, hombre —dijo.

—Me llaman Elec, puedes decirme así o Gabriel.

Miguel reflexionó esa noche: ahora estaba atrapado entre dos bandos. Aunque no le parecía del todo mal lo que estaba obteniendo hasta ese momento, la Pesadilla seguía asustándolo mucho.





# LEY Y CAOS

## CAPÍTULO 22

### **Seis meses desde la desaparición de Andrea**

*Durante la asamblea semestral, en la OINDAH*

A veces, lo correcto no es lo que todos creen. Las mejores intenciones no siempre llevan al mejor resultado. Con frecuencia, la gente suele comprometerse con las causas que le resultan convenientes. En el ámbito político de la organización, abundaban aquellos que esperaban una oportunidad para tomar ventaja. Ése fue el caso de la propuesta del incremento en la edad para el ingreso al servicio activo de los caballos.

La asamblea semestral se llevó a cabo en el recinto habitual, que se empleaba casi siempre sólo para ello: un salón hexagonal inmenso, con asientos tipo estadio que daban la vuelta al auditorio, anexo al edificio central, dentro de la sede. La asamblea estaba conformada por directivos de todos los niveles, organismos y organizaciones que formaban parte de la estructura.

Cuando llegó su turno, Mateo Gil presentó de manera breve el informe del último semestre, así como la iniciativa de la edad de los cadetes. Se manejó como una situación de reducción de riesgo por el aumento de experiencia.

De Lois quería ganar terreno en el comando, en el que tenía mucho peso la figura del Director General. Por ello, muchos de sus partidarios actuaron como detractores de Gil. Argüían que él estaba fuera de lugar por su perfil. El Nexo instruyó a algunos de sus contactos clave para puntualizar algunas cosas: incidentes graves se presentaban con mayor frecuencia y se necesitaba de una fuerza mayor para contenerlos. Hubo una discusión importante y se sugirió que se instaurara una comisión de auditoría externa para las actividades del CDA.

Había un importante motivo por el cual el Director General consideraba peligrosa la presencia de una comisión externa indagando en esa área, así que, por medio de uno de sus colaboradores más leales y de mayor nivel, la doctora Selz, subdirectora del área de salud, pidió a la asamblea que aceptaran el incremento en la edad, y que concedieran un periodo de gracia de cuatro años (dos generaciones de graduados), para analizar las repercusiones de la medida. Así lo hicieron. Sin embargo, la permanencia de Mateo Gil al frente del CDA se cuestionó y quedó en entredicho. La decisión de mantenerlo o relevarlo era de la Dirección General; por ello, permanecería ahí, pero no por mucho tiempo.

La larguísima reunión concluyó y todos comenzaron a retirarse. Harry y Manuel volvieron juntos a la ciudad. El primero conducía.

—Increíble —dijo el Perico—. Hay buitres por todos lados hermano —exclamó contrariado.

—Lo sé, amigo.

—Es difícil prever el resultado de cualquier cosa ahí. Te juro que no hubiera apoyado la propuesta de sospechar que algo así pasaría. A los chicos les falta algo, caramba. Contacto los ve pelear, estar en riesgo. De verdad, no creo que haya querido dañar a Mateo, se ve que tiene mucha experiencia, sabe lo que se necesita.

—Ni te imaginas —dijo Harry—. ¿Sabría alguien lo de la pro-

puesta antes de hoy, además de nosotros?

—Quién sabe. Ese tal Nexo nunca me ha caído, es un cabrón  
—replicó.

— ¿Pero, alguien, además de nosotros, sabrá que ella tuvo que ver con esa idea?

—No creo, a fin de cuentas fue como un consenso de los tres.

El Perico le debía varios favores, además de la vida. Esto último, por partida doble. —¿No quieres que nadie se meta con ella, verdad? Uhh, tiene una linda defensa —y sonrió pícaro, guiñando un ojo. Con esa expresión, aquel enorme hombre moreno de barba de candado y nariz aguileña resultaba muy cómico.

—Digo, no estoy ciego, hermano, pero esto es sólo un asunto oficial —replicó ruborizado, pero en el mismo tono amistoso del Perico.

—Bien, no diré nada para que no se la coman. No estoy ciego —arremedó el Perico y rió a carcajadas, manoteando el tablero del vehículo.

Harry rió de manera discreta y después suspiró. Muy entristecido, reflexionaba: —Eso suena a algo que hubiéramos dicho en otros tiempos. Nunca será lo mismo.

—Lo siento, viejo —respondió Manuel, igual de triste, mientras le daba una palmada amistosa en el hombro con su enorme mano. Lo entendía mucho mejor de lo que Harry suponía.

### *Días antes de la asamblea, en la organización*

Contacto imaginó de forma correcta que el día de la asamblea la organización se volcaba por completo en llevar a cabo dicha actividad. Quería aprovechar el momento para buscar la última pieza que conocía de su rompecabezas.

—¿Tanaka, habrá forma de localizar un expediente de la organización? Tengo un número de control, ya te lo envié.

—No aparece en el sistema —respondió él.

Ella se sintió descorazonada.

—Sin embargo, los primeros caracteres indican que pertenece a la Dirección General.

—Eres un amor. Gracias, eso es todo.

—Fuera —exclamó él, exasperado.

Lo llamó de nueva cuenta.

—Te escucho —replicó.

—¿Dónde están los expedientes de la dirección?

—Los resguardan en el último piso del edificio central. En una bóveda.

—Gracias —contestó—. Un día de éstos te compraré algo.

—¡Fuera! —exclamó él.

La joven no pudo evitar sonreír. No sabía a ciencia cierta cómo haría aquello. La cajita fuerte de Di Maggio era una cosa, pero, ¿una bóveda? Aunque no conocía la Dirección General, adivinaba que resultaría demasiado ingenuo tratar de entrar allí como si nada.

Unos días antes de la asamblea, siguió los movimientos desde afuera de las ventanas del último piso. La torre tenía seis caras lisas de ventanas, sin salientes ni nada de lo que pudiera sujetarse, así que con una cuerda de alpinismo que había en el CDA y que ató a diferentes partes del techo, se colgó de cabeza varias veces, siempre con la precaución de no ser captada por las cámaras exteriores. Sólo la línea enredada estratégicamente a su cuerpo y algunos nudos se interponían entre ella y una caída libre de cuarenta y cinco pisos, pues no llevaba un arnés. Las alturas ya no le provocaban vértigo, como cuando comenzaba a aprender a usar sus nuevas capacidades físicas, en la universidad. Utilizó técnicas aprendidas en

la capacitación que, en aquel entonces, le dio la organización y que ahora usaba para espiar a quienes ahí trabajaban.

Pudo observar los movimientos de todo el personal del piso. Incluso, vio trabajar al Director General en su despacho. Estuvo cerca de ser descubierta un par de veces, pero logró pasar desapercibida, *parándose* de forma perpendicular a la ventana, sujeta de la cuerda. Ubicó las cámaras internas. Asimismo y gracias a los reflejos sobre diversos objetos, pudo localizar la puerta de la bóveda de los documentos. Cada empleado con acceso tenía un código diferente, pero su increíble vista le permitió distinguir algunos desde donde estaba. Asumió que llevarían el registro de quién la abría y cuándo. Quizás el problema no sería entrar, sino salir, si también poseía un control interno. Tendría que arriesgarse. «¿Cómo podrían *despedirme* de la organización si me encuentran, cuando estoy siendo encubierta por la institución?» se dijo.

### *En la Dirección General, la tarde de la asamblea*

Aguardó hasta el día de la asamblea para intentarlo. Era tarde, pero la sesión aún no terminaba. Se veía a poca gente en el lugar. Alguien acababa de entrar y salir del archivo con un expediente. Aunque parecía que debía ir hasta la planta baja para subir a la Dirección, encontró una ventila en el piso cuarenta y cinco. Ir desde ahí hasta el área de oficinas no fue problema. El asunto es que debía ocultarse del personal y de las cámaras. Llegó sin ser vista hasta un pasillo desde el que alcanzaba ver la entrada de la bóveda. Un empleado digitó el código.

Ella estaba en una esquina en una posición acrobática, donde había un diminuto punto ciego bajo la cámara. La persona entró. «Última posibilidad de arrepentirse» pensó. Si no lograba salir,

estaría atrapada toda la noche: el tiempo suficiente para pensar en una explicación que resultara algo creíble.

Vestía el traje sin nada encima y portaba el casco, que además resultaba de un aerodinamismo inmejorable. El empleado salió. Cruzó los 15 metros del pasillo en un complicado movimiento sesgado, el cual incluyó deslizarse al final para alcanzar la puerta. Una vez que estuvo en el interior, ésta se cerró. Por fortuna, parecía que sí podría salir. Adentro, los libreros retráctiles tenían otro panel de códigos. La mujer usó el DDC por si había rastros térmicos. Ahí estaban, casi nulos. Ese casco era una maravilla. Incluso el tono al enfriarse le indicaba el orden en el que los habían presionado. Digitó los números y los libreros se abrieron.

Era tarde, pero eso no garantizaba que no pudiera entrar alguien más. Buscó por número. No parecía seguir un consecutivo. Era un archivo inmenso. Comenzó a revisar carpeta por carpeta. Le tomaría una incontable cantidad de años verlos todos. Lástima. Dudaba que resguardaran evidencia impresa del proyecto en aquel lugar, pero seguro sí los archivos relacionados con la desaparición de Andrea. Después reflexionó acerca del método de archivo. Comprendió que los legajos estaban organizados por fecha, por lo que no era posible que el expediente 111120682280 siguiera esa lógica. En todos los demás que revisó, si el 1111 era la clave del archivo, los demás dígitos debían corresponder al día, mes y año. Tenía muy clara en su memoria el día en la que todo aquello había comenzado, meses antes de la muerte del doctor. Recordó la seriedad con la que él les explicó lo que haría con la organización. En su memoria retenía los detalles.

Rememoró lo ansiosas que se sintieron ella y Andrea por conocer el resultado de la primera reunión del doctor con el Director General. Y había otro evento importante: el día en que firmaron el acuerdo. Buscó por las dos fechas. No encontró nada con el pri-

mer dato, pero tuvo suerte con el segundo. En ese sitio estaba una carpeta que contenía el documento original firmado por el doctor Di Maggio y el director. Éste resultaba de vital importancia para el proyecto y, al mismo tiempo, implicaba un gran riesgo para todos los participantes. La firma del doctor Alessandro le provocó una inmensa nostalgia. Adentro, en un sobre cerrado con una especie de lacre, se encontraba el expediente 111120682280. Estaba a punto de abrirlo, cuando escuchó el control de la puerta activarse. Devolvió la carpeta con todo el contenido a su lugar. Los archiveros estaban desplegados, fue hasta el último y se ocultó detrás. Una empleada entró y se quedó en la puerta, contrariada. Dio media vuelta y salió de prisa. Contacto suponía bien: había ido por apoyo de seguridad. Imaginó a alguno de los hombres del CDA encontrándola ahí, y la cara que pondría Harry. Tenía que emprender la retirada de inmediato.

Salir resultó más fácil que entrar, máxime por la prisa. Las luces de los pasillos nunca se apagaban. Se valió de una técnica curiosa al pasar frente a la cámara, a gran velocidad: dirigió la potente lámpara externa del casco hacia a la lente, para que se viera un destello cuando pasara. Todo era una cuestión de precisión.

### *El día siguiente a la asamblea semestral en casa de Di Maggio*

Contacto estaba lejos de imaginar la turbulencia de la asamblea; se encontraba determinada a hacer lo correcto, aunque aquello implicara encontrarse con Di Maggio y sus reproches. Por ello, fue a verlo. Tenía que contarle lo ocurrido hacía poco, pero no le comentaría sobre su visita a la dirección. La puerta del despacho estaba entreabierta. Aguardó en silencio en la entrada. El hombre estaba ahí con Helena, bebiendo. La mujer de negro permaneció

cerca de la monumental escalera que conducía del vestíbulo de doble altura a la planta alta, escuchando con todo sigilo. La rubia trataba de seducir a Giorgio; le hacía insinuaciones, lo halagaba. Él respondía muy poco y de mala gana. Aquello tomaría un tiempo, sobre todo si él cedía. Tenía que hablar con él, debía contarle sobre la persona que la había seguido, por si algo más ocurría. Así que salió de la casa y esperó.

Transcurrió un par de horas. Las luces de la entrada de la casa se encendieron. Se aproximó al frente y vio salir a Helena dando fuertes pasos con los tacones sobre las lozas del pórtico. La princesa montó su carroza; el príncipe seguiría tomando. Era el momento de abordarlo. Parecía que Helena no le interesaba. Tal vez nadie le importaba. Entró de nuevo y tocó la puerta del despacho que seguía abierta. Él volteó con desdén y un rostro más pálido que de costumbre.

—Nadie te invitó a pasar —dijo él con sequedad.

—¿Puedo? —preguntó.

Él refunfuñó.

—Será breve —expuso la joven.

—Eso espero —respondió el hombre, vestido con una pijama de seda azul rey, la misma con la que lo encontró la noche que “abrieron” la caja fuerte, y una bata negra con filos plateados. Sin duda Helena lo había sacado de la cama, pero no logró hacer que volviera allí con ella.

—Espías —masculló.

Entró y se sentó en la enorme silla, frente al escritorio.

—Con todo respeto, no me interesa indagar en tu vida personal— aclaró y pensó —“el día de hoy no, al menos”—. Debo decirte algo. Me ha seguido una mujer.

Él viró un poco y la observó de lado. Se ahorró el comentario sarcástico porque estaba agotado.



—Desde la organización.

Comenzó a describirla. El hombre la observó en silencio. —Luchamos. Me apuntó con un arma. La seguí pero me eludió. Está muy bien entrenada. Es extraña, un poco alta, cabello corto, muy negro, ojos muy pintados. Parece que no tiene emociones.

—¿Es todo? —preguntó el hombre.

—Sí. Tenía que decírtelo.

Él permaneció un rato con la vista clavada en la nada.

—Bien. Ya vete.

Ella, que no esperaba nada más, se levantó y desapareció en silencio. Él se lo comunicaría al Director General.

«Que otros la fastidien cuando no lo hago yo» pensó. Había retomado la botella de whiskey.



# LO INCONTROLABLE

## CAPÍTULO 23

### **Seis meses y una semana desde la desaparición de Andrea**

*En el despacho del Director General*

La dirección de la OINDAH tenía una ventana enorme con vista al mar, ubicada en el lado oeste del edificio central.

—Me alegro de que hayas podido venir, Giorgio —dijo el anciano sureño. Aún lo veía como el chiquillo pálido y debilucho de ojos azules que vagaba por la casa de su padre en alguna reunión social.

—Usted sabe que no siempre me es posible, por mi condición —respondió con su profunda voz.

—Entonces, tenemos una situación con nuestro sujeto de prueba —replicó el director.

Él tenía toda la información de lo ocurrido; sabía de la sugerencia de Contacto a la directiva del CDA en relación con el incremento de la edad de los cadetes, la cual fue expuesta por Mateo Gil a la asamblea. Asimismo, conocía a detalle toda la información que solicitó al puente, cada una de sus incursiones. Ahora el hijo del doctor le informaba del encuentro con la *Pesadilla*. Sabía bien quién era.

—Es hora de cambiar un poco la estrategia con nuestro sujeto de prueba, como lo habíamos previsto —aseveró mirando detrás de sus gruesas gafas.

Su interlocutor esperaba ese momento.

—De acuerdo —respondió con su grave voz.

—Sobre el otro asunto... — comenzó a decir el director — la versión oficial será inconclusa, pero sabemos por nuestras fuentes que no representa peligro para el proyecto.

—¿Oficial? —clamó Di Maggio.

—Sí. Debemos dejarla ir —comentó el anciano.

### *En el club subterráneo*

Contacto quería contarle a Harry en privado lo ocurrido con la mujer que la siguió. Confiaba más en él que en Di Maggio, pero fue necesario informarle a éste primero. La actividad del CDA fue muy intensa durante los días que siguieron a su extraño encuentro, debido a que esa instancia se encargaba de la seguridad de la asamblea, por lo que no había podido hablar con el comandante del CDA a solas. La mujer de negro ospechó que lo encontraría en el bar del centro en su primer día libre en semanas. Ella entró y lo observó tocar, desde lejos.

Él no la había visto. A la mitad de la presentación, sus miradas se cruzaron. La música se intensificó, se volvió muy apasionada. Fue como si toda la gente desapareciera, como si una corriente eléctrica los hubiera enlazado. Cuando terminó, la sorprendida concurrencia vitoreó al hombre durante largos minutos. Él había bebido algunas copas antes de subirse al escenario. A señas acordaron encontrarse afuera. Caminaron despacio por las calles semivacías, bajo el oscuro cielo. Casi no hablaron, como si no quisieran

romper el extraño hechizo del excepcional momento con una conversación trivial.

Llegaron al departamento del hombre. Abrió la puerta y se quedó de pie en el umbral. Se observaban serios, reservados. Contacto sintió que no era el momento de contarle lo ocurrido. Era tarde, tenían que trabajar al día siguiente. Iban a despedirse. Él giró un poco la cabeza, despacio. Sus bocas se detuvieron a unos milímetros. La joven se quedó estupefacta. Inspiró aliviada, aunque triste de que él hubiera cambiado de opinión. Un instante después la sujetó de la nuca con suavidad y la besó lentamente. Ella le correspondió. Cerró los ojos y sintió que una ola de calor le recorría el cuerpo, como si se hubiera descongelado de forma repentina y después cayera por una cascada arrastrada por la corriente. Fue un beso dulce y delicado, con profunda ternura, tan suave, tan perfecto.

Transcurrió un segundo infinito.

Ambos se vieron a los ojos después. Ella despertó de la quimera, para recordar que esa era la misma boca que en algún momento besó su Andrea. Los ojos abiertos de par en par se le llenaron de lágrimas. Sus emociones la abrasaron. Se hizo hacia atrás, confundida, perdida entre el dolor de sus recuerdos y la sorpresa de descubrir que aquello había comenzado tiempo atrás; arrasada por el peso enorme de su deber, su necesidad profunda de no perder su humanidad, cada vez más lejana, y el vehemente deseo de que aquel instante no hubiera terminado jamás. Trató de sonreírle, pero los labios le temblaban. Toda ella temblaba.

—Tengo que irme —dijo intentando ser ecuánime—. Hablaremos pronto, ¿sí?

Quería abrazarlo. No obstante, tenía que salir, necesitaba escapar. El hombre le dirigió una melancólica mirada. Lo tocó un poco en el hombro, con la mano temblorosa.

—Volveré, hablaremos —logró decir mientras salía de prisa.

Bajó por las escaleras dando saltos. Salió del edificio y huyó. Por horas se lanzó de techo en techo, recorriendo decenas de kilómetros. No quería pensar, pero, al mismo tiempo, trataba de entender, de llegar a un acuerdo imposible entre su corazón y su cabeza. Corría con rapidez, como si terribles monstruos la persiguieran: su deber, sus emociones, el fantasma de Andrea...

### *En la mansión, esa noche*

*Invertir la estrategia* le daría a Giorgio Di Maggio la oportunidad excepcional de cumplir con su deseo. Había acariciado el anhelo de destruir todo lo que su padre amó. Despacio, sin prisa. Aquello le causaba un placer indescriptible: oscuro y profundo, como su soledad, como su desprecio. Para él, Andrea había sido diferente. Las circunstancias la habían arrastrado ahí. Y se fue, como todo lo bello y lo puro en su vida, como sabía que se esfumaría todo lo demás. Pero mientras eso sucedía, cumplir con su venganza era lo que necesitaba para abrir los ojos un día más.

# DE LOIS

## CAPÍTULO 24

### **Seis meses y tres semanas desde la desaparición de Andrea**

*En la organización*

La situación en el CDA no era amable. En varias áreas de la OINDAH se desató la polémica en torno a la actuación de Mateo Gil frente a los caballos. El balance general no era positivo. A pesar de la eficiente coordinación, siempre quedaban dudas relacionadas con su capacidad para manejar el aspecto operativo. Gil tomó la decisión de abandonar el cargo temporalmente y ceder la dirección de forma interina a su subdirector académico, Manuel, a quien todos llamaban el Perico. Hubiese querido entregársela a Harry, pero era muy necesario en su puesto y se encontraba demasiado ocupado en él como para encargarse de ello.

Contacto no veía al chico desde esa noche, un par de días atrás. Lo estaba eludiendo. Se enteró de los cambios administrativos por los cadetes, pero estaba luchando su propia guerra en ese momento. Había optado por saltar entre los edificios y correr por horas, hasta que se le acababa la ciudad. Se lanzaba de un lado a otro y volvía a casa al amanecer. Decidió hablar con Mateo. Fue a la or-

ganización a buscarlo por la mañana y una vez que lo encontró, le salió al paso con el DDC bajo el brazo.

—¡Hija, me asustas! —exclamó.

—Tengo que hablar con usted. Estoy muy apenada, de verdad. Nunca imaginé que algo así pudiera provocar semejante caos.

—Sabes, los cambios son buenos. Dejaremos que las aguas se nivelen.

—Quizá soy demasiado ingenua. Lo lamento mucho, en serio. Si cualquiera de nosotros hubiera podido preverlo...

—Hay mucha gente con intereses diversos en la OINDAH. Quizá fue un mal tiempo para hacer la propuesta, pero es algo que ya habíamos considerado en algún otro momento. Ahora tenemos gente nueva de otros bandos muy cerca —susurró refiriéndose al Nexo—. Sin embargo, la asamblea aceptó la propuesta. Estoy seguro de que es lo correcto.

Salían del lugar, en dirección al inmenso vestíbulo, cuando una comitiva de más de diez personas pasó junto a ellos.

—¡Mateo! —exclamó estrepitosamente un hombre de ojos claros, blondo y rubicundo, que iba en el centro.

—Alex —respondió Gil con un saludo de mano.

Ambos se dieron palmadas en las respectivas espaldas, un clásico saludo político.

—Una pena. Dime si puedo hacer algo —dijo el hombre, con aparente sinceridad.

Contacto se quedó un poco atrás, pero no lo perdió de vista. Percibió de pronto un aroma. Alguno de los integrantes de la comitiva había estado en el departamento de Helena. La carísima colonia llegó a su fino olfato, con las notas del olor característico de un individuo particular. Estaba profundamente concentrada, tratando de descifrar a cual de aquellos pertenecía el olor, cuando el hombre dirigió su atención hacia ella:



—Veo que estás acompañado —dijo De Lois, refiriéndose a la mujer de negro.

Mateo no tuvo más remedio que presentarlos.

—Ven, hija. Ella es Contacto —aclaró.

La joven se acercó y le extendió la mano al hombre, quien la jaló un poco para que se besaran en las mejillas. El aroma la obnubiló. Era él quien había estado con la rubia. Trató de sonreír con cortesía, pero algo en él que no le gustaba para nada.

—Alex de Lois —exclamó él con presunción.

Aunque la observó de manera superficial, sin duda reconocía el uniforme. Como tenía prisa, se despidió y continuó su marcha, perseguido por el grupo. Entonces, ella recordó que Harry lo mencionó alguna vez, cuando le contó que el Nexo era su protegido.

—Ah —suspiró Mateo. —La política es terrible.

La mujer lo observó inquisitivamente.

—Verás, el señor subdirector tiene a su cargo la rama jurídica de esta institución y ha trabajado mucho para que todo sea como a él le conviene. Pero dejémoslo así, estoy hablando de más.

—¿Cree que haya tenido que ver con lo que sucedió en la asamblea? —preguntó ella sin rodeos.

—Haría lo que fuera para afectar la imagen del Director General. Eso nos ha quedado muy claro desde hace tiempo.

—Le pido que disculpe mi ignorancia, pero, ¿por qué quería hacer eso?

—Quiere ser director —respondió con cierta picardía—. Cualquier cosa puede ser usada en tu contra, recuerda eso. Y ya hablé demasiado —afirmó mientras se despedía ceremoniosamente.

Ella tuvo una idea cuando se dirigía a su casa.

—Puente —llamó la mujer un poco más tarde.

—Aquí, Tanaka, cambio.

—Debo saber algo sobre un empleado de la organización.

—¿Cuál es su cargo? —preguntó.

—Tengo el nombre. Helena Rige. Helena con hache.

—Un momento, por favor —pasaron unos minutos—. Te acabo de enviar su expediente —repuso el operador.

Ella lo descargó en el DDC, para consultarlo de manera extensiva.

—Su único trabajo actual es ser asistente ejecutiva particular, ¿no es cierto?

—Sí. Ha estado trabajando de tiempo completo con Giorgio Di Maggio, desde hace casi un año.

—¿Antes de eso a qué se dedicaba?

—Trabajaba en la Coordinación reglamentaria.

—¿De casualidad esa oficina depende de la Subdirección Jurídica de la organización?

—Sí, directamente. El nombre oficial del área es Subdirección de Legislación Internacional y Derechos Sociales por las ONG que reúne, pero también tiene bajo su cargo la reglamentación interna de la OINDAH. Quizá te sirva el organigrama, también te lo estoy enviando —aseveró.

Cada cambio de puesto supuso un ascenso. La única excepción, en la que parecía que la rubia había descendido hasta la base del escalafón consistía en ser asistente de Di Maggio.

—¿Ella aplicó para este trabajo? —preguntó a Tanaka.

—Sí, debió postularse; no obstante, fue designada.

—¿Por quién?

—No lo indican los registros. Tal vez fue la Dirección General.

Contacto revisó su escolaridad. Tenía una licenciatura en Derecho y Finanzas, con especialidad en Administración. No parecía haber hecho nada mal, como para que la mandaran a encerrarse con su amargado jefe actual, lo cual, pensaba, que debía ser una especie de castigo. Tal vez siguió ese camino por razones personales. O quizás tendría también otros motivos..

# EN EL BORDE

## CAPÍTULO 25

### **Siete meses desde la desaparición de Andrea**

*En la mansión de Di Maggio*

Contacto recibió con extrañeza la llamada de Giorgio, pero aprovecharía para hablar con él, aun cuando la ignorara y la echara de su casa. No quería ver a Harry, se resistía, a pesar de que todavía era la única persona en la que confiaba. Pensó varios días en la información que le había enviado Tanaka. Anocheceó cuando llegó a la mansión. Había dejado el DDC en su departamento, pues no tenía sentido andarlo cargando si no saldría esa noche con los caballos. La recibió la señora Mary y tocó en el despacho.

—Pasa —dijo él en voz alta.

La chimenea estaba encendida. A pesar de que el whiskey, el sillón y el escritorio eran su ambiente cotidiano, era un hombre pulcro. Para ella, el aroma que le remitía a Di Maggio era una mezcla de lavanda, cuero, maderas preciosas y alcohol. Bebía cada vez más. Afortunadamente para el fino olfato de la mujer, el tipo no fumaba.

—Tengo algo importante que decirte —dijo.

—Yo también —respondió él, helado.

—Es sobre Helena —se apresuró a sabiendas de que no la deja-

ría hablar—. Sospecho que le ha dado información del proyecto a Alex De Lois.

—¿De qué estás hablando? —expresó con sequedad. La observaba receloso.

—Él ha estado en su casa muchas veces, pudo hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—La seguí, he estado en su departamento. Ahí todo huele a De Lois. Me lo presentaron el otro día en la organización, estoy completamente segura que era su aroma. No debes confiar en ella.

—¿No crees que sería muy estúpido que la organización me la hubiera enviado si no fuera una persona confiable?

—No lo sé —replicó—. Y para ser sincera no sé si sea prudente confiar de manera ciega en la organización.

Él permaneció un momento con el ceño fruncido, pensando. Sus ojos se movían como si repasara lo que la mujer le acababa de decir.

—Especulaciones —replicó finalmente, con voz muy grave—. Tú y tus correrías han terminado en algún callejón sin salida. Tú pretendes venir a decirme, a mí, en quién debo confiar —bramó el hombre secamente, a pesar de que él tampoco confiaba en nadie realmente. Pero jamás hubiera imaginado que Helena estuviera vinculada con De Lois de alguna manera.

No era lo que él decía, era su forma de hacerlo. Podía hacer palidecer a cualquiera, su mente era ágil y sus palabras crueles. El resto era inexpugnable.

—Tú te diriges siempre al precipicio —masculló—. Pero ahora tengo una noticia que darte.

Los grandes ojos de la chica destellaban. Él la observó con profunda seriedad.

—Te has entrometido en asuntos y lugares que no te incumben. El Director y yo hemos tomado una decisión respecto a ti. Estás

suspendida definitivamente de la organización, Contacto —dijo—. No te quieren allí. Has ido demasiado lejos —susurró—. Serás sólo el conejillo de indias del proyecto cuando te lo pidan, pero estarás por tu cuenta a partir de este momento —masculló. Deseaba profundamente destruirla, saborear su frustración.

—Tienen razón —respondió ella con tranquilidad.

No era la reacción que él esperaba.

—Entré al archivo de la Dirección General sin permiso, omití órdenes, abrimos tu caja fuerte...

Él estaba perplejo, pero no movió ni un músculo.

«¿Abrimos?» pensó.

—Hice todo eso porque creo que es lo correcto. Necesito saber qué le pasó a Andrea. Debo recuperar la placa, creo que las dos juntas podrían decirnos cómo producir el suero. Pueden hacer conmigo lo que quieran, no importa. Esto no es por mí. Temeré siempre que la sustancia no pueda sintetizarse otra vez. Donde esté y pase lo que pase, siempre lucharé para que la entrega se lleve a cabo.

—Lo que hagas no es asunto mío —dijo él sin ninguna expresión, como si no hubiera escuchado nada.

—Es más asunto tuyo que de nadie —replicó ella, con amargura—. Tú tenías que decidir. En tus manos está el futuro. Tu padre no podía estar más equivocado; estaba seguro de que harías lo correcto.

—No me interesa —dijo el hombre, deslizando sus palabras como un bisturí.

—Ojalá no te arrepientas después.

Él apartó la mirada un momento. Todo aquello tenía la finalidad de proteger el proyecto y la secrecía de la mujer, al alejarla del peligro. Uno que ella desconocía. Él pudo decirle que la organización seguiría respaldándola bajo la mesa, es decir, lo que en realidad acordó con el Director General. Sin embargo, Di Maggio tenía

un propósito muy diferente. Con esa bofetada estaba cerrando un asunto que no lo dejaba en paz. Deseaba profundamente vengarse de todo lo que quedaba de su progenitor.

—A veces me pregunto si Andrea murió por esta causa. Si su deceso habrá sido en vano —dijo la mujer.

—Ella está muerta, igual que mi padre —replicó—. Gran causa. Parece que quieres contribuir como ellos. Nadie necesita ni tus ideales ni tu interés de salvar al mundo. Les estorbas en la organización —dijo con desprecio.

—No importa —respondió ella—. No sabes cómo deseaba poner todo en tus manos, entregarte lo que tu padre te heredó. Se lo prometí. Le fallé al doctor, a mi amiga y a ti. Lo siento mucho, de verdad.

Dio media vuelta para retirarse.

Él esperaba que ella clamara, que gritara, que lo aborreciera tanto como él creía odiarla, pero esas palabras tocaron alguna fibra oculta dentro de él.

—Mentiría si te dijera que no quería que esto terminara así. No siempre fui un monstruo —musitó.

Ella volteó a verlo y permaneció de pie a la mitad del salón.

—No eres un monstruo. Eres el hijo de mi mentor, eras el protector de mi amiga. Eso eres para mí —replicó, sintiendo una profunda tristeza por él.

—Vete o terminarás como ella. Aún estaría aquí de no ser por mí —susurró el hombre—. Ese infeliz. Todo ha sido por él, ese soplón, ese caballo, ese... —bramó como pensando en voz alta, con rabia—. Vete ya.

Ella dio media vuelta y salió del salón. El hombre pálido estaba profundamente cansado. Ya no podía más, nada más importaba. Ya no quería luchar contra sí mismo. Se había dado por vencido.

La de negro no comprendía la decisión del Director General. La responsabilidad de cargar con la sustancia en sus venas le angustiaba más que nunca. No podía pedir ayuda a nadie en la organización. Sin embargo, aún tenía una última carta bajo la manga. O, mejor dicho, colgada del cuello. Debía encontrar la otra placa. Dejó la chamarra deportiva en un árbol en el jardín de la mansión y se alejó para buscar un sitio alto, protegido del viento que sopla en las alturas de los edificios, para poder meditarlo en paz.

Habían pasado ya más de seis meses desde la partida de Andrea. Sin duda, tanto ella como Di Maggio esperaron que estuviera viva, pero la esperanza se había desvanecido. Tal vez él tenía razón, quizás ella era una persona estúpida y peligrosa, que actuaba sin pensar; alguien que omitía las restricciones, que sobrepasaba los límites. Recordó aquella noche en la que abrió la caja fuerte. La fuga de información parecía consistir en la revelación de que había un documento legal sobre la existencia del proyecto. Pensó en el área jurídica de la organización. ¿Y si Helena sabía algo sobre el documento y se lo hubiera dicho a De Lois? Quizá éste buscaba obtenerlo para exponer al director, pero estaba en la bóveda de la Dirección, y no le resultaría fácil encontrarlo. Además, Giorgio pensaba que Harry era un traidor, incluso lo había llamado soplón. Sin embargo, ¿a quién se lo pudo haber contado Harry y para qué? La rubia sí tenía a quién. Si la información se filtró por culpa de Di Maggio o de Andrea, debió ser por medio de Helena o de Harry. Obviamente, el hombre amargado pensó en Harry, pues resultaba más sencillo que tener que aceptar alguna responsabilidad en el asunto —reflexionó ella—. Aunque en realidad, no fue tan difícil obtener información en su casa.

Poco antes de morir, su amiga le dijo que estaría dispuesta a sacrificar su vida por cualquiera de esos dos hombres. Contacto sonrió con amargura.

«Murió por salvar a Harry, pero Di Maggio parece sentirse culpable». Entonces, lo pensó mejor. «¿Parece sentirse? ¿Por qué?»- Quizá muy dentro de él sospechaba que la fuga se había debido a Helena, que trabajaba para él, en su casa, por lo que había sido su responsabilidad, o...

Ella comenzó a recordar: la tarde en la bodega del muelle, cuando el hombre huyó de allí; pensó en las hojas gastadas del informe del incidente, que él debió leer cien veces; recordó sus fatídicas palabras: «Vete o terminarás como Andrea. Aún estaría aquí de no ser por mi».

Trató de imaginar de qué podría ser capaz Giorgio para salvar a Andrea de una posible fuga de información que la vinculara con el proyecto. Y a sí mismo. Sabía muy bien que su amiga trataría de proteger a Harry, era su vida. De pronto se sintió muy incómoda. El corazón le latía con vehemencia. Di Maggio acusaba a Harry de ser un soplón, pero se sentía culpable. Si creía que fue Harry quien había hablado de más, ¿Giorgio sería capaz de intentar quitarlo de en medio? La imagen de la pistola en la caja fuerte llegó de forma repentina a su memoria. Tenía que volver a esa casa y preguntarle si la usó aquella noche. Nada perdía con confrontarlo. Tenía una corazonada. Debía volver en ese momento.

Se dirigió a la mansión a una velocidad desmesurada. Le tomó como media hora volver. Saltó la barda y recorrió deprisa el jardín. Necesitaba saberlo, si él estuvo involucrado, tendría que decírselo, no tenían nada que perder. Entró a la casa por la puerta principal. La alarma no había sido activada esa noche. El despacho estaba vacío. Subió por la inmensa escalera. Él tampoco se encontraba en su habitación. Dio media vuelta para salir de la casa, pero de pronto sintió una corriente de aire frío. La siguió hasta una portilla abierta que daba al techo, en la cuarta planta. Se dirigió hacia ella y asomó la cabeza. Sobre la losa con ligero declive, estaba tirada la



gabardina, y más allá, una botella vacía. La loza se extendía unos 15 metros. Estaba oscuro, pero a lo lejos se alcanzaban a ver las luces del jardín. Al final del edificio, detrás de una fila de curvas y puntiagudas protecciones de herrería, sobre una cornisa de escasos 20 centímetros, estaba Di Maggio de pie, viendo hacia abajo.

Ella estuvo segura entonces.

Corrió velozmente para alcanzar el borde. Justo en ese momento, sin que se percatara de su llegada, el hombre se dejó caer al vacío con los pies por delante. Ella lo vio todo como en cámara lenta. Cada movimiento. Calculó el espacio entre las barras en fracciones de segundo. Fue la forma más certera: se lanzó con los brazos extendidos para atraparlo en el aire, y cayó con un golpe seco. Él no sabía qué estaba sucediendo, pero poco después supo que ella estaba ahí. La mujer logró pasar un brazo y el cuello entre las protecciones, pero una de las flechas de metal le atravesó limpiamente el otro hombro, debido a que la corta distancia entre las barras de metal no le permitió hacer otra cosa. A pesar de ello, sostenía al enorme tipo con ambos brazos, con suficiente fuerza como para que no cayera. Él volteó hacia abajo, colgaba sobre el vacío, cuatro pisos sobre el nivel del suelo, con los brazos de Contacto rodeándolo el pecho; ella estaba boca abajo en la orilla, sosteniéndolo. Tenía miedo de no lograr subirlo. Su sangre comenzaba a manchar la fina camisa del hombre.

—Escúchame —le dijo, gritando contra el viento—, necesito que me ayudes.

Pasó un momento eterno hasta que él vociferó con amargura:

—¡Déjame!—. Estaba confundido: «¿Cómo carajo llegó ahí? Salió de la nada».

—¡Por favor, ayúdame! —suplicó ella.

Necesitaba que cooperara para poder ponerlo del lado seguro. En la cabeza de Giorgio resonaron esas palabras. Era como si estu-

viera escuchando la voz suplicante de Laura Esther dentro del auto volcado, prensada como él entre fierros retorcidos.

—¡Vamos, sube! —exclamó.

El hombre, aturdido y alcoholizado, se sujetó de una de las protecciones contiguas y comenzó a trepar de vuelta, halado por ella, que seguía con el pecho sobre la loza. Lo soltó hasta que hubo pasado de su lado. Él se sentó un momento, pero, casi de inmediato, se volteó en dirección contraria y postrado de hinojos, comenzó a vomitar. Un poco más tarde, cuando todo estuvo en silencio, ella le preguntó:

—¿Estás bien?

Él respiraba agitado. —Sí —respondió, mientras se sentaba e intentaba limpiarse el rostro con un pañuelo que traía en la bolsa del pantalón. —Quítate de ahí —dijo con la voz entrecortada. Tardó un momento en darse cuenta de lo que había sucedido. —Estás...

—¿Para qué rayos pusieron esto aquí? —clamó ella—. ¡No creo que nadie más intente entrar a la casa escalando cuatro pisos!

Él se acercó y trató de levantarla, deslizándola hacia arriba por la barra de metal.

—¡No! —gritó ella tratando de controlar el dolor—. Hay que cortar la varilla. —le explicó. En la punta tenía una flecha metálica que no saldría como había entrado. Él se levantó y fue por la gabardina. Volvió con ella y se la puso encima.

—No tardo —dijo roncamente.

—No iré a ninguna parte —exclamó la mujer.

Ya casi había detenido la hemorragia, pero era eso o evitar el dolor. Podía controlar muchas cosas en su cuerpo, pero no siempre al mismo tiempo.

Él bajó de manera tan precipitada por la escalera que, por un momento, se olvidó de su rodilla, del intento de suicidio y de su rencor. En su mente tenía la angustiante imagen de Laura Esther,

herida. Seguía escuchando en su cabeza la voz del pasado clamando por auxilio.

—¡Aurelio! ¡Aurelio! —gritó. Entró repentinamente a la habitación del chofer, quien, de inmediato, encendió la luz.

—¿Qué pasa señor? —respondió éste desde la cama.

—¡Levántate, es una emergencia!

El empleado, desorientado y somnoliento, se aterró cuando vio la sangre en la camisa de su patrón.

—¡Necesitamos cortar una varilla! —espetó.

Aurelio se levantó sin hacer preguntas y fue a buscar algo para hacer lo que le pedían, a pesar de que temía que su jefe hubiera hecho algo terrible: había estado muy ebrio.

—¡Te espero en el techo del ala este, por la portilla del cuarto piso! —Le gritó, mientras subía a zancadas la escalera.

En su marcha, tomó la carpeta de una mesa que estaba en un pasillo. El objeto que estaba sobre ella rodó por el suelo.

—Pensé que no regresarías —dijo Contacto con cierta seriedad.

Él se agachó sobre ella y presionó alrededor de la herida con el mantelillo. No sabía qué decir.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó él.

—Llamémosle suerte —respondió.

—¿Por qué volviste? —insistió.

—Estamos aquí solos, nadie va a juzgar a nadie. Lo que le pasó a Andrea, fuiste tú, fue un error. Ibas por Harry. Pensaste que la fuga de información había sido de su parte —dijo, al tiempo que lo sujetaba del brazo, pues temía que quisiera saltar otra vez.

Él no respondió.

—No te culpo, yo también hubiera hecho lo que fuera por ella. Y si saltó frente a la bala fue su decisión, no la tuya.

El silencio del hombre y su expresión desencajada seguían confirmando su sospecha.

Permanecieron callados hasta que llegó Aurelio. Cuando los vio, se sorprendió mucho de que la mujer estuviera ahí a esa hora, tirada sobre el techo, atravesada por la barra de metal.

La levantó un poco y el chofer tomó la pinza corta pernos para quitar, primero, la parte superior de la varilla, donde sobresalía la flecha. Fue difícil. Giorgio sostenía la barra. Cuando lo lograron, pensaron en deslizarla hacia arriba, pero temían que se desangrara. Entonces, cortaron por abajo, dejando un trozo de metal como de 30 centímetros en su hombro. La joven les ayudó a cerrar la pinza para efectuar el corte con su mano disponible.

Aunque intentaron levantarla, lo hizo sola. Di Maggio le colgó la gabardina del lado izquierdo y la rodeó por la espalda con el brazo, mientras sostenía el suyo para que no jalara el hombro atravesado.

Ella se aferró a él como para seguir deteniéndolo. Temblaba al pensar que pudo haber muerto. Quería demostrarle lo mucho que lamentaba que sufriera tanto como para haber estado a punto de hacer eso.

—Gracias —dijo la mujer.

Ese agradecimiento encerraba, al mismo tiempo, lo que hizo por ella y a lo que finalmente no logró hacer.

Él no respondió.

# LA OTRA CARA

## CAPÍTULO 26

### **Siete meses desde la desaparición de Andrea**

*Esa noche en casa de Harry*

Andrea le dolería toda la vida. A pesar de haber sido su pareja sólo durante algunos meses, se trataba de alguien excepcional, alguien que no tuvo miedo de querer a las personas, a pesar de los reveses del mundo. Harry se encontraba esperando. Tantas cosas se conjugaron para que aquello en lo que se encontraba pudiera suceder. Deseaba poder llegar muy lejos. La situación era compleja, pero sus emociones se desbordaban. No estaba al tanto de lo que pasaba esa misma noche. Siempre hay cosas que ocurren más allá de toda previsión.

*Tras el incidente en el techo de la mansión*

A las diez de la noche acudieron a un hospital privado, en el que también se pudiera pagar por la discreción. Di Maggio sabía que estaba obligado a ir a la OINDAH, donde tratarían a la mujer, pero decidió no hacerlo para evitar dar explicaciones comprometedoras.

De todos modos, ella aún creía que se habían deslindado. Él pensaría en algo que decirles después. Mientras era atendida, Contacto dejó en sus manos la cadena con las placas y la pequeña cruz que traía alrededor del cuello. En el nosocomio argumentaron que había tenido un accidente en motocicleta y que, al salir disparada a gran velocidad, se estrelló con la barra de metal. Así, la herida parecía bastante creíble. No pudieron cortar el elástico traje, así que lo sacaron estirándolo. De inmediato, removieron la barra mediante cirugía, por lo que tuvieron que utilizar anestesia. Atravesó limpiamente el músculo y ocasionó una luxación acromioclavicular. Los médicos pensaban que había tenido una suerte increíble, ya que además de eso, no existía daño neurovascular. Debieron cortar el final de la barra con una sierra, para evitar mayor daño al sacarla. Luego le inmovilizaron el brazo derecho con un vendaje de Velpeau.

Ella le explicó a Giorgio que había calculado la posición para procurar el menor daño al alcanzarlo. Él no lo creyó del todo. Trataron de internarla en el hospital, pero ambos se negaron y salieron de ahí lo más pronto posible. Di Maggio estaba seguro de que tendrían que presentarse en la organización para el tratamiento posterior. Por experiencia, sabía lo que implicaban las lesiones traumáticas. Ella decía que no sentía dolor. De cualquier forma, los analgésicos no le harían efecto. Tampoco la anestesia que usaron en la intervención, pero consideró que no era pertinente informárselo a los médicos.

Al salir, el alto hombre le puso la gabardina encima, pues sólo traía puesta una bata hospitalaria. El traje estaba cubierto de sangre seca. Subieron a la limusina y le pasó la mano sobre la espalda como para detenerla ya que estaba sentada en la orilla del asiento. Nunca se hubiera imaginado que ese lobo amargado pudiera sentir algo de compasión por nadie. Tal vez se sentía culpable. Al volver a

la mansión, en la madrugada, con ayuda de la señora Mary, ella se puso una playera que le quedó como un camión, unos boxers nuevos que estaban en el guardarropas de su patrón, y le indicaron que se recostara en la descomunal cama de la recámara principal, a la que llamaban la alcoba roja y que estaba casi de frente a la escalera.

La habitación era espaciosa y cálida, luminosa y clásica. En los muros se apreciaba un papel tapiz carmesí con motivos dorados. Había un espejo gigantesco en la pared del lado izquierdo. La cama tenía un medio dosel de tela color escarlata. A cada lado de ésta, dos enormes ventanas con pesadas cortinas daban vista al jardín. Del lado derecho, se hallaba una mesita con dos sillas estilo Luis XVI y al fondo una puerta, tras la cual se encontraba un enorme cuarto de baño forrado de mármol blanco. Esa habitación rara vez había sido ocupada en años. La de él era mucho más pequeña, y estaba al final del pasillo, decorada en negro.

—Duérmete —ordenó él.

—Como mande, señor —respondió. Aunque pensó decirle que, citando sus palabras, ya no era su problema.

Contacto durmió un par de horas. La incómoda sensación de ser observada la despertó cerca del amanecer, pero sólo encontró al hombre roncando en el otro extremo de la enorme cama, como a dos metros, sobre el fino cubrecama rojo. Aún traía puesta la ropa de la noche anterior. Se veía peor que ella y olía a cantina. Comenzó a dormitar de nuevo. Cuando volvió a abrir los ojos, ya era la una de la tarde. Todas esas horas que transcurrieron estuvo perdida en la inconsciencia, regenerándose.

Para ese momento él ya se había bañado, rasurado y tenía mucho mejor semblante. Le dolían las axilas, justo donde ella lo había sujetado. No imaginaba toda la fuerza que tenía una persona tan pequeña comparada con él. Recordó su súplica. Otros tantos recuerdos antiguos y dolorosos cruzaban por su mente. Tal vez

hubiera sido mejor morir en el accidente en el que se destrozó la rodilla derecha. Sin embargo, al comenzar a caer de la cornisa sintió terror de perecer. No quería volver a sentirse así. Además, durante el tiempo que Contacto durmió, algo muy importante había ocurrido.

La joven no permitió que le llevaran la comida a la habitación. Comentó que la herida era mucho menos grave de lo que parecía y que en unas horas estaría como nueva. Él lo dudaba. Aurelio le había contado a la señora Mary lo que sucedió, pero, como de costumbre, la señora creyó que exageraba. El comedor era como todo en esa casa: tenía una mesa para veinte comensales. Giorgio siempre se sentaba en la cabecera, a cuya espalda había una enorme ventana, con un delicado y abundante cortinaje. Por encima, colgaban dos bellos candelabros. Toda la mansión era cálida y acogedora, a excepción del vacío salón que hacía las veces de trinchera de su dueño.

La comida le supo gloriosa a Contacto, pero comenzó a tener problemas con el tercer plato: una gruesa pieza de carne. Al ama de llaves le pareció que era buena para que la chica recuperara el hierro perdido, pero no pensó en que debía cortarla. Mientras él comía la suya, la observaba pelear con el filete, de reajo. El ama de llaves se acercó y comenzó a decir:

—¿Quiere...?—, al tiempo que su patrón le lanzaba una mirada que ella interpretó de manera adecuada.

A Contacto la intimidaba la situación en la que se encontraba en la elegante residencia, pero tenía hambre, así que, con su mano disponible, levantó la carne con el tenedor y trató de comerla a mordidas. Hacía tanto tiempo que poseía capacidades superiores que se resistía a necesitar asistencia. Di Maggio no pudo evitar sonreír de lado al verla batallar con el trozo de res. Al final, aunque inconforme, desistió.



—¿Podría alguien ayudarme? —preguntó agobiada.

—Seguro —respondió él, seco, mientras se acercaba para cortar toda la pieza.

Ella podía darse cuenta de que algo había cambiado en él. No sabía por qué, pero le parecía que no sufría igual que antes.

A Di Maggio le gustaba sentir que tenía el control, y en ese momento estaban extrañamente relajados. Era como la sensación de un mar tranquilo después del mal tiempo. Contacto pensaba que la mala actitud del hombre era un ardid para alejar a los incautos, siempre lo sospechó. Seguramente lo hirieron y sufrió al grado de perder el interés por la vida, lo que lo llevó a pertrecharse detrás de su escritorio.

Él llamó a la organización para darle a Helena unos días libres, con el pretexto de sentirse indispuesto —lo cual no era raro—. Aunque la secretaria buscó rechazar el permiso, no lo consiguió. Contacto se enlazó directamente al dispositivo de comunicación de Jacobo desde un teléfono móvil que le prestó Aurelio. Tuvo que convencerlo de ello. No podía llamarle desde los números del mag-nate sin explicarle antes por qué estaba en su casa.

—Qué milagro. Creí que no volverías a hablarme —dijo.

—He estado ocupada.

—Sí, eso veo —respondió.

—Ha ocurrido una especie de percance. Podría tomarme un par de días más. Discúlpame con los chicos, por favor —susurró refiriéndose a sus alumnos y a Manuel.

—¿Todo bien, necesitas apoyo? —preguntó un tanto desesperado.

—Todo está bien. Te veré pronto, ya te contaré.

Deseaba separar por completo sus sentimientos de su deber. Hasta ese momento, no lo había logrado. Era necesario que hablara con Harry para aclarar muchas cosas. Todo debía regresar a un punto de equilibrio.

Entonces comenzó a marcar otro número: el de su casa. Necesitaba hablar con sus padres. No podría contarles nada de lo que pasaba, pero necesitaba escucharlos. No pudo llamar. Los estaría poniendo de forma innecesaria en riesgo. Nada debía conectarlos con ella si alguien llegara a saber lo que era ahora, que era el peor escenario posible. Suspiró entristecida. Si hubiera alguna forma de comunicarse sin poner en peligro a nadie, lo haría todos los días. Aún con el móvil en la mano, observó la camiseta bajo la que tenía el brazo inmovilizado. De todas formas ni papá ni mamá comprenderían lo que ella era ahora, estarían muy preocupados. Era mejor así.

En un ataque de sobriedad, Di Maggio le explicó que “sacarla de la organización” era una estrategia de protección. La inteligencia de la institución ubicaba bien a la Pesadilla y sabía que trabajaba como mercenaria. Por ello, era necesario despistar a quien fuera que la hubiera mandado seguir y, de alguna manera, alejarla del riesgo. A Contacto le parecía muy positivo que no se lo hubiera contado antes, ya que quizá no habría regresado la noche anterior.

Él estaba sentado en su habitual sitio en el despacho, mientras ella se acomodaba en la silla del otro lado del escritorio. Esa tarde estaban en silencio, uno frente al otro, sumergidos en sus propios pensamientos.

—Por favor, necesito preguntarte —dijo Contacto.

Se volvió hacia ella. Su mirada era profunda, intensamente azul. Esperaba aquel cuestionamiento.

—Estoy al tanto de algunas cosas de las que no debería y supuse otras tantas. Por eso volví anoche.

Él permanecía en silencio, concentrado. Se veían las venas azules bajo su clara piel.

—Querías proteger a Andrea de quien sospechaste filtraba información. ¿Ella lo sabía, verdad?

Él no respondió, colocó las manos entrelazadas sobre la boca e inclinó un poco la cabeza.

—Sí, sé que no me incumbe, pero creo que yo hubiera hecho exactamente lo mismo: protegerla a como diera lugar. Nadie sabrá jamás nada de esto. Tienes mi palabra.

El hombre volvió a dirigirle la vista. No dejaba de sentir un profundo desprecio dentro de su ser por la causa que defendía, por lo que ella representaba. Sin embargo, aparentemente se había convertido en su cómplice.

—No quiero fastidiarte con esto del proyecto, pero hice una promesa que tengo que cumplir. Mi deuda es muy grande. Podré morir en paz cuando te haya entregado lo que es tuyo y cuando pueda darse a conocer al mundo.

Él escuchaba sin decir nada, sin demostrar nada. La joven comenzó a mover el hombro debajo del vendaje, el cual le sujetaba el brazo sobre el pecho y se lo cubría por completo. Le pidió que se aproximara, mientras se quitaba la enorme camiseta y la ponía sobre su regazo, para no mostrarle los bóxers prestados. Él se levantó del sillón giratorio y se acercó. Entonces ella comenzó a quitarse las vendas, para descubrir sólo la parte en donde había estado la sutura. Quedaba una mancha ligeramente más oscura que desaparecería después. Ni siquiera tenía una cicatriz. Los puntos se habían caído solos.

Incrédulo, pasó los dedos sobre el omóplato de la chica, que se puso la camiseta antes de deshacerse del resto del vendaje. Ella se estiró un poco y se escuchó un leve crujido. —Deben aflojarse los músculos, es como tronarse los dedos — explicó.

Di Maggio, por lo regular inexpresivo, no podía ocultar su perplejidad. Comenzaba a ver los efectos del suero con sus propios ojos. Nunca imaginó que actuara tan rápido.

—Esto es tuyo —le dijo al difícil hombre.

Él sintió un inexplicable placer. A pesar de que sus heridas emocionales punzaban como siempre, había desaparecido parte de aquello que más lo atormentaba, por circunstancias que ella desconocía. Eso mitigó su deseo de destruirlo todo. Ahora la tenía en la palma de la mano. Surgió entonces entre ellos un silencioso y perenne acuerdo.

Contacto recogió su chamarra del árbol en donde la había dejado aquella noche y Aurelio fue a comprar más ropa para ella por instrucciones de Giorgio, ya que él llevaría el traje a limpiar con Laborus. Acordaron que se lo devolvería después, si la dirección general lo consideraba seguro. Quizá volvería a tener comunicación con el puente y vinculación con el CDA.

Mas tarde, ella se fue. Al salir, se encontró con Aurelio afuera del garaje. Olvidando por completo la herida, lo saludó con la mano derecha.

La vio pasar, pasmado.

# CONFRONTACIONES

## CAPÍTULO 27

### **Siete meses y tres días desde la desaparición de Andrea**

*En el departamento de Helena*

Al estar suspendida de la organización, lo que Contacto hiciera sería responsabilidad suya. Lo que descubrió la había hecho enfurecer: necesitaba la verdad, y la necesitaba ya. Pero antes de hablar con Harry, debía hacer algo para descubrir a la rubia.

Se dirigió al departamento blanco. Tuvo que esperar varias horas antes de que su objetivo apareciera. Una vez que aquella entró, Contacto observó desde afuera de la ventana del piso diez, como de costumbre. Helena revisaba los mensajes en su móvil, reclinada en un diván, de espaldas a la ventana. La mujer en la cornisa alcanzó a leerlos desde donde estaba.

La secretaria respondió uno que decía «Estaré ahí a las nueve» con un «Te espero. Alba».

La joven sonrió. Se ocultó en el techo y se dirigió a la entrada del departamento poco antes de la hora indicada, la cual conocía debido a que desde donde estaba alcanzaba a ver el reloj de un edificio a dos calles de distancia. Tocó la puerta. Helena abrió sin haber quitado la cadena. Su sorpresa fue enorme cuando la vio.

—¿Qué haces aquí? —dijo con voz chillona.

—Necesito hablar contigo.

—Estoy ocupada, será después —dijo tratando de cerrar.

—Por favor, es importante —repuso Contacto evitando que lo hiciera, estaba haciendo tiempo.

—¿Qué quieres? —respondió la rubia sin quitar la cadena, tratando de mantenerse serena sin conseguirlo.

—Creo que deberíamos hablar frente a frente.

No respondió, parecía desesperada. Contacto se cansó de eso y empujó la chapa lentamente, pero con fuerza. Las piezas del pestillo que estaban atornilladas a la madera comenzaron a ceder. Se reventó la cadena y quedó colgando de la puerta que la mujer del traje deportivo cerró detrás de sí. Helena se hizo hacia atrás, visiblemente asustada.

—Cálmate. He venido por respuestas.

—Púdrete —dijo, mientras buscaba, de forma discreta, el teléfono más cercano.

—Qué curioso. Una mujer que me siguió me dijo exactamente lo mismo. Quizá también sepas de quién se trata.

La rubia parecía muy sorprendida.

—Entonces trabajas con De Lois. Ese es tu asunto, pero debo saber qué le has contado.

En ese momento, sonó el timbre. La mujer palideció, parecía que se iba a desmayar.

—¿No vas a abrir? —preguntó, sonriendo un poco—. No, no creo que sea él, ¿o sí? En ese caso, mejor pregunto directamente —dijo, mientras se dirigía a la entrada.

—¡No! —gritó Helena.

Tocaron de nuevo.

—¡No es un buen momento! —volvió a exclamar.

Contacto abrió y vio al Subdirector jurídico de la OINDAH que

se disponía a marcharse. Ella traía el cabello suelto, lo cual era muy inusual. Él la observó con gran contrariedad; después vio a Helena en el interior, perpleja.

—Buenas tardes, con permiso, ya me iba —dijo Contacto burlescamente—. Hasta pronto, después seguimos conversando.

Aunque, al final, De Lois pasó al departamento, no se quedó mucho tiempo. Preguntó de qué se trató aquello, y la rubia le explicó que la mujer se presentó repentinamente y que había entrado a la fuerza. Le mostró la cadena arrancada. Cuando el hombre quiso saber quién era, la rubia aseguró desconocer su nombre. Aún no podía decirle nada más.

Él no siguió interrogándola, pero necesitaba averiguar quién era y a qué había ido. Estaba confundido y preocupado por aquello. Nadie debía saber de sus visitas: él era una figura pública reconocida, aquello podría tener repercusiones. Necesitaba saber quién era esa mujer. Sabía que había visto a esa mujer en alguna parte. Trató de recordar dónde, dónde...

### *En el departamento de Harry*

Ya había anochecido. Harry escuchó que tocaban en su ventana, la cual jamás tenía el seguro puesto. Él se acercó y Contacto entró por ahí como si fuera lo más normal, vestida con ropa deportiva un tanto raída.

—Claro, puedes pasar —dijo muy serio.

El departamento era oscuro y azul. Comenzaba a llover.

Él se acomodó el lacio cabello que le caía sobre la cara. Ambos estaban de pie cerca de la ventana.

La mujer observó el cristal y recordó la primera vez que se encontraron.

No quería verlo a los ojos. Sabía que él comprendería lo que pasaba en las profundidades de su ser.

—No te he visto estos días —dijo con un reclamo velado.

—Tenía que pensar —respondió—. Ahora tendré mucho tiempo para hacerlo, ya que estoy suspendida de la organización.

Él no parecía sorprendido.

—Ya lo sabías.

—Me informaron, por seguridad. Ha sido un error garrafal —dijo apesadumbrado.

—Quizá no sea tan malo —respondió ella.

Permanecieron en silencio.

—Sobre aquella noche... —comenzó Harry.

—Te entiendo. Habías bebido, te sentías solo. Se cumplieron apenas seis meses de...

—No, no entiendes. ¿Cómo es que no entiendes? —preguntó él desesperado, golpeando el respaldo de un sillón con la palma de la mano.

Ella pensó que podría hacerlo recapacitar. La observaba con emoción, suplicante.

—Puedes pedirme que lo oculte, pero eso no significa que no lo sienta.

La mujer deseaba acercarse a él. —Pero lo de Andrea, es muy pronto —exclamó.

—Lo sé, claro que lo sé. Ella siempre estará en lo más profundo de mí. Nadie jamás llenará ese vacío, nada acabará con este dolor, ni podrá reemplazarla —susurró el hombre, conteniéndose—. Pero uno no decide a quién amar.

«¿Amar?» pensó aterrada. Temía perderse, aceptar lo que pasaba dentro de ella, dejarse llevar.

—¡Di que estoy loco, que lo olvide! —imploró—. ¡Dime que no sientes nada!



—Oh, Harry —musitó conmovida.

—Perdóname. Soy un idiota —repuso el hombre entre dientes. Le partía el corazón verlo tan desesperado, tan abatido. —Eres mi amigo —logró decir.

Harry hizo una mueca y se volvió hacia otro lado.—Por favor, vete a tu casa.

Ella pasó los dedos sobre su espalda. Él dio media vuelta, tomó la mano de la mujer y la puso sobre su pecho. El corazón le latía con vehemencia: —Es tuyo —aseveró mientras la observaba.

—No, Harry, no —suplicó la mujer, conteniéndose.

—Sólo dime que no sientes nada por mí. Nunca volveremos a hablar de esto —susurró.

Ella dio un paso hacia atrás. —No puedo decirte eso —musitó y agachó la cabeza. Pero tampoco debo decirte lo que siento.

Él atravesó el abismo que los separaba con un solo paso. Le levantó el rostro con delicadeza. Sonrió afectuosamente, con los ojos llenos de lágrimas y respondió: —Yo tampoco puedo pero esto es lo que quiero.

Era irremediable: estaban conectados por emociones muy poderosas. La abrazó con cautela, fraternalmente, y ella supo que su amigo la estaba consolando.

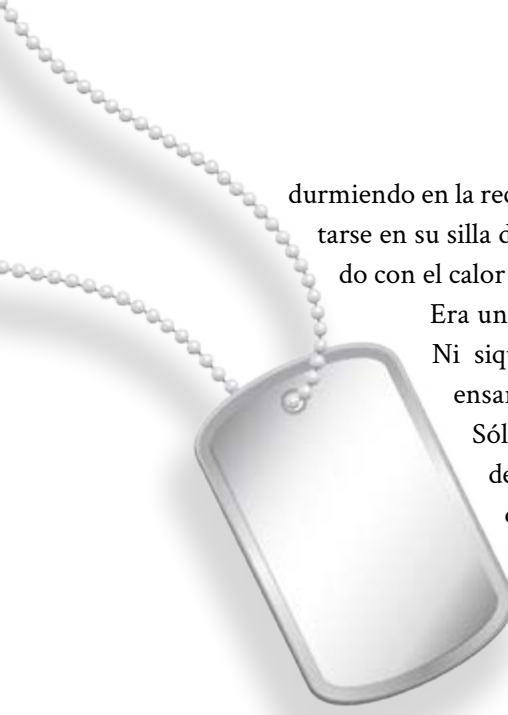
—¿Qué estamos haciendo? —dijo en voz baja.

—Estamos siendo humanos —respondió él.

Lo abrazó de vuelta, también debía consolarlo. Se aferraron el uno al otro largo rato, en silencio. Ya no lloraban sólo por Andrea.

### *En la mansión, un día después del incidente del techo*

Di Maggio reposaba al amanecer, tras la noche en la que estuvo a punto de lanzarse del techo. Después de haber dejado a Contacto



durmiendo en la recámara roja, bajó al despacho a sentarse en su silla de piel. Dormitaba un poco, cobijado con el calor del sol del alba.

Era un desastre: más ojeroso, sin rasurar. Ni siquiera se había quitado la camisa ensangrentada y aún destilaba alcohol. Sólo necesitaba un momento para descansar de la tortura perenne, del dolor. La tibieza de la mañana le trajo el recuerdo de un aroma familiar. Un rumor de pasos delicados sobre la madera. Parecían tan reales...

Entreabrió los ojos como lo haría un lobo al salir de una cueva, deslumbrado.

Acomodó la cabeza para observar la presencia resplandeciente, etérea, iluminada por el sol matutino. Daba reflejos dorados, verdes y rosados. El borde de la cabellera rizada de la visión parecía estar encendido. De la garganta de Di Maggio surgió una bocanada profunda, como un grito de exclamación lanzado hacia adentro. Inspiró profundamente: el aire entraba con facilidad a su cuerpo. Sin mover ni un músculo de su rostro inexpresivo, negó con la cabeza lentamente. Probablemente era una alucinación, producida por un anticipado delirium tremens.

Se irguió frunciendo el ceño al enfocar la vista. La mirada complaciente de aquella aparición recorría los recovecos de ese hombre atormentado; lo observaba con afecto, de pie frente al escritorio. Un terrible peso dentro de él se desvaneció.

Creyó que cruzaba algunas palabras vitales con la visión. Cerró los ojos un momento, encandilado por el resplandor, y cuando volvió a abrirlos, estaba solo de nuevo. La luz se había

desvanecido. Quizá transcurrió un momento o algunas horas, pero gran parte del dolor de su alma desapareció, como si hubieran pasado muchos años.

Después de semejante encuentro, que fue breve y preciso, el hombre se dirigió a la regadera, para quitar cada vestigio de sangre de su persona. Le pidió a la señora Mary que dedicara un tiempo y todos los productos químicos en su arsenal para llevar a cabo una limpieza profunda en su despacho antes de que Contacto llegara por ahí. Le dijo que lo sanitizara como si fuera un quirófano.



# DESVELAMIENTO

## CAPÍTULO 28

### **Siete meses y una semana desde la desaparición de Andrea**

*En casa de la rubia*

Sentada en el níveo diván, Helena lloraba inconsolable, como heroína trágica, con el cabello alborotado sobre la cara. Su cabellera emitía dorados destellos al ser alcanzada por la luz de la mañana. El Lector, vestido con un fino y elegante traje negro sobre la elástica indumentaria operativa, estaba sentado frente a ella, escuchando en silencio.

—Estoy acabada —gemía la rubia.

—Conocemos lo que él sabe, lo manejaremos —respondió.

—No volverán a confiar en mí. Todo se ha arruinado, estoy perdida —dijo entrecortadamente, mientras le rodaban por el rostro gruesas lágrimas.

—No. Pensaremos en algo —dijo Elec; se puso de pie.

Ella volteó a verlo. Era hermosa hasta cuando lloraba. Parecía una niña haciendo un berrinche.

—¿Me lo prometes? —preguntó angustiada.

—Te lo aseguro —respondió.

## *En el despacho de Giorgio*

Contacto fue a ver a Di Maggio al día siguiente de su encuentro con Helena y De Lois. Lo halló en el lugar de siempre. Le contó con lujo de detalles lo ocurrido, aprovechando la ausencia de la que creía haber desenmascarado. Él la observó con una cara que le hizo pensar que no se cansaría de decirle que había hecho una mayúscula estupidez. Sin embargo, no comentó nada sobre eso.

El hombre pensaba en voz alta. —Así que Alex sigue insistiendo...

—Algo extraño ha sucedido entre esos dos desde hace tiempo —dijo la mujer—. El subdirector no tuvo nada que ver con lo de la noche en la bodega, pero ¿podría estar obteniendo información sobre el proyecto por medio de tu secretaria particular?

Permanecía en silencio, cavilando, tras los cuestionamientos de Contacto. —No lo sé —refunfuñó al fin.

—¿Deberíamos consultarlo con alguien de la organización? —preguntó. Aprovechaba ahora que el alto hombre tenía una racha de sobriedad.

—Tú sigues fuera de esto oficialmente, yo me encargaré.

—¿Entonces puedo seguir...? —comenzó ella.

Giorgio gruñó. —Ve, busca la placa. Pero... —bramó secamente el hombre con el ceño fruncido—, no hagas nada estúpido.

Su tono fue agresivo y determinante. Ella inclinó un poco la cabeza y, aunque trató de contenerse, se le escapó una leve sonrisa. —Ya veremos. Haré lo posible, te lo prometo —dijo.

Retomó la búsqueda donde la dejó, seguiría localizando al primo de Andrea. Por cuestiones imprevistas, no había podido llegar hasta la dirección que tenía. Cuando arribó al departamento, tocó la puerta, pero no tuvo respuesta. Manipuló brevemente la chapa y ésta cedió después de unos instantes. Aunque el lugar estaba amue-

blado, no parecía que alguien lo habitara. Preguntó a los vecinos y le dijeron que desde hacía tiempo no veían a nadie por allí.

### *Un par de días después, en la OINDAH*

Di Maggio esperaba a Helena, pero fue el Director General quien lo llamó primero. Aprovechó la visita a la organización para llevar a limpiar el traje. Tuvo que darle explicaciones al funcionario, pero trató de no entrar en detalles. Aun así, se vio obligado a decir más de lo que hubiera querido. Lo que sí relató a fondo sin reparos fue la aparición de la mujer en casa de la secretaria.

El anciano de gruesas gafas suspiró.—Tratar de mantener a nuestro sujeto de pruebas alejado no ha resultado del todo como esperábamos. Que vuelva a integrarse —determinó.

—En cuanto a Helena... —inquirió el hombre con su grave voz

Con sus pequeños ojos brillantes, el director le dirigió una mirada furtiva que no pudo pasar por alto.

—Dejemos que ella siga haciendo su trabajo. Nosotros controlamos toda la información, así que podemos decidir qué le dice a nuestro colega, si es que le está comunicando algo. Así lograremos conducirlo sin que lo sospeche.

La suspicacia de Contacto respecto a la designación de la rubia a su servicio vino a su memoria. Trataría de pensar mejor en las cosas que ella le decía antes de desechar sus argumentos.

### *De vuelta en la mansión*

Contacto fue pronto a casa de Giorgio. Sobre el escritorio había una caja negra, más pequeña que aquella en la que le habían entre-

gado el uniforme completo. La mujer ya no entraba al despacho con tanta reserva. Tocó a la puerta, que estaba abierta, y pasó sin esperar respuesta.

—Para ti —dijo él secamente, señalando con la cabeza.

—Gracias —respondió.

«Al menos ella vino por él, no pensaba subir diez pisos para entregarlo» pensó él.

Laborus no hizo preguntas sobre el estado del mismo, a pesar de que lo recibió lleno de sangre. Ella se lo puso en el baño del despacho. Se sintió como parte del juego otra vez.

—Te quieren de regreso en el servicio activo.

—Qué bien, porque necesito de la ayuda del puente —replicó—. Aster no vive en el mismo lugar. Ni siquiera sé si aún está en la ciudad. Además, tal vez visite de nuevo a la doctora Sayas, para ver si ha cambiado de opinión y quiere contarme algo más. ¿Les constaste lo de la rubia? Quizá no les pareció buena idea que anduviera vagando por allí.

—Ya veremos. Y no, parece que no les gustó la idea —rugió él.

### *En la salida de una zona marginal, en las afueras de la ciudad*

En el camino de vuelta al lugar en el que habitaba actualmente, un apartamento de lujo en el centro de la ciudad, el Lector pensaba en cuál sería la mejor forma para motivar a Miguel Aster a exponer su más importante secreto, que él sospechaba era la posesión de la placa. Resultaba fundamental que lo supiera pronto, así varias cosas se estabilizarían. Seguía en aquella “competencia” para alcanzar ese objetivo. No obstante, ahora atravesaban una contingencia, pues debían solucionar una situación que, aunque prevista, se suscitó antes de tiempo. Como siempre, el grupo sacaría ventaja de las



circunstancias para lograr sus fines. Habían anticipado que debían exponer parte de lo que antes ocultaron.

### *En el departamento de Aster*

Hasta ese momento, Aster nunca antes había sido popular. Vivió muy cerca de su prima los últimos años. Además de tener detalles de su paso por la universidad, su relación con la organización y su vida personal con las referencias más privadas, tenía el pequeño cuadro de silicio. Hasta donde sabía, la amiga de Andrea tenía uno idéntico. Muchas veces lo vio colgando de su cuello en su época estudiantil. Pensaba en el peligro real de poseer aquello: aunque nadie sabía con certeza que lo tenía, seguramente todos lo sospechaban. Al mismo tiempo, especulaba que ese objeto podía ser la razón por la que estaba a salvo. En vano trató de buscar métodos para descifrarlo. Estaba seguro de que necesitaba la otra placa para comprender la información que contenían.

Y sí, le encantaba la atención.



# INQUIETUDES

## CAPÍTULO 29

### **Siete meses y dos semanas desde la desaparición de Andrea**

*En las instalaciones del CDA*

Harry pareció sorprendido cuando la vio entrar de negro en el gimnasio, marchando ágilmente hacia él. Sus ojos se iluminaron un instante, un gesto que sólo ella pudo percibir. Al haber hablado de sus mutuos sentimientos, estaban más tranquilos. No podrían actuar como una pareja ante el mundo, lo eran en secreto.

—Vaya, parece que lloverá hoy —exclamó.

—Estoy de vuelta —dijo ella, y al mismo tiempo saludaba a un grupo de cadetes que corría cerca de ellos.

—Tenían que entrar en razón —susurró el hombre, refiriéndose a los directivos del proyecto.

—Siempre harán lo que les parezca más útil sin duda, sin pensar en ti o en mí —respondió—. Al menos me ha dado tiempo de hacer un par de cosas.

Él le lanzó una mirada suspicaz. —Querrás contármelo, espero.

—Sí, pero aquí no —replicó ella.

—Está bien, nos vemos más tarde. Conozco un lugar.

*Por la tarde, en la costa*

Se citaron al atardecer en un andador cercano a la marina. El sol caía en el océano. Contacto observó al hombre con incredulidad.

—Pensé que hablaríamos de asuntos serios, no que tendríamos una cita —repuso la mujer al ver el lugar.

Se trataba de una barcaza de madera con dos plantas, anclada en el muelle. Era un restaurante agradable que había pasado de moda hacía años.

—Cierran temprano, pero mientras estemos adentro no van a molestarnos —dijo él—. Además tenemos que comer, ¿no?

Subieron. Como el lugar estaba vacío, se ubicaron en una mesa empotrada al final, para tener cubierta la escalera por si llegaba alguien. Tenía enormes ventanas redondas que se abrían por completo, lo cual facilitaría la huida en caso de ser necesario. La madera crujía ligeramente. Del otro lado, había una segunda fila de mesas separadas por un pasillo. Ordenaron la comida. Él tenía esa mirada. Ella pensaba reclamarle más, pues se daba cuenta de la doble intención, pero el lugar era tan placentero que decidió no hacerlo. Ahora que estaban algo más concentrados en asuntos de la organización, le contó lo que había sucedido en casa de Helena.

Le relató brevemente el percance en casa de Di Maggio, pero no le dio detalles sobre lo que el hombre había tratado de hacer, mucho menos le contó el motivo. También le habló sobre su búsqueda de Aster, la cual terminó en un callejón sin salida. Hablaron por horas y horas. Era muy fácil para ellos hacerlo. Harry le dijo que buscaría alguna forma para encontrar al chico. Se fueron sin querer hacerlo, y caminaron tomados de la mano, cobijados por la noche. Era como si hubieran estado juntos siempre, como si aquello fuera lo más natural del mundo. Tendrían que mantener su situación en secreto, lo que no resultaba particularmente complicado,

al tener que manejar con secrecía tantas otras cosas en sus vidas. Repitieron la experiencia del restaurante dos veces más, aunque llegaron por caminos distintos y se fueron de la misma manera. Le llamaban “nuestro lugar”.

Contacto no pasaba todo su tiempo con Harry. Escapaba a su departamento algunas noches, cuando no estaban de guardia con los caballos. A pesar de ello, entre las sesiones de las mañanas con los ex cadetes y las rondas por las noches —ya fuera con el comandante o por su cuenta, para recorrer sus amados techos—, gastaba tardes completas con Di Maggio, sentada frente a él, escudriñándolo, custodiándolo. Él pensaba que hacía lo mismo con la mujer. En general, se trataba de comunicarse en silencio. Ella parecía poder estar en su presencia sin irritarlo, lo cual debía ser un logro mayúsculo para cualquier ser humano. Él pensaba y observaba, aparentemente sentía cómodo, a cargo.

Por su parte, Contacto visitaba infructuosamente el hospital donde desapareció Andrea, la casa de la doctora e incluso el cementerio, tratando de encontrar algo que se le pudiera haber escapado. En busca de Aster, recorrió todos los cibercafés, las compañías de reparación de equipo de cómputo y de desarrollo de software de la ciudad, pues parecía haber desaparecido del radar.

Así transcurrieron un par de meses. A pesar de que, aparentemente, todo comenzaba a entrar en la cotidianidad, Contacto no estaba tranquila. Algo seguía punzando dentro de ella, y con el paso del tiempo se desesperaba más y más.



# DESESPERACIÓN

## CAPÍTULO 30

### Ocho meses desde la desaparición de Andrea

*En la OINDAH*

Una impaciente Helena había tratado de contactar a De Lois en más de una ocasión. Sólo encontró negativas. Intentaba ser cautelosa, pero estaba preocupada. Por ello, acudió a la mano derecha del hombre. Se entrevistó con el Nexo en uno de esos tugurios en los que él solía reclutar a sus esbirros.

—Hola, preciosa —le dijo, en un afán por aparentar caballerosidad, aunque mientras la saludaba, recorría todo su cuerpo con la mirada.

La tomó de la mano y la ubicó en una mesa, lejos de la concurrencia.

—Éste no es el mejor lugar para hablar —replicó ella.

—Ha sido siempre un buen lugar para mí. Nuestro patrón no se ha dejado ver, ¿eh?

—Es de lo que tengo que hablarte. Supongo que sabes de...

—¿Que tenías visitas cuando fue a verte? Claro, qué historia.

—Nexo, tengo miedo.

—Deberías —susurró.

—No me entiendes, ella es un Alfa.

Él se echó hacia adelante

—¿Alfa?

—Sí, pero debo decírselo en persona. Tú me entiendes.

—Un Alfa en la cocina del jefe. Eso lo disgustará mucho más.

¿Cómo sabes que pertenece al grupo?

—Tengo pruebas.

—Bien, veré qué puedo hacer por ti. Y tú, ¿qué querrás hacer por mí?

—Tendrás algo que no imaginas, después de que hable con él

—susurró la rubia.

## **Ocho meses y una semana desde la desaparición de Andrea**

*En el penthouse de De Lois*

Al final, gracias a la intervención de su secuaz, De Lois accedió a encontrarse con la rubia. No en el departamento de ella, sino en el edificio de él. Normalmente habrían estado solos, pero en aquella ocasión los acompañaban el Nexo y la Pesadilla, quien permanecía de pie, muy seria. Helena lo saludó con un beso en la mejilla, mientras le susurraba un te he extrañado al oído. A él le pareció que se veía bellísima, con el cabello rizado en ondas perfectas, vestida con su uniforme blanco y tacones altos, los labios color carmín y los grises ojos que resplandecían bajo la luz artificial.

Ella sacó el teléfono móvil de la bolsa de su saco largo, buscó un video en silencio y lo puso frente al hombre. Era la mujer del incidente de su departamento, vestida con un traje negro que parecía estar adherido a su cuerpo; entraba por la enorme puerta de una mansión que Alex conocía bien. Él levantó la vista con sorpresa.



En ese momento recordó dónde la había visto antes. La rubia sacó otro objeto de su bolsillo y lo puso sobre la mesa, frente al hombre. Era una tarjeta de presentación negra y brillante que estaba muy gastada, por lo que era ilegible. De Lois conocía perfectamente las tarjetas de los Alfa. Últimamente no estaba en los mejores términos con ellos.

—Me la dio un informante. Le mostré el video. Está seguro de que se la dio esta misma persona.

—Esto es más grande de lo que pensamos —dijo el hombre, como hablando para sí.

—¿Podría yo meterme con los Alfa? —preguntó ella. Él le dirigió una mirada seria y suspicaz, pero comprendía todo.

—Es serio. Están protegiendo algo. ¿Desde hace cuánto...? —inquirió el subdirector.

—Ella estuvo antes con Di Maggio, mas no estaba segura de que fuera Alfa —añadió la rubia.

—Te necesito —dijo el hombre—. Sólo que ahora no podremos vernos. Esa mujer sabe que hemos estado juntos. Les haremos pensar que eso fue suficiente para que dejáramos de hacerlo. Ahora me informarás a través del Nexo.

—Está bien —dijo ella bajando la mirada.

—Pero esta noche... déjennos solos —ordenó Alex.

—Por cierto, no sé cómo se llama, pero le dicen... —comenzó la rubia.

—Contacto —respondió el subdirector. Recordó que se la había presentado Mateo Gil tiempo atrás en la organización.

La mirada del Nexo, que estaba detrás de su jefe, cerca de la salida, se clavó en Helena. Ardía.

## **Ocho meses y tres semanas después de la desaparición de Andrea**

*En un centro de servicio de la OINDAH en la ciudad*

Contacto era discreta en las calles, pero en la organización o acompañada del personal de la misma se encontraba como en su elemento y andaba de arriba para abajo, a la vista de todos. Ahí, se confundía con el caos ordenado, entre personas uniformadas de diversas maneras, a veces cerca de alguien que usaba algún equipo parecido al suyo. Con frecuencia se le podía ver seguida por un grupo de caballos en la academia o correteando con ellos en las rondas.

El primo de Andrea la vio por casualidad. De hecho, alguien en el centro le había mostrado la grabación. Revisaban una falla en una de las cámaras de vigilancia de un edificio de la organización en la ciudad. Ése no era su trabajo cotidiano, pero a una ONG le urgía tener su equipo funcionando, pues poco antes habían irrumpido en sus oficinas. Tuvo acceso a las grabaciones. En una vio a una mujer paseando de manera sigilosa por el techo, vestida de una forma muy extraña. La cámara no debía grabar esa área, pues se encontraba fuera de su lugar. Como la conocía bien desde la universidad, no le resultó difícil identificarla. Supuso que trabajaba en la organización, ya que aparecían con ella un par de uniformados del CDA. Esa mujer debía de tener aún en su poder la otra placa. Quizá podría convencerla de que intentaran leerlas juntas. Lo que contenían debía de ser muy importante.

Pretendía encontrarse con ella para tratar de negociar un intercambio de información, pero estaba en una encrucijada. Aunque temía a De Lois, no podía dejar de informarle cosas sobre Andrea. Por otra parte, quería confiar en Elec, pero no estaba seguro de si debía hacerlo. Si la amiga de su prima quería llevarse el preciado objeto, perdería aquello con lo que se sentía protegido, aunque tal

vez estaría haciendo lo correcto. Sabía que aquello tan importante que resguardaban las piezas de silicio tenía que ser un secreto. Sin embargo, alguien más quería la placa, alguien que la necesitaba más que todos.

## **Nueve meses y tres semanas después de la desaparición de Andrea**

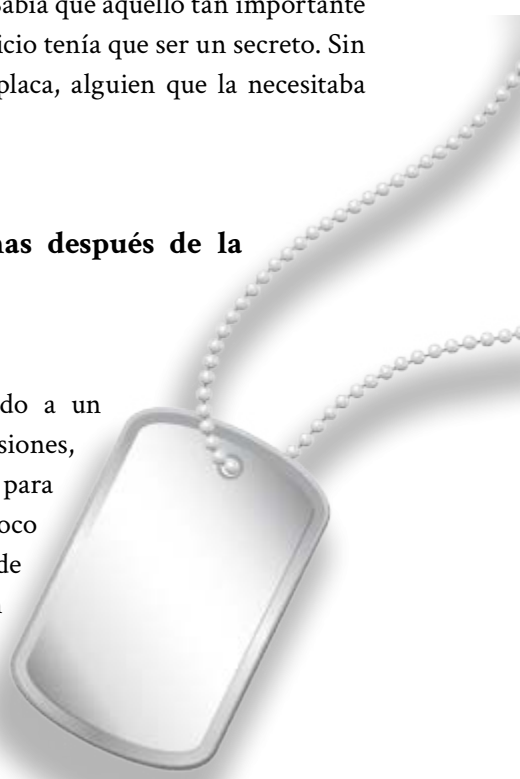
*En el cementerio*

Contacto sintió que había llegado a un callejón sin salida. En varias ocasiones, visitó la casa de la doctora Sayas para encontrar el prado del frente un poco amarillo y nada más. En el sótano de la residencia —a la cual accedió un día que la familia se encontraba de paseo— vio lo que le describió a Di Maggio como una pequeña clínica.

Era extraño que eso estuviera ahí.

Tenía instrumentos de cirugía, autoclave, mesa de operaciones, lámpara de quirófano, cama, drenaje en el piso, entre otras cosas. Lo que sea que hiciera en ese lugar debía ser secreto y quizá ilegal, pero no encontró más evidencias. Incluso llegó a soñar con la posibilidad de que Andrea hubiera logrado sobrevivir, siendo atendida en ese lugar. Pero en ese caso la doctora sabría de ella, le diría en dónde estaba o qué había pasado, a menos que hubiera muerto allí o que estuviera involucrada en algo turbio.

Al pensar en todo eso, Contacto vagaba por techos y calles desiertas en la madrugada.



Sus pasos la llevaron al cementerio. No había estado ahí en meses. Como siempre, recordó el olor de la fosa abierta, la tierra mojada, la colonia de Harry. Ahora, en el lugar donde había estado todo eso, se encontraba un prado y una lápida con el nombre de Andrea. Se puso de cuclillas sobre el césped, apoyó la frente sobre la piedra grabada y comenzó a llorar. Pensó que tal vez el destino de su amiga era dejar el mundo de una u otra forma. Sin embargo, tenían una misión; ella debía cumplir con su parte para que lo que prometieron juntas fuera posible. Pero por más que buscara, no lograba saber nada más.

—Te fallé. Te falle —se decía una y otra vez en voz alta.

La lápida tenía un remoto y familiar aroma. A pesar de todas las cosas podridas del camposanto, pudo percibir un olor. Perfume. Uno barato. Siguió el rastro hasta el pequeño nicho de cristal para colocar veladoras, ubicado frente a la lápida, el cual ahora parecía estar vacío. Tenía una portilla que no estaba bien cerrada. Encontró pegado un trozo de papel, doblado en cuatro, con su nombre real escrito encima. Hubiera sido demasiada coincidencia, así que tenía que ser para ella. Lo abrió. Era un número telefónico. Firmaba *Miguel*. Lo levantó y lo puso frente a sí: debía memorizarlo.

Como se encontraba sola, estuvo a punto de proferir una eufórica exclamación de victoria, cuando sintió que la observaban. Percibió la presencia, como si pudiera tocarla: podía olerla.

Giró la cabeza sobresaltada. No era posible, a esa hora no había nadie. Brisa fuerte barrió el lugar. Cerró los ojos aún húmedos, mientras estrechaba el papel con seriedad. No encontró un rastro que pudiera seguir, el viento se lo había llevado todo, pero estaba segura de lo que había percibido. No podía darse por vencida, ahora menos que nunca. Antes de actuar, tenía que hablar con Harry. Ahora creía saber algo de ser cierto, sin duda lo cambiaría todo.

# CUESTIONAMIENTOS

## CAPÍTULO 31

### **Nueve meses y tres semanas después de la desaparición de Andrea**

*En el muelle*

Contacto citó a Harry en “su lugar”. Atardecía y seguramente sería de noche antes de que pudiera explicarle por qué lo llamó. En ocasiones, se observaban seriamente, como si quisieran ocultar su éxtasis. Apenas se rozaban los dedos de una mano por encima de la mesa y ponían la otra en la rodilla del otro por debajo.

A veces para ella el cuerpo de él era como una extensión del suyo. Cuando estaba cerca, cuando se recostaba sobre su pecho en el viejo sillón de cuero café de su departamento, sentía como si fueran parte de la misma masa, de la misma materia.

Su corazón latía con fuerza. No podían negar su felicidad cuando se encontraban lejos de todo. Llevaban ya algunos meses con ese juego peligroso, y algo le decía que, a pesar de su desasosiego por no localizar la placa, algo en ella deseaba que esos momentos idílicos se prolongaran. Quería permanecer en ese estado, por siempre. La sonrisa del hombre la hacía soñar. Sin embargo, siempre estaba luchando consigo misma, con la realidad, con su deber. Y ese día,

a pesar de la expresión de Harry, del atardecer, de la intimidad, tenía que hacerle una tremenda pregunta.

*En casa de Di Maggio, un par de meses atrás*

Giorgio se preguntaba sobre la rubia, a la que ahora veía de otra manera y que escribía en la computadora portátil, sentada frente al escritorio. La observaba ese día en silencio, con inusual insistencia. Helena lo notó, pero disimulaba. Desde hacía tiempo, estaban trabajando para consolidar la fundación Alessandro Ian Carlo Di Maggio. La iniciativa era de Giorgio, pues buscaba alguna figura jurídica que le permitiera seguir financiando el proyecto en secreto a través dirección de la OINDAH, pero de organismo a organismo y no como un individuo dadivoso.

La cuantiosa suma que su padre heredó al proyecto efectivamente era suya, pero de haber querido no hubiera podido hacer nada más con ella: el doctor la dejó en un fideicomiso destinado exclusivamente para ese fin. Giorgio era el único autorizado para expedir los cheques y no existía ninguna forma en la que pudiera cambiar el destino del dinero. El proyecto estaba por tanto obligado a tenerlo como director para poder seguir y si él seguía teniendo intenciones de dirigirlo, tenía que firmar; inesperadamente había vuelto a tener razones para seguir al frente del mismo.

—Quisiera que hicieras una cita para mí —dijo el hombre, con la profunda voz que la rubia adoraba.

Levantó un poco la vista a través de sus gafas para la computadora y preguntó con su habitual tono complaciente:

—Claro, cariño, ¿verás al Director General?

—No. Ahora necesito ver a un viejo amigo. Pregunta cuándo puede recibirme Alex de Lois.

Trató de no parecer asombrada o asustada, pero tragó un poco de saliva.

—Por supuesto, ¿cuál es el asunto?

—Tú sabes cuál es.

Ella comenzó a temblar un poco.

—¿Es sobre la fundación? —respondió sin despegar la vista de la computadora.

—¡Deja eso y préstame atención! —rugió el hombre.

Al instante, puso a un lado el aparato y se sentó más erguida. Lo contemplaba seriamente, con los grises ojos muy abiertos.

—Bien. Creo que es hora de que le pregunte a De Lois quién le ha dado información sobre mis asuntos. He pensado mucho en eso. Por aquí debí haber comenzado.

—Esa mujer ha venido a decirte cosas. ¿Cómo puedes creer...?

—¿Te vas a atrever a negarlo? Entonces tendré que preguntárselo a él personalmente.

Estaba acorralada pero se había preparado para manejar esas situaciones y sacar el mayor provecho de ellas.

—Realmente no sé a quién debes tu lealtad — aseveró él con un tono muy grave.

Ella levantó más la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento. Tuve que hacerlo. De Lois sabía desde hace tiempo que el Director General y tú manejan algo secreto. Gracias a mi sólo sabe cosas que no pueden hacer ningún daño.

—¿Te ofreció dinero, poder? — vociferó.

—Me presionó para que buscara este puesto, tú lo conoces, sabes de lo que es capaz. Pero yo nunca te haría daño —replicó sollozando.

—¡Mientes! ¡Lárgate! —exclamó de una forma que la hizo estremecerse.

Se puso de pie, fue hacia Giorgio y se aferró a él, suplicando,

dejándose caer de rodillas sobre el piso de madera, sosteniéndose de la silla de piel.

—¡Soy leal a ti, he estado protegiendo tus secretos!

Estaba contrariado, debió saberlo: esa mujer sabía mucho más de lo que se imaginaba. —Debiste decírmelo. Hay una sola forma en la que podré permitirte seguir trabajando para mí—repuso con seriedad.

—¡Lo que sea! —gimió la rubia.

—Me lo vas a decir todo lo que necesite y quiera saber sobre De Lois. Todo, ¿está claro?

Suspiró aliviada. —¡Si, lo haré! —exclamó.

—¿Cómo podré estar seguro de que no seguirás engañándome?—dijo entre dientes, pensando en voz alta.

—Oh, Giorgio. Yo te amo —susurró viéndolo a los ojos, con el maquillaje corrido sobre el rostro por las lágrimas, postrada sobre la duela, aferrándose a las pantorrillas del hombre. Se veía desvalida, desesperada.

Casi le creyó.

—Él negó con la cabeza. Déjame solo antes de que me arrepienta —dijo helado—. Concierta la cita, la necesito de todas formas.

## **Nueve meses y tres semanas después de la desaparición de Andrea**

*En la marina*

—Harry —dijo Contacto—. Debo saber algo que es muy importante para mí.

—Es curioso, yo también tengo que preguntarte algo —dijo esbozando una sonrisa.

—Déjame decirte esto primero. ¿Qué pasaría si las cosas vol-



vieran a ser como antes, si reencontraras lo que creíste que habías perdido para siempre?

—¿Por qué me preguntas eso, a qué le temes? —inquirió él. Se mostraba paciente y seguro.

—Por favor, necesito que me contestes. Si todo pudiera ser como fue, ¿desearías volver?

—No hay a dónde volver —respondió.

—Pero, ¿qué tal si pudieras? —insistió ella, seriamente.

Él metió la mano en la bolsa interna del saco que traía sobre el uniforme del CDA, tomó algo con el puño cerrado y lo depositó sobre la mesa. —Creo que esto responderá tu pregunta —dijo.

Se trataba de una pequeña caja cuadrada. Al instante ella pensó en la placa. Él la abrió, sacó lo que contenía y lo depositó frente a ella sobre la mesa. La sorpresa hizo que la mujer abriera aun más sus grandes ojos cafés.

Era un anillo plateado, el cual tenía engarzada una sola piedra redonda, brillante, al ras del borde. La mujer lo observó un momento. Después volteó a ver a Harry con una expresión de incredulidad y profundo asombro. Lo levantó. En la cara interna se apreciaba una inscripción con letras diminutas: “Si se amó una vez, se puede amar dos”. Ella volvió a depositarlo sobre la mesa, entre ambos.

—¿Pero qué...?

— Es de un material que no puede ser percibido por los detectores de metales aunque no podrás usarlo en el trabajo. De todas maneras quería dártelo.

Él le tomó la mano, levantó el anillo de la mesa y se lo puso. Le quedaba a la perfección.

—Piensa en lo que esto significa, no podemos —dijo ella.

—Sí, creo que eso lo tenemos los dos muy claro. Pero somos seres humanos. Aún tenemos el derecho de serlo. Y esto es lo que

yo deseo. La pregunta es qué quieres tú —respondió mientras la observaba con afecto.

—No es posible que niegue lo que soy, lo que tengo que hacer. No puedo —clamó la mujer con contenida desesperación.

—No te pregunté si podías —replicó pacientemente—. Te pregunto qué es lo que deseas.

La mujer suspiró un poco, reflexionando un momento en silencio.

—Haremos esto —dijo al fin, mientras, con la mano, abría la parte superior del traje para exponer la cadena que traía en el cuello, de la que colgaban la cruz y el pequeño rectángulo oscuro y translúcido con algunas líneas visibles.

Se quitó la cadena y el anillo, el cual puso con el resto de sus colgijes y se la colocó de nuevo. El traje se adhirió sobre éstos otra vez, lo que permitía que se sostuvieran contra su piel.

Los ojos del hombre brillaron, no dejaba de sonreír.

—Lo voy a conservar por ahora, pero estoy casi segura de que muy pronto voy a hacerte la misma pregunta que me has hecho hoy.

# HILO DE SANGRE

## CAPÍTULO 32

### **Diez meses desde la desaparición de Andrea**

*Lunes, en el cementerio, 19:53 horas*

Miguel corría como loco. La sangre fluía sobre su rostro y le resbalaba por el cuello: casi le nublaba la vista. Su pecho comenzaba a silbar. Sacó su inhalador del bolsillo de la chamarra y aspiró un par de nebulizaciones por la boca. En el brazo derecho tenía otra herida, cubierta por un vendaje ensangrentado. Minutos antes, se había bajado del taxi, lanzándole un billete al conductor sin esperar el cambio.

El cementerio ya estaba cerrado, por lo que saltó la verja con gran dificultad. Fue deprisa hacia una colina cercana, donde estaba el sepulcro de su prima Andrea. Buscó junto a la lápida, en el lugar donde ocultó aquello tan preciado hacía un par de horas, pero no lo encontró. Buscó de nuevo. No estaba ahí. Pensó que quizá se hubiera equivocado de lugar, pero no: el objeto ya no estaba. Se levantó y corrió nuevamente hacia la salida del camposanto. Comenzaba a oscurecer.

Recordó lo que había ocurrido hacía poco tiempo y le temblaron las rodillas.

«¿Me estará siguiendo esa mujer aún?» se preguntó. Huía, aterrado. No estaba seguro, pero comenzó a marcar el número de Gabriel Elec.

### *Lunes, 17:45*

Quizá tener la placa le salvaría la vida; sin embargo, parecía que conservarla también podía costarle la misma. No la entregaría, pero tampoco la llevaría consigo. Se había rociado un bote completo de lidocaína en el antebrazo. Luego, con su navaja de niño explorador empapada en alcohol, se hizo una incisión superficial, de la que sacó un pequeño rectángulo negro.

Tembloroso, observó el cuadro oscuro y brillante. Se vendó el brazo y salió del elegante departamento que le prestó la organización. Era necesario que se la quitara de encima porque la persona con la que iba a encontrarse podría reclamarla. Era la única que debía tener suficiente información sobre ese objeto.

No sabía el grado de vigilancia que mantenían sobre él, ni todo el caos que desataría con una simple acción, con un pedazo de silicio. Se sentía mal, le dolía el estómago. Salió discretamente, pero deprisa, con una chamarra enorme. Le levantó el cuello y trató de ocultarse el rostro. Antes que nada, debía esconder la placa. No tenía precisamente un plan, pero pasó cerca del cementerio. Fue a la sepultura de su prima. No la puso en el nicho de cristal donde había dejado el mensaje gracias al cual lo contactaron. La pegó sobre la base de la lápida con cinta gris, y la cubrió un poco con tierra. No se veía a nadie a su alrededor, estaba seguro.

## *Semanas atrás*

Miguel trató de comunicarse con la mujer de negro. Estaba obsesionado, deseaba mucho tener las dos placas para leerlas juntas y revelar lo que contenían. No tenía la menor idea de lo que resguardaban, pero sabía que era algo muy importante. Intentó ponerse en contacto por medio de su elemento: la red. El esfuerzo no dio frutos. Obtuvo una imagen de la cámara en la que la había visto, la amplió y preguntó por ella a un par de colegas del centro de servicio. Nadie pudo darle alguna pista. Intentó enviarle mensajes desde la cuenta de correo que le perteneció a Andrea, pero éstos rebotaban. Parecía que la mujer ya no utilizaba el que tuvo cuando estudiaba en la universidad. Buscó información por todas partes sobre ella y todo había desaparecido. Obviamente alguien no quería que la encontraran. Entonces pensó que sería más fácil si dejaba “migajas” en el camino; si colocaba información de sí mismo en algunos lugares estratégicos, con la esperanza de que ella la encontrara. Lo último que se le ocurrió fue dejar mensajes en la tumba de Andrea. Si ella fue la conexión entre ellos, quizá la mujer del traje extraño los hallaría de esa manera.

## *Diez meses desde la desaparición de Andrea, lunes, 15:30*

Contacto marcó al número de celular que encontró en el nicho que estaba junto a la lápida de Andrea.

—¿Hola? —contestó un chico.

—Miguel. Habla... la amiga de Andrea —dijo.

—Hola. Al fin llamas. He tratado de encontrarte, tenemos que hablar. Debemos reunirnos en alguna parte —respondió.

—Puedo verte en donde me digas. ¿Dónde estás? —inquirió ella.

—Cerca del centro, trabajo en un despacho de servicio de la OINDAH —aseveró Miguel.

—¿Trabajas en la organización? —preguntó la mujer de negro.

—Sí, es una larga historia. Andrea me contó que tu también, aunque no te encontré en los registros —comentó el primo de su amiga.

—Posiblemente aparezca en el sistema como Contacto. Es el nombre de mi cargo.

—Oh, claro. Bien, te parece si nos vemos en... —comenzó él.

—Espera —dijo la mujer—. Encontrémonos donde tu prima decía que era el eje del planeta. ¿Conoces el lugar?

—Uh, sí, claro —replicó el chico. Al recordarlo se sintió un poco harto: Andrea estuvo un tiempo obsesionada con ese sitio, un monumento que le encantaba.

—Puedo ir a verte en este momento —indicó Contacto.

—Mejor más tarde. Debo hacer algo antes. ¿Como a las siete te queda bien? —preguntó él.

—Perfecto. Ahí nos vemos —respondió la de negro.

Miguel observó el teléfono móvil tras haber colgado. Recordó cuando perdió el anterior en un bar, una noche, meses atrás. Afortunadamente ahora trabajaba en la OINDAH, ya que le proporcionaron uno nuevo con todos los servicios pagados, incluso el de geolocalización, con lo cual era menos probable que lo perdiera otra vez.

### *Lunes, 18:53, cerca del centro*

Después de haber dejado la placa en el cementerio, Aster acudió al lugar de la cita. Acordaría con la mujer la lectura del objeto tan preciado, pero ella debía entender que no podría dárselo por ahora. Tendría que comprender que su vida dependía de eso. No obstante,

al mismo tiempo haría lo correcto, le explicaría cómo había llegado a sus manos. Y quizá así convencería a esa mujer para que le diera la otra placa, que sin duda ella tenía. Recordaba que, antes de la horrible noche de su deceso, Andrea estuvo distraída, preocupada. Nunca le explicó por qué, pero creía que se trataba de su novio, Harry. Así, el día antes de la tragedia, cuando se le cayó la cadena del cuello, ni siquiera lo notó. Cuando ella salió corriendo de su departamento, él vio el rectángulo translúcido sobre el piso. Intentó devolvérselo el día que todo ocurrió, pero ella estaba peleando por teléfono. Hizo varias llamadas. Luego se marchó corriendo y no pudo decirle nada. Le hablaron más tarde del Hospital General. Ahí se enteró de que le habían disparado y de que el ataque iba dirigido al novio.

Miguel llegó antes de la hora pactada al conocido monumento, una bella escultura sobre una columna. Alguien le tocó el hombro. Se dio media vuelta esperando ver a la amiga de Andrea, pero en su lugar se encontró con la Pesadilla, quien lo tomó del brazo para hacerle una discreta y fuerte llave en la muñeca y arrastrarlo hacia un callejón cercano. Una vez lejos de miradas indiscretas, le propinó un cabezazo que pretendía noquearlo. El golpe de Eris no le dio directamente, giró un poco la cabeza y recibió el impacto en los lentes de pasta que al partirse, rasgaron su piel. Sintió cómo la sangre le comenzaba a escurrir por su rostro y se desplomó.

Aunque Aster se tiró al piso, sólo aparentaba estar inconsciente, era algo que aprendió desde temprana edad para escapar de las golpizas de otros chicos en la escuela. Eris se acercó y comenzó a catearlo. Lo palpó por completo y revisó su ropa sin encontrar nada. Levantó el vendaje en su brazo y vio la herida. Se puso de pie y le dio la espalda un instante.

Él esperó sólo un momento a que ella se descuidara, necesitaba que ella se alejara unos metros más hacia la entrada del callejón

para salir corriendo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo se enteró?

Contacto llegó a la hora acordada, de modo que no pudo ver lo ocurrido un poco antes. Arribó de la forma usual, por las alturas.

### *Misma ubicación, lunes 19:00*

La mujer de negro llegó a la hora en punto. Se quitó el DDC y lo puso a su lado en el alto lugar en el que estaba. En vez de ver al primo de su amiga, divisó a la Pesadilla saliendo de un callejón cercano. Nunca olvidaría esa cara. Supo que algo estaba muy mal. Justo cuando se preparaba para bajar, un chico salió corriendo del mismo lugar con la cabeza ensangrentada. Entonces ella dio un salto desde la orilla del edificio de dos pisos de altura y fue detrás de él. No podía hacer gran cosa porque muchos transeúntes se encontraban en los alrededores. Ya se había expuesto demasiado, pero esperaba que nadie lo hubiera notado. Trató de cruzar la calle, con el objetivo de atravesarse en el camino de la Pesadilla. Entonces se percató de que dejó el casco en el techo.

Miguel seguía corriendo, alejándose del lugar. La mujer de negro y la Pesadilla estaban en aceras opuestas. Se observaron por un momento y ambas salieron detrás de él, una a cada lado de la calle. Contacto no podía volver por el DDC, pero necesitaba urgentemente pedir refuerzos. Él subió a un taxi que pasaba, el cual arrancó de inmediato.

La Pesadilla se montó en una motocicleta estacionada un poco más adelante y fue hacia Miguel haciendo rugir el motor. Contacto los seguía a pie, a una velocidad imposible para otro ser humano. Cruzó la calle y saltó varios metros hacia la mujer en la motocicleta, y aunque ésta frenó de manera abrupta, alcanzó a derribarla. La Pesadilla rodó por el pavimento, y se quedó inmóvil. La mujer de



negro cayó en cuclillas tras hacer un salto mortal. Se acercó para revisar los signos vitales de Eris: tenía pulso y respiraba. No sabía si estaba herida o conmocionada, pero era muy probable: no traía casco. Pidió auxilio a algunos curiosos que comenzaban a congregarse alrededor de la escena. Se quitó la chamarra que tenía un desgarrón y se la puso encima a la mujer inconsciente a la altura del pecho.

— ¡No la muevan, llamen una ambulancia y a la policía! —clamó la joven del traje negro. Necesitaba saber a dónde la llevarían, pero después le pediría a Tanaka que revisara los registros de la policía que no debía tardar en llegar. Esa mujer era un problema, tendría que confesar, pero debía sobrevivir primero, quizá se le había pasado un poco la mano.

Contacto quería solicitar apoyo pero tenía que alcanzar al chico, así que tuvo que dejarla tirada ahí. Aunque el taxi de Miguel se confundía con los otros autos, logró distinguirlo. Éste esquivaba a los demás vehículos para alejarse de prisa. Lo seguiría a discreción, ya que la motocicleta estaba dañada y le sería más fácil esquivar el tráfico pesado a pie.

Aster pensó que la mujer con la que se citó ese día tendría algo que ver con la gente de De Lois, pues no comprendía cómo lo encontró Eris. O quizá la acosaban, como lo hicieron con su prima. Decidió que no debía seguir con el plan de encontrarse con ella y fue por aquello que ocultó. Trataba de controlar su pánico y la sangre que fluía de su frente.

—¿Lo llevo al hospital? —preguntó alarmado el conductor, con la esperanza de que no manchara el asiento.

—¡Vamos al cementerio, rápido! —respondió.

El conductor hizo una cara de que aquello parecía una broma.

Contacto cortaba aquí y allá, pero de pronto supo a dónde se dirigía el primo de Andrea. Lo siguió principalmente por arriba,

evitando el nivel de la calle para no ser vista. Era el mismo recorrido que hizo en el auto de la organización, casi un año atrás, cuando todo cambió. Aster llegó un poco antes que ella al cementerio. Lo vio de lejos, mientras saltaba de un techo a la calle.

La mujer estaba a punto de ingresar, cuando tuvo una extraña sensación. Era un aroma inconfundible. Sintió la urgente necesidad de seguir aquel rastro. Éste la condujo a la sepultura de Andrea en el mismo instante en el que el aterrado Aster volvía hacia la salida que estaba cerrada. Lo vio de lejos, como en cámara lenta.

En ese momento, una camioneta oscura con vidrios polarizados golpeó y derribó la reja de la entrada a gran velocidad; se detuvo justo junto a él; la portezuela se abrió y el chico —que fue arrastrado al interior— dejó tirado el celular que traía en la mano. El auto huyó a toda velocidad.

Miguel estaba en shock. Le pusieron una capucha negra y sucia sobre la cabeza. No se atrevió a resistirse por temor a que lo golpearan. Poco después lo pensó: el moderno celular que usaba todo el tiempo se lo dieron en el trabajo. Y el trabajo lo consiguió por Eris.

# CUERPO A CUERPO

## CAPÍTULO 33

### **Diez meses desde la desaparición de Andrea**

*Lunes, 20:13*

Contacto tendría que seguir a Miguel otra vez, sólo que ahora detrás de un vehículo diferente. Corrió hacia la puerta derribada y, al pasar, recogió el teléfono celular que estaba tirado. Aún servía. Llamó al puente del CDA. Luego de indicar su posición, explicó brevemente lo ocurrido, todo esto mientras corría para no perder de vista la camioneta. Harry no estaba de guardia, así que la comunicaron con alguien más a cargo.

—Aquí el Nexo, ¿cuál es la emergencia?

—Uh. Falsa alarma —dijo ella—. Fuera. «No necesito a otro de los secuaces de De Lois en la escena» pensó. Seguía avanzando sin detenerse.

—No, no, de todas formas iremos a revisar, no tardaremos. El puente tiene tu ubicación. ¡Ahora sí, fuera! —dijo el hombre furiosamente, con la mandíbula apretada.

Los agentes del subdirector iban por el muchacho y ella no sabía por qué. Mientras corría desbocada, el aparato que traía en la mano comenzó a sonar. En la pantalla se desplegó el nombre

agendado de quien llamaba. Decía Gabriel Elec. Había un poco de tráfico, lo que frenaba el vehículo de los secuestradores y facilitaba su persecución.

—¿Bueno? —respondió.

—Habla Elec —dijo un hombre de inconfundible voz aterciope-lada. Recordaba ese nombre.

—¿Gabriel Elec el Alfa?—preguntó impactada. No sabía si esta-ba cometiendo una imprudencia. «Por qué llama al primo de An-drea?» pensó.

—¿Disculpe, quién es? —preguntó.

—Habla Contacto, Miguel me localizó para que nos reuniéramos. Pero ahora no puede responder —repuso ella de manera calma-da, como si estuviera sentada en un sillón en lugar de ir corriendo velozmente tras el vehículo, procurando no ser vista.

—Me llamó para pedir ayuda —dijo Elec.

—La necesita —exclamó la joven.

—¿Cuál es la situación?

—¡Se lo llevaron en un auto, voy tras él!

—¿Dónde está? —respondió el hombre.

—Pasando por la calle dos entre la siete... la nueve... la once...

—Voy para allá —dijo él—. Mantén actualizada la ubicación.

El auto se alejó del centro y se internó en los suburbios. No quería que los tripulantes supieran que los seguía. Se detuvieron en un área desierta y bajaron al chico a trompicones: tenía las manos amarradas en la espalda y el rostro cubierto. Se internaron con él entre edificios, por oscuras y atemorizantes callejuelas. Era un sector mercantil que sólo estaba activo de día. La mujer estaba observando todo desde arriba. Tres hombres se quedaron con Aster. Estaban armados.

El puente del CDA se comunicó con Contacto a ese número, desde el que recibió la llamada. Ya le habían avisado a Harry que so-

licitaba apoyo. A regañadientes, tuvo que reportar nuevamente su ubicación porque el Nexo, que se dirigía hacia el norte, acompañado de un par de caballos, acudiría también. Iba en una camioneta del CDA que no viajaba deprisa.

El fornido hombre, por consejo de Eris, le había dado instrucciones precisas a los secuestradores de Aster sin que nadie lo supiera, pues secretamente trabajaban para él. La Pesadilla, empleada de su patrón, se enteró de que se entrevistaría con esa mujer. Y lo que menos necesitaba su jefe era que los Alfa tuvieran información que pudiera incriminarlo. De cualquier forma, seguía la posición de la mujer de negro como lo hicieron con el muchacho antes, mediante el teléfono celular que funcionaba como un rastreador GPS. Quizá podría matar dos pájaros de un tiro esa noche.

### *Más tarde*

Dos hombres armados tenían a Aster sujeto del cuello contra la pared y parecía que estaban por liquidarlo por haber hablado de más. Un tercero vigilaba a unos metros. Parecería un robo. Estaban a punto de golpearlo cuando alguien a sus espaldas gritó:

—¡Ey, lo que quieran con él, lo tratarán conmigo!

Contacto se hallaba a sólo unos pasos de los tres. El que estaba lejos pidió apoyo por medio de un radio. Ella se abalanzó sobre ese hombre y pateó la pistola, la cual quedó muy lejos de su alcance. Trató de atacarla, pero ella dio una vuelta y dejó que se abalanzara de bruces sobre el sucio pavimento. Él se levantó y le lanzó un golpe con el puño, al tiempo que ella se movía alrededor de él, para esquivarlo. Era demasiado rápida, no lograría conectarla. La mujer se preparó para anularlo, pero temía que los otros dos hirieran a Aster o quisieran intervenir con sus armas. Tendría que deshacer-

se del tercero, liberar al chico ileso y escapar de los tipos al mismo tiempo. Todo eso sin exponerse demasiado. Siguió esquivando los golpes del agresor mientras, discretamente, lo acercaba a la pared, donde los otros dos sujetaban al aterrorizado Miguel por la garganta. Todo ocurrió en pocos segundos. Planeó una complicada maniobra casi coreográfica. Estaba a punto de ponerla en práctica, cuando llegaron más hombres. Entonces sujetó a su adversario del cuello de la ropa y del cinturón. Primero lo usó como escudo, con la esperanza de que no dispararan, y después lo lanzó sobre los dos que amagaban a Miguel, quienes lo soltaron instintivamente para hacerse a un lado. Lo arrojó con tanta fuerza, que el hombre no podía comprenderlo. Ella lo jaló de la camisa y lo arrastró por el callejón. En el camino le arrancó la capucha. Para pasar a uno de los hombres que se encontraba frente a ellos, lanzó a Aster sobre él, como si hubiera saltado. Mientras éste se encontraba en el aire, golpeó al hombre con el codo y le tiró el arma. Todavía logró esquivar una bala a su derecha y sujetar a Miguel antes de que llegara al piso. Dejaron noqueado al tirador detrás de ellos y corrieron hacia una intersección. Ahora los perseguían cuatro sujetos.

A ella le parecía que esa escena se había repetido antes y pensó que no sería del todo errado ver un patrón. Probablemente los problemas de los caballos no habían sido fortuitos. Corrieron, cambiando de rumbo más de una vez.

—¿Cómo hiciste eso? ¿Eres ninja o algo así? ¡Ya no... puedo! —dijo respirando con dificultad.

El asma no le permitía respirar. Creyeron que habían despistado a sus perseguidores y se detuvieron un momento, para que sacara el inhalador y aspirara. Sin embargo, su condición se agravaba por los nervios y el esfuerzo.

—Cálmate. Ayuda a tu respiración con el abdomen —le indicó al chico, mientras lo presionaba un poco bajo el ombligo al ritmo

de sus inspiraciones—. Mi hermano tiene el mismo problema —comentó ella. Aster tenía sangre en el rostro y en el brazo izquierdo. Necesitaba sacarlo de ahí a como diera lugar.

Pensaba en lo que podían hacer. Debían ir a la organización, donde quizá los ayudarían. Después de todo, ambos trabajaban ahí. Debía ponerlo a resguardo antes de hacer algo osado otra vez y quería que se recuperara un poco antes de seguir, pero no pudo evitar preguntarle: —¿Qué le hiciste a De Lois? ¿Por qué quiere matarte su gente?

El negó, apenado. —Estuve... dándoles algo de información a cambio de... cosas. Pero no les di todo. He tenido algo de Andrea... por eso quería verte.

A la mujer se le iluminó el rostro. —¿La placa? —inquirió ella—. ¿La tienes tú?

—La tuve pero ya no... no iba a ser tan tonto de traerla.

—¿Dónde está? —exclamó ella.

—¡No lo sé! La dejé en el cementerio y cuando volví por ella ya no estaba. Cualquiera pudo llevársela —chilló él.

Contacto sintió que el suelo se hundía. Quizá nunca se pudiera sintetizar la sustancia sin esa información. Se recargó en la pared, abatida. —¿Qué has hecho? —musitó la mujer, desconcentrada por fracciones de segundo.

—Lo siento. Deben haber rastreado nuestra llamada. Creo que mi celular tiene un localizador.

Ella hizo una mueca de terror. Sacó el aparato que había colocado entre su piel y el traje y lo destruyó apretándolo con la mano.

En ese momento, dos sujetos vestidos de negro y con el rostro cubierto aparecieron, uno de cada lado de la calle en la que se encontraban.

Arrastrando nuevamente al chico, escaparon por una vía perpendicular. Varias balas pasaron silbando cerca de ellos.

—Que Dios nos ayude —dijo la mujer mientras se agachaban para esquivar los disparos. Arrastraba a Miguel, que cada vez respiraba peor y que apenas podía correr.

El CDA había llegado a la escena, estaban cerca de ellos, pero no sólo la camioneta del Nexo, también Harry con su escuadrón. Miguel y Contacto se encontraron en un callejón oscuro y angosto, de apenas dos metros de ancho. Arriba, se veía el cielo estrellado. Presentía que la persecución estaba por terminar. Tendría que encarar a sus cazadores.

Una sombra protectora que observaba la escena desde un techo a la derecha tenía una mejor vista y conocía muy bien el ímpetu de la mujer de negro. Sabía que era una emboscada. Contacto esperaría a los perseguidores desde el sur, pero no sabía que había un tirador esperando sobre un techo a la izquierda.

Un tercer observador, oculto en otro edificio contiguo, se puso de pie. Vio a quien estaba sobre el techo de la derecha del callejón. Se reconocieron al instante. Ambos estaban lejos del francotirador.

Aster y Contacto corrían velozmente hacia la trampa. Estaban en la mira. La mujer de negro escuchó un grito: —¡Arriba, cuidado!

Se detuvieron en seco y la mujer de negro vio al tirador pertrechado sobre el edificio al lado del callejón. En ese momento, disparó, pero ella tuvo oportunidad de dar un giro evasor y proteger al chico.

El tirador huyó, no volvió a intentarlo. Mientras tanto, Elec había bajado a toda velocidad por la escalera de emergencia externa del edificio y daba instrucciones para que el escuadrón cerrara el paso a quienes los perseguían. Contacto seguía corriendo hacia el final de la callejuela, pero ahora por un motivo completamente diferente. Los refuerzos llegaron. Los perseguidores desapareciendo en la noche. No lograron capturar a ninguno. Harry se acercó algo consternado.



—¿Que está pasando?

—No puedo explicarte ahora, pregúntale a él —repuso y empujó al chico hacia él—. Debo irme.

—¿A dónde? —ella negó con la cabeza. Sonrió un poco, antes de correr hacia la oscuridad.

—¡No te preocupes, todo está bien ahora! —gritó al alejarse. Seguía un rastro muy claro. No podía perderlo, no esta vez. Trepó al techo. Marchaba ligera, lejos de la vista, siguiendo un camino sobre los edificios que cualquiera hubiera podido recorrer, como a tres cuadras de donde había dejado a los caballos.

Al final, llegó a un lugar desde el cual nadie más hubiera podido pasar a otro techo fácilmente. Parecía estar sola, pero de pronto lo supo. Estaba detrás de ella. Sentía que el corazón se le salía del pecho. De haber tenido vello debajo del traje, se le hubiera erizado todo.

Dio la vuelta despacio, como hipnotizada, expectante.



# COINCIDENCIA

## CAPÍTULO 34

### **Diez meses desde la desaparición de Andrea**

*Lunes, 21:45*

No habría manera de vincular a De Lois con todo el zafarrancho. Al menos no de forma oficial. Cuando Eris recuperó la conciencia, huyó, algo maltrecha, antes de que llegara la ambulancia. Lo único de lo que Contacto podría culparla era de perseguir a Miguel, lo cual no era un delito. Por si fuera poco, él insistía en que se había lastimado solo la cabeza. Además de Aster, nada ni nadie podría relacionar a Eris con el subdirector. El chico no diría nada, pues pensaba que podría negociar con ella por su vida. Por su parte, la Pesadilla no sabría que él había perdido lo que deseaba obtener.

Tuvieron que llevar al primo de Andrea al hospital, donde atendieron su ataque de asma y sus dos heridas, las cuales necesitaron curaciones. Se sentía ofuscado, pero de cierta forma feliz de haber sobrevivido hasta ese momento. Le dijo a Elec lo que pudo. Explicó que trataba de comunicarse con Contacto para conseguir la otra placa, le contó sobre ésta y cómo perdió la que tuvo todo ese tiempo. Deseaba seguir trabajando en la OINDAH, pero quería protección. El Lector le dijo que harían lo posible.

Gabriel salió del hospital, subió al automóvil negro con placas diplomáticas y sacó el teléfono móvil. No tenía mensajes. Esperaba al menos uno de alguno de sus hombres. Volvió al departamento de la organización en el que residía. Fue hacia el librero y de entre los libros con los que se confundía, sacó un documento como de cien páginas empastado en negro brillante que contenía información clasificada de alto nivel. Se trataba del expediente 111120682280, pero no lo refería en ninguna parte. Si su chica hubiera abierto el sobre que estaba en la dirección general con ese número, hubiera encontrado información irrelevante ya que el verdadero documento siempre estuvo en poder del Lector, que lo conocía de memoria. Los dígitos que lo designaban eran la clave de lo que contenía. Los Alfa jamás habrían permitido que nadie más que los integrantes del equipo que colaboraba en esa misión supiera lo que decía y que versaba sobre la estrategia que él mismo había ideado.

Lo revisó por última vez, esa noche lo iba a destruir. Era momento de pasar a otra etapa.

### *Seis meses antes*

Una joven mujer de ojos color avellana pasaba mucho tiempo pensando, tenía un conflicto. Parte de ella recelaba de todo ese asunto, pero siempre dijo que lucharía hasta el final, que haría lo que fuera necesario para realizar la entrega del suero al mundo. La verdad es que en el fondo temía, incluso cuando aquello cuya entrega prometió llevar a cabo, le salvó la vida dos veces.

Se sentía obligada para seguir con esa causa, como un madero arrastrado por la marea, arrojada por el ímpetu de su amiga, cuya convicción era tan férrea, que la mujer de cabello ondulante nunca

se habría atrevido a hacer algo distinto, a pesar de sus profundos y personales temores.

Desde tiempo atrás se sentía muy sola. Su novio era la única persona que le ayudaba a combatir sus miedos y sus dudas. Pero cuando desapareció de su cuello aquel objeto fundamental, aquella pieza que lo conectaba todo, tuvo que dudar de todo y de todos.

Tenía que permanecer oculta, en la oscuridad hasta que se descubriera la verdad. Lo hacía en parte para proteger a los dos hombres más cercanos a su corazón, a su novio y a su amigo, uno del otro precisamente. Pero lo hizo más que nada por a su amiga. Si la fuga de información hubiera sido sobre ella, estaría en un peligro inmenso.

En el fondo, siempre temería por ella, por lo que pudiera pasar si alguien afuera del proyecto supiera lo que era capaz de hacer.

### *Esa noche, en la mansión*

Giorgio Di Maggio observaba el jardín en penumbra, detrás de los cristales de la gran ventana. Se apoyaba con fuerza en el bastón de ébano y plata. Casi siempre, al cerrar los ojos, veía en su mente la oscura y ondulante carretera.

Un año y nueve meses atrás conducía sobre ésta su automóvil con gran pericia, a pesar de haber estado muy ebrio. Laura Esther iba a su lado y le suplicaba, pero él no la estaba escuchando. Pensaba en su padre, que había estado enfrascado en su maldita ciencia desde que murió su madre, que fue parte de su vida a veces, cuando sus giras se lo permitían, cuando deseaba alejarse de la fama y jugaba a que tenía una familia y una vida normal. Su padre y él fueron muy unidos, hasta que la diva falleció. Giorgio tenía dieciséis años

entonces. Tal vez el Doctor siempre albergó la esperanza de que ella volvería con ellos, así como él esperaba que su padre y él pudieran estar juntos, como antes, lo esperó muchos años, hasta que terminó su carrera junto con su amada Laura Esther, con la que pretendía formar un hogar. Pero ella tenía otros planes.

Laura iba a irse para ser voluntaria, para ayudar a personas desconocidas. Giorgio no podía más, estaba furioso, despechado. Pasó por ella en el carísimo deportivo negro días antes de su partida al África. No podía permitir que lo abandonara como lo habían hecho sus padres. No podía vivir sin ella. Así que condujo hasta las montañas que conocía bien, apretando el acelerador con firmeza. Lo había calculado todo. El problema fue que se arrepintió en el último instante.

En vez de que el auto cayera por el barranco, se desvió del otro lado del camino y se estrelló a noventa kilómetros por hora. Recordaba el sonido de la lámina y los cristales partiéndose, el sabor de la sangre, el insoportable dolor. Lo que lo hizo sufrir más fue su rodilla derecha destrozada. Apenas había logrado sobrevivir al accidente. Laura también, pero ella no volvería a caminar. Le había llamado todos los malditos días desde que lo trasladaron desde el hospital hasta el sitio en el que se encontraba pero jamás le contestó, hasta que un día dejó de hacerlo.

El salón que durante varios meses albergó una cama de hospital, seguía siendo su sepulcro. Después del accidente el hombre que fue murió pero él seguía recluido en ese lóbrego lugar. No sólo perdió a Laura. Fue la estrella del equipo de fútbol de la universidad y ahora no podía ni siquiera mantenerse en pie sin el bastón. Pero quizá, lo que le causó el mayor sufrimiento, fue la actitud de su padre, el brillante Alessandro Di Maggio, que no se dignó a ir a verlo durante su convalecencia. Todo lo que atinaba a decirle por teléfono era que pronto volverían a vivir juntos y que él tenía

que conocer a una extraordinaria mujer que era sujeto de pruebas de un revolucionario desarrollo de su creación. Desde entonces comprendió que al igual que su madre con el público, a su padre le importaba más una mujer desconocida que él.

Después de lo que había hecho, se decía que era un monstruo, que siempre lo sería. A pesar de todo tenía que seguir adelante con el plan, no podía detenerse. Una necesidad era su motor ahora, pero esperaría el momento correcto para satisfacerla. Debía vengarse. Tenía que hacerlo. Mientras tanto, jugaría el juego.

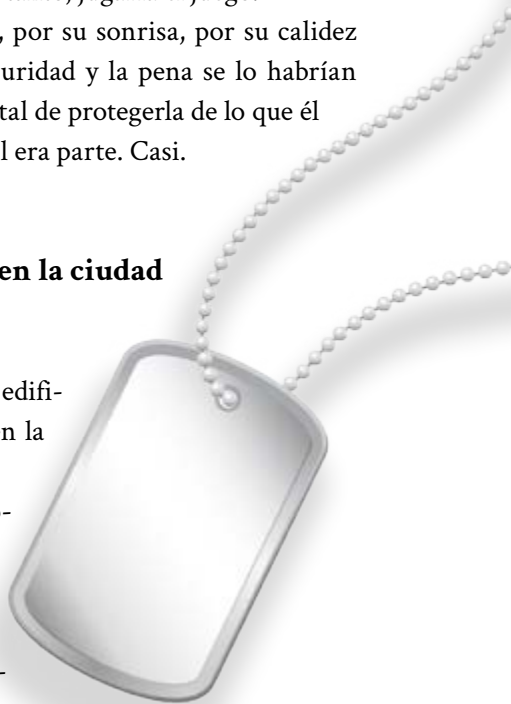
Si no hubiera sido por Andrea, por su sonrisa, por su calidez que no merecía, la soledad, la oscuridad y la pena se lo habrían tragado entero. Y casi la mató con tal de protegerla de lo que él mismo había permitido y de lo cual era parte. Casi.

## **Sobre el techo de un edificio en la ciudad**

*Lunes, 20:30*

La mujer de negro estaba sobre un edificio. Extasiada, contemplaba a quien la veía con afecto.

—Andrea —susurró. Ya no le podía decir su nombre. La esperaba hacía tanto tiempo; en más de una ocasión se cruzó por su camino sin lograr verla, pero a veces alcanzó a percibir su aroma, creyendo que lo había imaginado. Creyó de verdad tantas veces que estaba muerta, y tantas otras tuvo la esperanza de que hubiera sobrevivido al ataque, casi un año atrás. Sospechaba que Andrea estaba viva desde aquella tarde en el cementerio en la que



sintió que había llegado a un camino sin salida, pero entonces, logró sentirla cerca.

Los ligeramente oblicuos ojos verdes y dorados de su amiga la miraban curiosos y alegres, pero su sonrisa resultaba un esbozo. Era como si hubieran dejado de verse el día anterior. Andrea le extendió los brazos y se tomaron de los antebrazos con fuerza. Su amiga conservaba algunas habilidades residuales que le permitían ser ágil, pero no eran ni remotamente como las suyas.

Se observaban sin atreverse a romper el encanto. La luna muy alta iluminaba todo alrededor, los techos circundantes, las calles vacías. Las ondas del castaño cabello de Andrea daban lustrosos destellos bajo la plateada luz. Sus labios angulosos y sus marcados pómulos, como los de una escultura griega, se definían más con esa luz. Era hiperreal, no podía dejar de verla, sentía terror de que no fuera verdad, de parpadear, de despertar, como le había ocurrido tantas otras veces. Todo dejó de existir por un instante. Nada más importaba en ese momento.

Contacto, muy seria, logró decir, reclamándole:

—Carajo, fue una horrenda pesadilla.

Su amiga desplegó su sonrisa por completo, encantadora como una mariposa que abre las alas. La mujer de negro pensó que nunca volvería a ver esa expresión.

Se abrazaron con fuerza. A pesar de que había creído que no podía llorar más por ella, descubrió que sí era capaz de hacerlo. Ambas lo hicieron un largo rato, aferradas la una a la otra, sobre aquel techo.

Se separaron un poco y se observaron llorar. Entonces, comenzaron a reírse.

—¡Tonta! ¿Dónde rayos estabas? —urgió Contacto.

—¡Tú eres más tonta, te necesitaba tanto! Vamos, te contaré —pudo responder a pesar de la risa.



Marcharon tomadas del brazo hasta el borde del edificio y se sentaron juntas cerca de la orilla como lo hacían cuando estaban en la universidad. Andrea suspiró mientras dirigía la mirada hacia el horizonte.

—Me recuperé de la herida de bala en la casa de mi amiga, la doctora Sayas, que por fortuna estaba de guardia en el Hospital General aquella noche. Me ayudó a esconderme. Giorgio me había dicho que creía que De Lois obtenía información sobre el proyecto a través de Harry. Dijo que iba a detenerlo. Yo no quería creerlo, pero no estaba segura. Por eso no podía decirle a nadie que estaba viva, debía saber la verdad antes. Y tenía que evitar de alguna forma que Giorgio le hiciera daño a Harry, pero debía asegurarme de que mi novio no estuviera involucrado en la fuga de información.

Contacto sintió que el corazón le daba un vuelco. Tenía un nudo en la garganta.

—Andrea, tengo que decirte algo importante. Debes saber. Es que yo he...

—Espera, déjame contarte. Quise ver a Giorgio hace varios meses, le dejé una nota. El día que iba a verlo estaba hablando contigo. Te dijo que Harry era un traidor. Yo no podía estar segura de nada así que pospuse el encuentro, hasta el día después de que... de que lo detuviste en el techo. He estado en comunicación con él desde entonces. Le hice jurar que no tocaría a Harry hasta saber la verdad. Me contó hace poco que descubriste a Helena. Gracias a eso, Harry está libre de culpa —prosiguió—. También le pedí que no te dijera que yo estaba bien. He tratado de estar cerca, pero nadie debía saber que estaba viva hasta que todo se aclarara, sobre todo hasta que lograra descubrir qué pasó con algo que había perdido y que acabo de recuperar. Temía que otras personas estuvieran involucradas en la desaparición de este objeto, pero ahora sé dónde estaba.

Andrea metió la mano en su bolsillo y le mostró lo que tenía en la palma. La mujer de negro observó la placa brillante y suspiró con alivio.

Permanecieron un momento en silencio, contemplando las luces de la ciudad desde lo alto.

Contacto pensaba en Harry, pero era más importante que siguieran luchando por realizar la entrega. No había marcha atrás.

La mujer de negro se volvió hacia la chica de los ojos color avellana. —Nada volverá a ser igual a partir de mañana —dijo con un gran pesar.

—Tal vez. Pero hoy estamos juntas otra vez —respondió Andrea.

# EPÍLOGO

Dos poderosos hombres estaban sentados frente a frente. Entre ellos, había un fino tablero de ajedrez que contemplaban fijamente, con aparente frivolidad, aunque seguían con cuidado los movimientos del otro.

—Parece que perderás a tu reina —dijo De Lois, quien jugaba con blancas piezas de marfil.

Di Maggio observaba las suyas, de negrísimo y pulido ébano. «Yo pensaría que tú has perdido a la tuya» caviló, dando un pequeño sorbo de whiskey.

Su rubicundo contendiente fumaba un puro que no podía ser más grande; de vez en cuando, bebía un trago de un elegante vaso *old fashion*, como el suyo.

—Caballo a torre —aseveró De Lois, tomando la pieza que tenía forma hexagonal.

Giorgio pensaba en las posibilidades, muy concentrado. Optó por jugar con el alfil.

Su oponente movió un peón y como respuesta él utilizó a la reina, misma que fue tomada en la siguiente jugada.

—Te dije que caería —repuso Alex satisfecho, lanzando una bocanada de humo.

Su contrincante lo observó directamente, en silencio, con su penetrante mirada azul bajo las pobladas cejas negras. Tras su jugada, el rubio había dejado un letal espacio, el cual fue aprovechado por él:

—Jaque —decretó.

Alex observaba inconforme el tablero, percatándose de que ya no tenía más opciones. Di Maggio bebió lo que quedaba en el vaso, se levantó apoyado en el bastón con empuñadura de plata, y se dirigió hacia la puerta del penthouse. No se había quitado el abrigo, nunca lo hacía: le cubría la rodilla que tanto le molestaba. Antes de salir, dio media vuelta un momento y dijo con su profundísima voz:

—Debiste olvidarte de la reina.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

# CONTENIDO

1	Lo inevitable .....	11
2	De negro .....	25
3	Sobre Andrea .....	35
4	En la oscuridad .....	45
5	Di Maggio .....	49
6	CDA .....	55
7	Dos placas .....	59
8	Sigilo .....	67
9	Ambición .....	79
10	Desacato .....	85
11	Nexo .....	93
12	Acordes .....	97
13	Sobre el deceso .....	103
14	Eufemismos .....	107
15	Contundentemente .....	113
16	Allanamiento .....	119
17	Sugestión .....	127
18	Discursos .....	131
19	Lo onírico .....	137
20	Rastro perdido .....	141

21	Celeste guardián .....	147
22	Ley y caos .....	153
23	Lo incontrolable .....	163
24	De Lois .....	167
25	En el borde .....	171
26	La otra cara .....	181
27	Confrontaciones .....	189
28	Desvelamiento .....	197
29	Inquietudes .....	203
30	Desesperación .....	207
31	Cuestionamientos .....	213
32	Hilo de sangre .....	219
33	Cuerpo a cuerpo .....	227
34	Coincidencia .....	235
	Epílogo .....	243



*La Entrega. Año uno del proyecto en la Organización Internacional de Asistencia Humanitaria* fue creada en Cuernavaca, Morelos, en marzo de 2018. En su composición se utilizaron las familias Crimson Text, Lato y The Girl Next Door, que cuentan con licencias de tipografía SIL (Open Font Licence).